

JAZMIN

350 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $9.00

Adicta a tus besos

Helen Brooks

Adicta a tus besos

Helen Brooks

Adicta a tus besos (1998)
Título Original: A man worth waiting for (1998)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1339
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Keir Durrell y Catherine

Argumento:

Keir Durrell era un hombre muy especial. Hacía que Catherine se sintiera a salvo y necesitada, un sentimiento que había anhelado desde que descubriera que su madre la había abandonado nada más nacer. Keir era el hombre que había estado esperando toda la vida… pero había aparecido en el peor momento.

Keir había enviudado recientemente y parecía no tener prisa en encontrar una segunda esposa. Y lo que Catherine necesitaba era encontrar a su madre, no un marido. Pero Keir la distraía con sus besos y Catherine se estaba volviendo adicta a ellos.

Capítulo 1

—Oye, dime que te deje en paz si quieres, pero pareces haber sufrido un accidente. ¿Necesitas ayuda?

Catherine oyó la voz grave y masculina, pero le costó ver con claridad la figura corpulenta que estaba de pie delante de ella cuando alzó la vista del banco de madera en el que estaba sentada.

—No… —se quedó sin voz y volvió a intentarlo tratando de coordinar sus caóticos pensamientos—. No lo sé —susurró débilmente—. Me siento rara, pero no me acuerdo… No estoy segura de dónde estoy.

Era consciente de que lo que decía no tenía sentido, pero la nebulosa de su cabeza y las punzadas que sentía detrás de los ojos eran demasiado intensas.

—Debes de dirigirte a alguna parte —dijo el hombre poniéndose en cuclillas delante de ella, y un par de ojos grises se posaron sobre sus pupilas azules y aterradas—. Esta maleta es tuya, ¿verdad? —añadió dando unas palmaditas sobre la gruesa maleta marrón que tenía a sus pies.

—Sí, pero… —de nuevo perdió la voz.

—¿Te acompaña alguien?

—Creo que no —respondió Catherine, y las palpitaciones de dolor que sentía en la cabeza se intensificaron al tratar de pensar—. No, estoy segura de que no, pero no me pasa nada —dijo con tanta firmeza como pudo—. Necesito descansar un rato, eso es todo.

El extraño no dijo nada durante unos momentos y luego:

—Tienes un buen corte en la cabeza, así que imagino que te has dado un golpe hace poco. ¿Puedes recordar si te has caído, o si te han tirado al suelo… o algo parecido?

—No —repuso Catherine, y empezó a sentir miedo—. No puedo acordarme de nada —añadió con un ápice de desesperación.

—¿Tu nombre tal vez? —sugirió con suavidad; tranquilizándola con su voz grave—. Piensa durante un minuto, te vendrá.

Se quedó mirándolo con expresión indefensa mientras buscaba entre la niebla de su cabeza, y percibió, incluso en plena agitación, que era moreno y corpulento, con un atractivo muy masculino e intimidante por sus facciones claramente cinceladas. Llevaba el pelo ostensiblemente corto, dejando ver que no disponía de mucho tiempo para la vanidad personal. Un hombre que sabía quién y qué era, y a dónde se dirigía exactamente.

—Catherine —respondió sin comprender cómo lo sabía—. Me llamo Catherine y… —por un segundo se le pasó algo por la cabeza, pero antes de que pudiera interpretarlo había desaparecido. Se pasó la mano con perplejidad por la frente y se asustó al verla pegajosa y sangrienta.

—Bueno, Catherine, yo diría que has sufrido una pequeña conmoción cerebral —dijo el hombre poniéndose en pie mientras hablaba, y por un momento de intenso terror, Catherine pensó que iba a alejarse y dejarla allí.

Se sentía como si hubiese estado sentada en aquel diminuto parque toda la vida, observando el mundo pasar, percibiendo las imágenes y los sonidos como si fueran un sueño antes de que se fundieran en una nebulosa que no podía disipar.

—¿Una conmoción? —dijo con esfuerzo—. ¿Pero uno no se queda inconsciente con eso?

—No siempre —contestó observándola con ojos entornados, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón vaquero—. Voy a reunirme con mi hermana para almorzar dentro de poco y creo que debería examinarte —continuó con firmeza—. Es enfermera, así que sabe lo que dice… en cuestiones médicas —añadió con ironía.

—No… no lo sé.

En parte quería ir con él, era lo único sólido en aquel mundo que, de repente, se había convertido en un entorno extraño, pero ¿cómo iba a saber si podía fiarse de él? Uno no podía adentrarse en lo

desconocido de la mano de un completo extraño.

—No pasa nada, no soy un violador loco o un asesino en serie —dijo el hombre como si supiera instintivamente lo que estaba pensando, y Catherine se ruborizó al percibir el leve tono cáustico de su voz—. Ni estoy tan desesperado por tener compañía femenina como para persuadir a una mujer contra su voluntad.

Al menos eso se lo creía. Contempló aquel cuerpo alto y relajado que carecía de un solo gramo de carne superflua. Sí, lo creía, pensó otra vez mientras los ojos de color gris ahumado se mantenían fijos en los suyos.

—¿Y bien? —dijo mirándola sin pestañear—. El restaurante está a un paso y no tengo intención de dejarte aquí como a una niña desamparada, me echaría a perder el almuerzo. Preferiría que caminaras; si te llevo en brazos y empiezas a dar patadas y a chillar, mi reputación se resentiría, pero, en cualquier caso, vas a ir a que te miren la cabeza. Tengo la impresión de que tendrán que darte un par de puntos.

—Estoy segura… de que me pondré bien, gracias —dijo Catherine en un tono patético, pero no sabía qué le daba más miedo, si la idea de ir con él o de que la dejara allí.

—Vamos —dijo el extraño poniendo fin a su indecisión, y se inclinó para agarrar su maleta antes de ponerla a ella en pie—. No voy a dejarte aquí. Todo el mundo tiene que confiar en alguien alguna vez y, te guste o no, hoy te ha tocado a ti. Me llamo Keir Durrell, por cierto. Soy el veterinario de la localidad.

Se dio perfecta cuenta de su estatura y corpulencia mientras la conducía desde aquel pequeño parque que era poco más que un cruce de las dos calles principales de aquella vieja población del condado de York. También percibía que emanaba autoridad de forma natural, pero el dolor de la cabeza se había vuelto insoportable y no podía pensar lúcidamente.

—El restaurante está un poco más allá —dijo Keir y, mientras atravesaban la plaza de mercado adoquinada con sus ancianas piedras, venerables y cálidas bajo el ardiente sol de junio, le indicó un pequeño edificio cuadrado de viejos ladrillos de color claro—. Janice debe de estar esperándonos.

Lo dijo con el mismo tono de ironía que había estado antes presente en su voz, pero Catherine no pudo contestar porque las náuseas estaban intensificando su confusión.

Keir abrió la pesada puerta de roble y la condujo al interior agarrándola del brazo, y cuando entraron una joven morena se incorporó detrás de una mesa y les hizo señas desde el fondo de la estancia.

—¿Keir? Aquí.

Catherine se sintió profundamente agradecida de ser capaz de derrumbarse en un asiento, y cerró los ojos tratando de combatir el mareo. Podía oír a Keir hablando a su lado, y el murmullo de las conversaciones del almuerzo, el tintineo de las copas, pero todo resultaba remoto e irreal.

—¿Catherine? —dijo una voz, y una leve presión en el brazo hizo que Catherine abriera los ojos y viera que la hermana de Keir se había sentado a su lado—. Creo que has sufrido un accidente de algún tipo. ¿Te importaría que echáramos un vistazo a tu bolso para ver si podemos encontrar un nombre, una dirección o algo? Tal vez te avive la memoria. Y creo sinceramente que debemos llevarte al hospital para que te miren la cabeza. La herida tiene mal aspecto.

—Toma —dijo Catherine quitándose el bolso del hombro y poniéndolo sobre la mesa mientras la habitación giraba a su alrededor —. Mira, por favor.

—Catherine Prentice, ¿te suena? —preguntó Keir momentos después cuando rescató un sobre del fondo de su bolso de tela.

—Sí —dijo Catherine tratando de ver con claridad aquel rostro masculino—. Sí, ésa soy yo.

—Está bien, creo que lo mejor será que te vea un médico ahora mismo —dijo Keir con voz lúgubre al ver que Catherine se balanceaba en el asiento—. Y no te muevas, voy a llevarte en brazos.

Fue lo último que oyó antes de sumirse en una completa oscuridad y luego se sintió caer y caer en aquel negro vacío sucumbiendo al dolor de la cabeza.

—¿Catherine? —dijo una voz, y Catherine luchó por contestar, abriendo los ojos pero cerrándolos inmediatamente al sentir una luz brillante que le causó punzadas de dolor en la cabeza—. Voy a ponerte una pequeña inyección —continuó la voz en el tono normalmente utilizado para hablar con los niños—. Y luego podrás seguir durmiendo, ¿de acuerdo? Tranquilízate. Ya está.

Sintió un pinchazo en el brazo, pero no intentó abrir los ojos y volvió a hundirse con gratitud en los pliegues de oscuridad y más al fondo, hacia la paz y la tranquilidad del olvido.

La siguiente vez que emergió todo estaba quieto y en silencio y, cuando abrió sus ojos cansados, ya no había ninguna luz brillante sino una cómoda y suave penumbra que era un descanso para sus sentidos. Hizo un leve movimiento e inmediatamente, la figura, que estaba a su lado se movió y oyó la misma voz que antes.

—Estás despierta, querida, eso está bien. ¿Te apetece un poco de agua?

—¿Dónde…? ¿Dónde estoy?

—En el hospital, querida —dijo un rostro maternal de mediana edad inclinándose sobre ella, y su pelo gris brilló bajo la tenue luz—. ¿Te diste un pequeño golpe en la cabeza, recuerdas?

—Keir.

—Así es, querida —dijo la enfermera, y por el tono tranquilizador de su voz se traslucía que no tenía la más remota idea de lo que hablaba Catherine—. Ahora cierra los ojos y duerme un poco más. Ya ha pasado lo peor. Estoy segura de que por la mañana te sentirás como nueva. Hay una campana junto a tu mano —Catherine sintió que presionaban algo duro sobre los dedos de su mano derecha—, así que si necesitas cualquier cosa, tócala y vendremos enseguida, ¿de acuerdo?

Quería hablar más, hacer preguntas, pero el esfuerzo era sobrehumano. Y a medida que los tupidos velos del sueño la envolvieron de nuevo, fue consciente de que murmuró aquel nombre una vez más antes de dejarse llevar por la cálida oscuridad.

—Te hemos traído un té.

El ruido de la vajilla y la alegre voz que resonó en su oído hicieron que Catherine abriera los ojos de par en par. Alguien subió una persiana y la luz blanca del sol inundó la pequeña habitación.

—Gracias —dijo Catherine, sentándose con dificultad sobre la estrecha cama de hospital, y tomó la taza que le tendió una de las enfermeras, aliviada de ver que había dejado atrás aquel horrible dolor de cabeza—. Debo de haber dormido toda la noche —dijo con vacilación al ver a las dos jóvenes mujeres sonriéndole encarecidamente.

—Has estado dormida desde que te trajeron, querida —dijo una de ellas con optimismo—. Es lo mejor para las conmociones cerebrales. ¿Cómo te sientes esta mañana?

—Mejor, mucho mejor —dijo débilmente.

—Eso está bien —repuso la enfermera con ánimo tranquilizador.

—Tuviste un accidente, ¿verdad? —preguntó la otra.

—¿Un accidente? —repuso Catherine, y entonces se acordó y dio gracias por haber recuperado la memoria—. Sí… sí, así fue. Justo después de salir de la estación de tren me caí por unas escaleras —dijo mirando a las dos mujeres mientras reproducía la escena en su cabeza —. Alguien había derramado algo, resbalé y me golpeé la cabeza en el borde de uno de los peldaños —dijo lentamente—. Creo que me hice un corte.

—Y tanto que sí. Y también alguna que otra contusión, diría yo. Pero has tenido suerte de que alguien te trajera, podrías haber estado vagando durante mucho tiempo y, aunque los de aquí son buena

gente, hoy en día nunca se sabe. De todas formas, disfruta de tu té y volveremos a traerte el desayuno un poco más tarde, ¿de acuerdo?

—Gracias —dijo Catherine sonriendo un poco perpleja, y la miraron con expresión radiante.

Pasó el resto de la mañana echando cabezadas intermitentes, ya que pasaban a tomarle la temperatura y el pulso cada media hora, y contestó toda una retahíla de preguntas que una hermana enérgica y muy eficiente le leyó de un formulario de aspecto oficial.

—Me alegro de verte tan alerta —dijo la hermana cuando se levantó para irse—. Creímos que se trataba de un simple caso de conmoción cerebral, pero además parecías realmente agotada. ¿Has estado enferma recientemente?

—Sí —dijo sin querer dar muchas explicaciones—. Con neumonía. Pero ya estoy mejor. En realidad vine a Yorkshire para tomarme unas semanas de vacaciones. Pensé que el aire aquí sería más agradable que los humos de Londres.

—Te lo garantizo —dijo la hermana sonriendo con aprobación—. Bueno, ahora descansa. El doctor se pasará a verte dentro de poco y veremos cómo te encuentra.

Fue justo después del almuerzo cuando llamaron a la puerta y Catherine se sentó en la cama con expectación, creyendo que era el doctor o alguno de sus ayudantes. Pero el hombre alto y moreno que entró en su habitación distaba de ser ninguno de ellos.

—Catherine —dijo la voz grave y ligeramente ronca que recordaba, la voz que la había rondado en sus sueños durante las últimas horas—. ¿Cómo estás?

—Bien —contestó. El feo camisón de hospital la colocaba en clara desventaja, pensó débilmente, como su cara pálida desprovista de maquillaje, y el enorme moretón que le cubría media frente. Y él era tan imponente. Incluso el día anterior, en un estado semiconsciente, se había dado cuenta de que era irresistible.

Estaba muy bronceado, tenía los cabellos de color negro azulado brillante, e irradiaba tanta virilidad que ni siquiera su estricto corte de pelo servía para suavizarla. Y, aunque las facciones atractivas y clásicas de su rostro cincelado llamaban la atención de cualquier mujer entre dieciséis y sesenta años, tenía algo más que atractivo: una confianza y seguridad en sí mismo que añadía una dimensión distinta a su arrogante masculinidad.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó en voz baja—. Me llamo Keir, Keir Durrell. Mi hermana y yo te trajimos al hospital ayer a última hora de la mañana.

—Sí, sí, me acuerdo —dijo Catherine, dando gracias porque hubiese confundido su expresión de asombro con confusión. No podía recordar haber mirado a un hombre tan descaradamente, y la idea la

ruborizó—. Eh… gracias, muchas gracias —añadió torpemente—. Has sido muy amable al…

Descartó su agradecimiento con un brusco ademán.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar. Dio la casualidad de que era yo el que pasaba por allí. Entonces, has recuperado la memoria, ¿verdad? Eso está bien. La hermana me ha dicho que recuerdas haber caído por unas escaleras.

—Sí, a la salida de la estación —dijo Catherine. Nunca se había sentido tan corta de palabras, y forzó una sonrisa que esperaba pareciese natural antes de continuar—. Vaya tontería, ¿verdad? Debí tener más cuidado…

—¿Qué hacen tus padres al dejarte vagar sola?

—¿Cómo? —inquirió Catherine, mirándolo con perplejidad.

Su tono había sido seco y se percató de que el brillo de sus ojos grises era de desaprobación contenida. Aquello pareció confirmarse cuando volvió a decir, con voz fría:

—Te he preguntado que en qué estaban pensando tus padres al dejarte vagar sola.

—No estoy vagando sola —repuso Catherine alzando la barbilla, y el color que cubrió su tez pálida y cremosa se debió entonces a la irritación más que a la vergüenza—. Y sólo respondo ante mí, ante nadie más.

—¿De veras? —dijo el hombre acercándose a la cama para mirarla con ojos entornados y actitud entre irritada y crítica—. ¿Y cuántos años tiene exactamente, señorita Catherine Prentice? ¿Quince, dieciséis? Y quiero la verdad —añadió en tono de advertencia—. Si te has escapado de casa, ha llegado la hora de confesarlo.

—¿Que si…? —Catherine se quedó mirándolo con total perplejidad, y la furia disipó todo sentimiento de intimidación y encendió sus ojos de color añil—. Tengo veintiún años. Veintiuno, ¿entendido?

—No te creo —dijo llanamente, paseando la mirada por su etérea delgadez, las manos de dedos finos y los cabellos de color rubio platino que enmarcaban su pequeño rostro—. No tienes más de dieciséis años, reconócelo.

—No… ¿Cómo te atreves?

Toda su vida había oído que parecía mucho más joven para su edad, y normalmente se lo tomaba bien. Pero que él pensara que era una colegiala… Sin embargo, Keir frenó en seco sus protestas diciendo sin la más leve sombra de duda:

—Y una explosión de furia tampoco servirá. Si eres tan mayor como dices, imagino que podrás probarlo.

—¿Probarlo? —dijo en un tono demasiado agudo—. No debería ser necesario, pero puedo probarlo. ¿Me pasas el bolso, por favor? Está

junto a la silla.

—Por supuesto.

—¿Te vale el permiso de conducir? —inquirió en tono sarcástico mientras hurgaba en las profundidades cavernosas de su enorme bolso de viaje de tela, y lo sacó de un compartimento de su otro bolso pequeño de cuero para tendérselo con un floreo.

—¿El permiso de conducir? —repitió Keir por primera vez con tono de incertidumbre.

—Es un documento que te da derecho a conducir un vehículo —dijo con mordacidad—, y tengo uno desde hace aproximadamente cuatro años, ¿entiendes? —Catherine sintió que le volvía a doler la cabeza, y todo por su culpa—. No me he escapado de casa ni nada parecido. Estoy aquí… estoy aquí de vacaciones.

«Bueno, lo estaba… en cierto sentido», se dijo al sentir una punzada de culpabilidad.

—Entiendo —dijo Keir levantando la vista de su permiso de conducir—. Entonces, todo indica que he cometido un error, lo siento. Si me das el teléfono o la dirección del lugar donde te alojas, les explicaré que te has retrasado un día y les pediré que te reserven la habitación.

—No será necesario —dijo Catherine—. Todavía no he reservado nada —dijo con voz tensa—. Pensé que lo mejor sería buscar alojamiento al llegar.

—¿En serio? —dijo en el tono paciente normalmente usado para tratar a un niño recalcitrante que se estaba comportando de forma absurda—. Towerby no es pequeño para ser un pueblo de Yorkshire, pero en plena temporada turística, y habiendo tenido buen tiempo durante semanas, no siempre se encuentra disponible una cama. Sin embargo, hay muchos otros pueblos y ciudades de los alrededores…

—Quería quedarme en Towerby —lo interrumpió con firmeza—. Probaré allí primero.

—¿Por qué Towerby? En el condado de Yorkshire, un pueblo se parece mucho a otro…

—Aun así, probaré primero allí —dijo Catherine con voz tensa.

—Eres persistente, ¿verdad?

Catherine se encogió de hombros. No había sido un cumplido, pero no iba a explicarle por nada del mundo por qué Towerby era tan importante para ella. «Y creía que me gustaba…», se dijo.

—Como quieras —dijo Keir contemplando sus cabellos plateados, casi luminiscentes a la luz que entraba por la ventana—. Pero podrías pasarte horas recorriendo las calles.

—No me importa.

Parecía tener doce años, sentada allí con aquel horrible camisón y el pelo todo revuelto y los ojos llameantes. Ni siquiera dieciséis, pensó

Keir sombríamente. La urgencia de infundirle algo de sensatez fue abrumadora. ¿Iba a salir del hospital y dar vueltas por Towerby buscando algún sitio donde quedarse? Aquella joven estaba mal de la cabeza. Le parecía un milagro que hubiese llegado a cumplir veintiún años.

—Será mejor que me vaya, iba de camino a una granja al otro lado de Kilburn y tenía que pasar por aquí, así que se me ocurrió venir a ver cómo estabas —dijo en tono bastante inexpresivo—. Volveré a pasarme esta tarde de regreso a casa, si no te parece mal.

—Tal vez me haya ido para entonces —dijo Catherine con cautela —, pero gracias otra vez por tu ayuda. Y dale las gracias a tu hermana de mi parte, ¿lo harás?

Pensó que había hablado con el tono justo de despedida educada, hasta que lo miró y vio el brillo sarcástico en sus ojos grises.

—No te gusta que te digan que estás haciendo el tonto, ¿verdad? —murmuró con una serenidad irritante mientras se acercaba a la puerta. Una vez allí, se volvió para mirarla una vez más—. Adiós, Catherine —dijo antes de que tuviera oportunidad de hablar.

Y Catherine volvió a quedarse sola y a llamarse de todo por no replicar y ponerlo en su sitio… Había conocido a algunos hombres arrogantes y obstinados en su momento, pero Keir se llevaba la palma.

Siguió con aquel hilo de pensamientos mientras reproducía su conversación una y otra vez en su cabeza, poniéndose más furiosa cada minuto que pasaba, hasta que, cuando el doctor apareció finalmente, le ardían las mejillas, tenía el pulso acelerado y un par de grados de fiebre.

—Quiero que pases otra noche en observación —dijo el doctor cuando le preguntó cuándo podría irse—. Ha sido un feo golpe en la cabeza, jovencita, y cuando llegaste aquí apenas te dabas cuenta de nada. ¿Imagino que estás de vacaciones? —Catherine asintió sin decir nada—. ¿Dónde te alojas?

«No, otra vez, no», pensó. Inspiró hondo antes de decir:

—Todavía no he buscado nada.

—Entiendo —dijo el médico. Tendría unos treinta años más que Keir, pero su rostro reflejaba su misma desaprobación—. ¿Crees que eso es sensato? Supongo que no tienes ningún medio de transporte.

—No… no tengo —reconoció con voz tensa.

—Y la hermana me ha dicho que has estado enferma hace poco… de neumonía. ¿Fue eso todo? —inquirió con intuición.

—No entiendo qué quiere decir —dijo con rodeos, y se puso colorada.

—Creo que sí —dijo con voz suave pero con firmeza, y Catherine supo que estaba dispuesto a llegar a la verdad—. La conmoción cerebral no ha sido demasiado seria, pero tu organismo reaccionó de

tal forma que indicaba un agotamiento mental y físico completos. ¿Has tenido algún tipo de depresión nerviosa?

—Eh… no… sí —se interrumpió bruscamente—. No exactamente —dijo después de inspirar profundamente para tranquilizarse—. Estuve enferma durante un tiempo con neumonía después de tener una gripe muy fuerte, y luego me dieron malas noticias —Catherine tragó saliva antes de continuar—. No me había recuperado del todo físicamente, pero no fue algo tan serio como una depresión nerviosa. Nada tan rotundo como eso.

—Entiendo —dijo el doctor, que no había apartado los ojos de ella —. Bueno, unas vacaciones fue probablemente lo que el médico ordenó —dijo con una sonrisa afectuosa que chocaba con su rostro, severo—. Pero tendrán que empezar mañana, si es que ya estás bien para irte. Y tendremos que hacer algo en relación con el alojamiento. Seguramente, te sentirás un poco débil durante un par de días y no aprobaría que vagaras por las calles buscando algún lugar donde alojarte.

—Está bien —dijo Catherine, que no tenía ganas de discutir. De hecho, lo único que quería hacer era volver a tenderse entre las sábanas y dormir.

Sin embargo, cuando el doctor se fue, Catherine se encontró con que estaba demasiado activa como para conciliar el sueño, y permaneció acurrucada bajo la delgada sábana, contemplando las copas de los árboles por la ventana y el cielo despejado de color azul intenso.

Los últimos meses habían sido duros… Cerró los ojos y dobló las rodillas, rodeándolas con los brazos mientras permanecía encorvada en la cama. Tan duros… ¿Por qué había tenido que pasar por todo aquello? No había tenido la culpa de nada y, sin embargo, se sentía perdida, sola y abandonada. Allí estaba ella, una adulta de veintiún años que todavía no sabía quién era, y que desde luego no era la persona que había creído ser toda su vida. Y a nadie, a nadie le importaba…

—Dios mío, ayúdame —susurró, como lo había hecho todos los días en los últimos meses.

Siempre había sido consciente de que no era querida ni digna de amor. Sus padres no exteriorizaban el cariño, ni siquiera entre ellos, pero sí desplegaban cierto afecto hacia su hermano y hermana que ella no recibía. De pequeña había intentado ganar su aprobación, pero a medida que pasaban los solitarios y largos años de su niñez, había terminado por enfrentarse al hecho de que no les agradaba.

A veces se había preguntado si era por su aspecto, ya que sus hermanos eran altos y morenos como sus padres, con ojos castaños y rasgos faltos de atractivo, mientras que el cuerpo menudo de

Catherine y sus cabellos rubios eran un recordatorio de que era diferente, el patito feo.

¿Por qué no se lo habrían dicho de pequeña?, se preguntó por centésima vez al recordar vividamente lo ocurrido aquella noche cuatro meses atrás.

Había estado trabajando mucho los meses anteriores como secretaria para un director de ventas en una oficina de Londres, y yendo a clases nocturnas para obtener las calificaciones necesarias para escalar profesionalmente. Su alegría al obtener unas notas excelentes en el curso se había visto mermada por una fuerte gripe que se había complicado y había acabado ingresada en el hospital durante tres semanas con neumonía y pleuresía.

Había vuelto a casa débil de cuerpo y espíritu, y con la amargura de saber que nadie de su familia la había ido a ver al hospital. Si no hubiese sido por la lealtad de sus amigos y compañeros de trabajo, se habría sentido muy sola.

Fue esa misma tarde cuando se desencadenó la discusión entre ella y su madre, con todas sus devastadoras consecuencias.

—¡No me llames «madre»! —le espetó con los puños cerrados en los costados. Había inclinado tanto su cuerpo que parecía un enorme pájaro dispuesto a picotear el suelo—. Ni una sola gota de mi sangre corre por tus sagradas venas, créeme. ¿Te atreves a juzgarme porque no te he estado atendiendo en el hospital durante las últimas semanas? ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué?

—¿Qué quieres decir con que ni una sola gota de tu sangre corre por mis venas? —dijo Catherine, que estaba sentada con la espalda encorvada sobre la chimenea del pequeño salón inmaculado y frío, pero se puso en pie enseguida, con los ojos entornados. Su madre siguió mirándola con enojo sin decir nada, y su tez cetrina se puso roja. Cuando era evidente que no iba a responder, se volvió a su padre, que estaba de pie en el umbral—. ¿Qué quiere decir?

—¿Por qué no puedes tener la boca cerrada? —contestó dirigiéndose a su esposa con una mirada airada antes de volverse a Catherine—. Ignórala, olvídalo —murmuró con irritación.

—Díselo, George… vamos, díselo —dijo su madre, que pareció perder los estribos al oír la censura de su marido—. Cumplirá veintiún años dentro de una semana, lo sabrá algún día, así que, qué más da si se lo decimos ahora. Dile lo que es, dile de quién es.

—Díselo tú, yo no quiero tener nada que ver con esto —dijo su padre con el rostro tan colorado como el de su esposa—. Siempre dije que fue una locura recogerla, y más todavía no decírselo. Tú eres la que ha tenido siempre todas las respuestas… díselo tú.

Y tras esas palabras, salió a zancadas y cerró la puerta de golpe a sus espaldas.

—No eres hija nuestra —dijo su madre, o la que había creído su madre, en tono despiadado—. Te adoptamos cuando eras un bebé porque creímos que no íbamos a poder tener hijos. Eres la hija de mi hermana.

—No te creo —dijo Catherine mirando a la mujer, aunque una minúscula parte de su cerebro reconocía que aquélla era la respuesta a las preguntas que la habían atormentado durante años—. Siempre has dicho que no tenías familia, que cuando tus padres murieron…

—Sé lo que he dicho —dijo el rostro simple de mediana edad congestionado con desprecios—. Pero ahora te digo que no es cierto, ¿no? Cuando mi hermana tenía diecisiete años se prometió con un chico que resultó ser un canalla. Para mis padres era la niña de sus ojos, y la mimaron desde el día en que nació. No pudo creerlo cuando se quedó embarazada y él la abandonó; pensó que todo el mundo bailaría siempre al son que ella tocara —dijo la mujer con algo más que malicia—. Después de darte a luz no tenía dinero ni trabajo, y quería librarse de ti.

Lo estaba disfrutando, pensó Catherine confusamente mientras mantenía la mirada fija en los ojos castaños de su madre. Realmente lo estaba disfrutando.

—Te iba a dar para adopción cuando todavía estaba en el hospital, así que George y yo decidimos acogerte. Nos pareció una buena idea en aquel momento.

—Entonces, ¿eres mi tía?

—No, ya te he dicho que no tienes nada que ver conmigo —dijo la mujer con las mejillas hundidas mientras contemplaba a la joven menuda y pálida que estaba frente a ella sin el más leve rastro de lástima en su voz mientras hablaba—. A mí también me adoptaron, entiendes, por la misma razón por la que George y yo te adoptamos a ti. Pero luego llegó tu madre siete años después y, desde aquel momento, era como si no existiese. Todo se lo daban a Anna, las ropas nuevas, los juguetes, sólo tenía que pedir algo para que se lo compraran.

—Y tú la odiabas —dijo Catherine llanamente, y su cuerpo se encogió al ver el veneno en el rostro de aquella mujer.

—Sí, la odiaba —dijo casi escupiendo las palabras, y una profunda amargura acentuaba las arrugas en torno a sus ojos y labios—. Era hermosa, muy hermosa, algo que mis padres me decían cada minuto. Todo el tiempo era Anna esto, Anna aquello…

—Entonces ¿por qué la ayudaste? —preguntó Catherine con perplejidad—. ¿Si tanto la odiabas por qué me adoptaste?

La mujer parpadeó y luego bajó los ojos para volverse y acercarse a la estrecha ventana del fondo del salón con la espalda rígida.

—Porque nos convino —dijo con voz tensa sin volverse—. Has

tenido un techo sobre tu cabeza durante los últimos veintiún años, ¿no? No entiendo de qué te quejas. Tienes suerte, mucha más suerte que muchos en tu misma situación —prosiguió, pero su voz se elevó al volverse para mirar a Catherine con ojos entornados y penetrantes—. Eso es lo que mis padres me decían cada vez que me apartaban a un lado o salían con Anna y me dejaban en casa. Tenía que estar agradecida, entender mi situación. Bueno… tú también.

Y Catherine entendió. Aquella mujer estaba tan llena de resentimiento y amargura que había adoptado a la hija de su hermana para llevar a cabo una retorcida venganza, para que la hija de Anna pagara por todas las penalidades que creía haber sufrido en el pasado. Por eso siempre habían dejado a Catherine a un lado, no le habían mostrado ningún tipo de afecto físico y había estado condenada al ostracismo en su propio hogar.

Y las circunstancias habían favorecido a su madre adoptiva y había dado a luz a dos hijos. Aquello debía de haber sido como la guinda del pastel, pensó Catherine confusamente. Todo había sido un plan de venganza a sangre fría. ¿Cómo podía haber alguien así? Se quedó mirando a la mujer que siempre había llamado madre y la conmoción y el horror la mantuvieron en silencio.

—¿Y bien? ¿Te ha comido la lengua el gato? —dijo la voz maligna.

—¿Y mi verdadera madre? —preguntó Catherine—. ¿Dónde está?

—No lo sé ni me importa —contestó con aspereza—. Se fue de Londres cuando terminaron las formalidades y no la he vuelto a ver. Menos mal que nos libramos de ella…

—¿A dónde fue? —preguntó Catherine otra vez—. Sé que lo sabes, lo leo en tus ojos.

—¿De verdad, cerebrito? —dijo con burla fiera y ostensible—. Te crees muy lista, ¿verdad? Como tu madre. Siempre era la primera de la clase en todo, siempre era la mejor, pero tuvo su merecido como tú tendrás el tuyo.

—¿A dónde fue? —insistió Catherine débilmente.

—A Yorkshire, a un pueblo llamado Towerby, pero eso fue hace veintiún años —dijo encogiendo sus estrechos hombros—. Se habrá ido de allí hace mucho tiempo, si es que conozco a Anna.

Catherine salió vacilante de la estancia sintiendo que le iba a explotar la cabeza y lloró durante horas en el cuestionable confort que ofrecía la ratonera que llamaba habitación. No durmió aquella noche porque la pena que la estaba destrozando era insoportable, pero cuando los primeros albores del nuevo día surcaron la noche, había tomado varias decisiones irrevocables.

Tan pronto como se recuperase se iría de aquella casa y nunca volvería. Y encontraría a su madre, a su verdadera madre. Y cuando lo hiciera… le preguntaría cómo podía haber abandonado a su bebé al

cuidado de alguien tan cruel y retorcido, tan malvado, y le obligaría a escuchar la vida que había soportado en las manos de su familia adoptiva.

Y luego… Contempló sin mirar el cielo gris con los ojos secos pero ardientes. Y luego le diría que la odiaba, que nunca la perdonaría, que en referente a ella no tenía madre y entonces, se alejaría sin mirar atrás. Lo haría.

Capítulo 2

—¿Estas de mejor humor?

La voz serena y grave hizo que levantara de golpe la cabeza. Había estado absorta en sus pensamientos y no había oído que se abría la puerta, ni que Keir estaba el umbral con su rostro moreno e impenetrable.

—No estaba… No estoy… ¿Qué haces aquí otra vez? —preguntó con voz tensa—. Creía que tenías que ir a una granja.

—Ya lo he hecho —dijo mirándola con sarcasmo—. Y por favor, trata de refrenar tu entusiasmo por verme, es bastante embarazoso.

El recordatorio no demasiado sutil de que estaba siendo verdaderamente grosera la ruborizó, pero Keir entró en la habitación y siguió hablando con aquel tono relajado que le ponía frenética.

—Se me ocurrió hacer algunas averiguaciones en relación al alojamiento antes de venir, para ver si había alguna habitación disponible. Así que llamé a todos los lugares posibles en Towerby.

—¿Y?

«Di algo, dale las gracias, algo», se dijo con desesperación, pero parecía haberse quedado bloqueada mentalmente.

—Y no hay nada —dijo deteniéndose junto a la cama. Levantó la silla que había allí con dos dedos y le dio la vuelta, de modo que se quedó sentado a horcajadas con el respaldo contra su estómago—. Cero.

—Ah.

¿Por qué no se había cepillado el pelo, o puesto uno de sus camisones, que estaban en su maleta?, se preguntó débilmente. Debía de estar horrible.

—Así que hablé con Janice y tenemos una proposición que hacerte —continuó Keir con fluidez—. Y puedes meditar en ella durante las próximas veinticuatro horas.

—¿Ah, sí?

«Di algo que no sea ¿y?, ah o ¿ah, sí?», se dijo Catherine. «Eres bastante inteligente, y no la pequeña colegiala tonta por la que te ha tomado».

—Bueno, en pocas palabras, estás buscando un sitio donde quedarte durante un par de semanas y da la casualidad de que la estudiante de veterinaria que ha estado viviendo con nosotros durante los últimos doce meses se ha ido hace poco y tenemos una habitación libre —dijo Keir en voz baja—. Si realmente estás decidida a veranear en Towerby, sería la solución ideal, ¿no? —continuó mirándola con ojos entornados y muy penetrantes—. Pero piénsalo. Tal vez te acabe dando igual ir a cualquier otro pueblo. A Compton, quizás.

—Pero no podría forzarte a…

—Piénsalo —interrumpió su balbuceo acalorado con una mirada serena y una voz enérgica e inexpresiva—. El doctor me ha dicho que te vas a quedar al menos durante un día más. No hay prisa, la habitación seguirá donde está.

—Keir…

—Y ahora debo irme —dijo levantándose, y su aspecto resultaba muy masculino vestido como estaba con pantalones vaqueros de color negro y una camisa vaquera abotonada al cuello que apenas dejaba ver el vello negro y rizado que atraía su mirada como un imán.

«Socorro…». Pero Catherine no supo qué significaba exactamente aquel grito silencioso.

—Me pasaré más tarde, ¿de acuerdo? —y no esperó una respuesta, sino que caminó hasta la puerta y se volvió para observarla con sus ojos de color gris ahumado—. Y trata de dormir esta tarde. Lo necesitas.

¡Encantador, realmente encantador! ¿Y creía que iba a aceptar favores de él? Antes prefería morir. La puerta ya se había cerrado y saltó de la cama, pero tuvo que esperar a que su cabeza dejara de darle vueltas.

Nunca había conocido un hombre tan irritante y arrogante, pensó mientras iba y volvía del cuarto de baño, sintiendo que las piernas no le pertenecían. Tampoco se podía decir que conociera mucho a los hombres, reconoció con ironía mientras se metía a la cama y esperaba a que su corazón se tranquilizase.

Había tenido algún que otro novio desde que acabó el colegio, pero no había habido nada serio. En parte porque sus padres le habían dejado claro que sus amigos no eran bienvenidos en casa, pero también porque no había conocido a nadie que hubiese despertado remotamente su interés aparte del de una amistad platónica, y con el trabajo y el curso en la universidad, apenas había tenido tiempo para divertirse.

Siempre trabajando… ¿acaso era aburrida? Se removió con desasosiego en la cama. ¿Y qué importaba? Lo único importante era encontrar a su madre, a la persona que la había traicionado tan cruelmente. Todo lo demás era insignificante. Se dio la vuelta, y enterró el rostro en la almohada mientras las lágrimas caían ardientes y ácidas.

Estaba tumbada en la cama hojeando distraídamente una revista que le había llevado una de las enfermeras cuando Keir regresó aquella noche con Janice.

—Hola —dijo Janice, entrando como un torbellino en la habitación con un uniforme blanco y almidonado y zapatos negros e impecables

—. No puedo entretenerme, ya llego tarde y la hermana me matará, pero quería ver cómo estabas y decirte que estaremos encantados de tenerte en casa, ya sabes. Sería maravilloso tener a otra chica con nosotros, la verdad.

—Es muy amable de tu parte, pero no puedo, en serio. No es culpa vuestra que no tuviese la sensatez de reservar una habitación antes de venir —dijo Catherine, y le resultó más fácil reconocer ante Janice que se había equivocado. Pero podía percibir a Keir con su visión periférica y no se atrevió a girar la cabeza hacia la figura que estaba recostada tranquilamente sobre la pared—. No quiero interferir en vuestras vidas…

—No seas tonta, no interfieres en absoluto.

Janice le brindó una sonrisa radiante que dejaba ver unos dientes blancos como perlas, y sus ojos grises, de un tono más claro que los de su hermano, brillaron mientras observaba a la joven delgada y pálida que estaba en la cama. Catherine se preguntó cómo serían sus padres para haber traído al mundo a dos hijos tan atractivos, y sus pensamientos le impulsaron a decir:

—Pero ¿a vuestros padres no les importará que una auténtica extraña invada su casa de repente?

—Los mayores no viven con nosotros —repuso Janice alegremente —. Pero dejaré que Keir te lo explique, debo irme a toda mecha, de verdad. Estoy haciendo el turno de noche en la sala de cirugía de hombres esta semana y siempre nos están llamando. Los hombres son como niños, ¿verdad?

Se dio la vuelta y salió por la puerta antes de que Catherine pudiera decir adiós. Entonces, Keir se apartó de la pared y se acercó lentamente hasta su cama, levantando la silla como antes y sentándose a horcajadas.

—¿Convencida? —preguntó con ironía.

—¿De qué? —repuso Catherine, aunque sabía de sobra de lo que hablaba, pero necesitaba tiempo para pensar.

—De que la habitación está pidiendo a gritos que alguien la ocupe y que estaremos encantados de que seas tú quien lo haga —dijo Keir. Se había cambiado de ropa y llevaba unos pantalones grises de algodón y una camisa fina de color gris carbón que hacía que sus hombros pareciesen más anchos de lo que eran en aquella pequeña habitación blanca—. Suelo trabajar a todas horas… es lo que hacen todos los veterinarios —añadió con ironía—. Y Janice, si no está trabajando está durmiendo o sale con su prometido. Podrías tener una llave y andar a tu aire.

—¿Y tus padres? —preguntó con perplejidad, mientras sus sentidos percibían el leve pero delicioso olor a aftershave y la fuerza que emanaba con su presencia.

—Viven en el sur, en Cornwall, para ser exactos. Se mudaron allí hace dos años —dijo en voz baja—. Mi padre ha tenido artritis durante años, y cada vez estaba peor. El médico pensó que el clima más suave lo ayudaría. Los inviernos aquí son bastante duros y fríos.

—¿Entonces, Janice y tú vivís en la casa de tus padres?

—No, la vendieron para comprar la casa en la que viven en el sur. Pero yo ya me había hecho cargo de la consulta veterinaria aquí en Towerby hacía meses, y estaba viviendo en el apartamento que hay encima de la consulta. Janice y yo decidimos que lo mejor era que se mudase al apartamento, porque estaba en mitad de sus prácticas de enfermería y había decidido que Michael era el hombre de su vida, así que no quería irse de Yorkshire —le explicó, y se encogió de hombros —. El apartamento es relativamente grande. Tiene tres dormitorios, una cocina y un salón, así que estamos desahogados de espacio. Janice terminó las prácticas hace un año y consiguió trabajo aquí, y la consulta ha crecido a pasos agigantados, así que no hay razón para que nada cambie hasta que se case con Michael.

—Pareces estar muy seguro de lo que quieres.

Era irracional, pero su seguridad y serena compostura la irritaba. Algo de lo que estaba sintiendo debió de translucirse en su voz, porque tenía expresión seria al replicar:

—¿Y eso es malo?

—Yo no he dicho eso.

—No te ha hecho falta —dijo mirándola lúgubremente por un momento—. No te caigo muy bien, ¿verdad, Catherine?

—Yo… Eso es ridículo, no te conozco.

Catherine sabía que le ardía la cara, pero nunca se había sentido tan avergonzada en toda su vida. La había rescatado cuando se encontraba enferma, en realidad se había comportado como un auténtico caballero de brillante armadura, y le había ofrecido alojamiento en su casa. Y ella no había hecho más que tratarlo como si fuera el marqués de Sade en persona, pensó con horror.

Pero tenía razón… Aunque más que no caerle bien, la perturbaba, la inquietaba, pensó débilmente. Era demasiado decidido… demasiado hombre.

—Eso es cierto, no me conoces —dijo en voz baja, poniéndose de pie mientras hablaba—. Y tengo la impresión de que pretendes que siga siendo así… ¿o es que vas a aceptar la oferta de alejamiento durante unos cuantos días hasta que puedas encontrar otro lugar donde quedarte?

Dicho de aquella forma, parecía tan razonable, tan práctico, que no podía pensar en ninguna objeción. Y no quería establecer ningún vínculo, por tenue que fuera, con Keir Durrell.

—Gracias, eres muy amable. Encontraré algún otro alojamiento tan

pronto como pueda… así podréis volver a disponer de vuestra casa para vosotros solos lo antes posible —añadió rápidamente al ver que sus cejas negras se elevaban con sarcasmo.

—Por supuesto —dijo con gran ironía dirigiéndose a la puerta, y se volvió para lanzarle una mirada devastadora—. Llamaré al hospital mañana por la mañana para saber si te han dado de alta, y en ese caso me pasaré a recogerte después de la consulta de la mañana.

—No es necesario —dijo Catherine enseguida—. Puedo ir en autobús o en taxi. Estoy acostumbrada a cuidar de mí misma.

—Aun así… —abrió la puerta y la miró una vez más—. Vendré a recogerte.

—No quiero que…

Pero se había ido y cerrado la puerta, y Catherine se quedó lamentando amargamente su decisión, aunque sin saber realmente por qué.

El sol estaba en lo alto de un cielo completamente azul cuando Keir llegó al día siguiente justo después del almuerzo, entrando en la pequeña habitación del hospital con la fuerza y la energía que eran parte intrínseca de aquel hombre.

Catherine estaba increíblemente nerviosa, y furiosa consigo misma por sentirse así, así que su sonrisa fue un poco forzada cuando levantó la vista del libro que había tratado de leer durante la última media hora.

—¿Preparada?

Como no había olvidado sus comentarios, se había vestido con sencillez pero no de forma demasiado informal, porque sabía que los vaqueros y las camisetas holgadas le hacían parecer una cría. Llevaba unos pantalones y una blusa ajustada hasta la cintura de color azul claro bastante elegantes, y con el pelo recogido en un moño holgado en lo alto de la cabeza y una ligera capa de maquillaje creía poder aparentar al menos dieciocho años. De cualquier forma, se sentía más dueña de sí misma de aquella manera, y tenía la impresión de que no le vendría mal estando cerca de Keir Durrell.

—Te lo agradezco de veras —dijo Catherine, y se sorprendió yendo prácticamente al trote a su lado mientras salían al soleado aparcamiento del hospital—. Estoy segura de que encontraré algo en pocos días y podré dejaros tranquilos…

—Catherine —Keir se detuvo bruscamente, dejó la maleta en el suelo y se volvió para agarrarla de los brazos y hablarle con su voz grave—. La habitación es tuya mientras estés en Towerby, ¿de acuerdo? Olvídalo ya.

—Sólo estaba diciendo…

—Sé lo que estabas diciendo y he dicho que lo olvides —la interrumpió. Era como un manojo de paja entre sus manos, pensó Keir sintiendo que los músculos de su estómago se contraían por el contacto, tan frágil que un soplo de viento podía arrastrarla—. La habitación no va a desaparecer, es absurdo que pagues por quedarte en otro sitio.

—Pero debo pagarte —dijo mirándolo fijamente, pasmada—. No puedo…

—Sí puedes.

Había entornado los ojos ante la intensa luz del sol y sus cabellos de color negro azabache y la vivida blancura de su camisa constituían un monocromo increíble sobre los diferentes tonos verdes del paisaje que se extendía ante ellos. Una vez más, algo le encogió el corazón a Catherine e intentó poner fin a la situación con más prisa que diplomacia.

—Estoy de vacaciones —dijo con rigidez—. Quiero pagar por mi alojamiento.

—Entonces, puedes hacerlo trabajando —repuso Keir con voz plana e inexpresiva, pero Catherine supo que se había dado cuenta de su reacción por su semblante sombrío—. El teléfono suena sin cesar, sobre todo fuera de las horas de consulta y por las noches. Sería una gran ayuda contar con otra persona para que conteste y tome nota de los mensajes, especialmente si me he desplazado a otro sitio y el asunto es urgente y debo saberlo. Y hay otras pequeñas cosas de las que te darás cuenta por ti misma. Aunque nadie espera que hagas nada —Keir la soltó en aquel momento, y se dirigió a un elegante Land Rover para abrirle la puerta—. Pero si da la casualidad de que estás en casa y quieres ayudarnos, te lo agradeceríamos. Así que estamos en paz, ¿eh?

—Pero no me parece justo —protestó después de que le cerrara la puerta y rodeara el Land Rover para subirse detrás del volante—. En realidad, no te beneficias con ese acuerdo.

—¿Y crees que la única razón por la que hacemos algo es si nos beneficiamos personalmente por ello? —preguntó con fluidez, sin molestarse en poner en marcha el Land Rover. En cambio, se volvió en su asiento para mirarla con su rostro moreno inexpresivo y un brazo en el respaldo del asiento de Catherine.

—No, claro que no —repuso con aspereza—. Sólo que… —levantó un poco la cabeza y se quedó mirándolo con sus grandes ojos violeta, dejando claro que no bajaba la guardia—. Da igual.

—¿Te has puesto en contacto con tu familia desde que estás en el hospital? Suponiendo que tengas familia, claro.

Iba directo a la yugular, y Catherine se ruborizó de forma virulenta antes de apartar los ojos de él y mirar por la ventanilla.

Aquel hombre era demasiado perceptivo. Sabía que algo estaba mal y estaba indagando, pero ella prefería morir a revelarle su pasado.

—No —le dijo. Pensó por un momento en mentir, pero decidió que dejaría las cosas claras desde el principio para evitar más interrogatorios en los días sucesivos—. Mi familia no está interesada en lo que hago o en dónde estoy —explicó con voz tensa.

—¿No vives con ellos? —preguntó Keir con suavidad observando su pálido perfil mientras Catherine tenía la mirada puesta en el parabrisas.

—No.

El recuerdo de aquella última y amarga despedida era como ácido en su cabeza. Había estado viviendo en un polvorín de odio durante toda su vida sin saberlo, ¿cómo podía haber estado tan ciega? El hombre al que había llamado padre no había hecho ningún esfuerzo por hacer que su esposa dejara de proferir insultos a Catherine, soltando todo su veneno, y sus hermanos parecieron disfrutar de la escena. Y había creído que eran su familia.

—No, tengo un apartamento en Londres —dijo en voz baja mientras dejaba a un lado la humillación y el dolor—. Con varias amigas.

No era cierto, pero se negaba a reconocer que no tenía hogar. De todas formas, sólo era una mentira a medias. Algunas de las chichas con las que solía trabajar compartían una casa en Londres y le habían dicho que podía irse a vivir con ellas. Pero Catherine había decidido cortar por lo sano, había renunciado a su puesto de trabajo y tenía la intención de trasladarse a un lugar muy distinto —Manchester o Birmingham, tal vez—, y volver a empezar allí una vez que hubiese solucionado sus asuntos en Towerby. Tenía dinero suficiente en la cuenta de ahorros como para vivir cómodamente durante algunos meses, no había prisa.

—¿Y no quieres que tus amigas sepan que estás bien? —insistió Keir con suavidad.

—No.

«A nadie le importa, ¿es que no te das cuenta?», le gritó Catherine en silencio. Y se iba a asegurar de que a nadie le llegase a importar en el futuro. Si no se abría a ninguna persona, no podrían hacerle daño. Era así de sencillo.

Keir no dijo nada durante unos momentos y luego puso en marcha el motor bruscamente, con el rostro rígido y frío. Atravesaron la antigua población sin decir palabra, pero cuando dejaron atrás las últimas casas, el aire cálido de junio y el hermoso paisaje la tranquilizaron y se sorprendió diciendo:

—Te… te agradezco que hayas venido a buscarme, Keir. Sé que debes de estar muy ocupado.

Keir se encogió de hombros con un movimiento muy espontáneo y masculino, y una vez más Catherine se quedó sin aliento ante la fuerza de su virilidad. Nunca debía haber aceptado alojarse en su casa, pensó con desesperación. Porque por alguna razón, se sentía amenazada a su lado.

Había conocido a hombres atractivos, fascinantes, carismáticos… pero ninguno como Keir Durrell. No por su atractivo moreno, su cuerpo moldeado, o la autoridad que emanaba tan fácilmente. Era algo más, un magnetismo, una sensualidad manifiesta que la asustaba terriblemente, por mucho que detestara admitirlo. Si Keir deseara a una mujer, la tomaría. Catherine abrió un poco más los ojos ante aquel pensamiento y se sintió acalorada al imaginar sus labios sensuales. Y cuando la tomara… sería maravilloso.

Pero ¿qué hacía? Estuvo a punto de revolverse en el asiento con irritación y desagrado, y se contuvo a tiempo, manteniéndose rígida. En cualquier caso, ¿qué sabía ella de cómo se hacía el amor? Aparte de lo que leía en novelas tórridas de vez en cuando. Tal vez Keir fuese un inútil en la cama, frío, incluso impotente… Atisbó por debajo de las pestañas el rostro duro y cincelado, y las manos grandes y firmes sobre el volante. Pero lo dudaba. Lo dudaba de verdad.

Aun así, los hombres como él no se excitaban con colegialas y había dejado muy claro que así era como la veía.

—No queda mucho para llegar a Towerby. Vamos a pasar por las cascadas, es un bonito recorrido —dijo Keir.

Y Catherine olvidó toda su confusión y resentimiento ante la vista que apareció ante sus ojos: arroyos rocosos de agua cristalina y preciosas cascadas diminutas parecían emerger en cada esquina, y los espacios abiertos bajo la cúpula del cielo azul resultaban cautivadores. Durante el resto de su vida, Catherine recordaría aquel viaje como algo fuera de la vida real, una introducción arrebatadora a la belleza de los valles de Yorkshire.

—Pasé casi toda la noche en aquella granja —dijo Keir, señalando una pequeña casa de muñecas rodeada por un rebaño de ovejas como pequeños ovillos de lana blanca sobre las verdes colinas—. Un parto difícil, pero terminó bien, con un potro gigantesco. Y la yegua se olvidó de todos los dolores en cuanto nació. Por muchas veces que lo veo sigue sorprendiéndome lo intenso que es el amor de una madre.

—Sí.

El dolor que la rasgó fue tan agudo que no pudo decir nada más. Incluso los animales lo sentían, ¿por qué su madre no?

Fue pasadas las dos cuando se adentraron en el tranquilo pueblo de Towerby, y pasaron delante de la vieja iglesia del siglo trece y de una antigua posada antes de desviarse de la carretera y atravesar unas grandes puertas de madera abiertas de par en par para acceder a un

pequeño patio.

—Hemos llegado —dijo Keir mirándola mientras el motor se apagaba, y el gorjeo de los pájaros se hizo evidente en el aire en calma —. Entraremos por la parte de atrás. La puerta principal la utilizan sobre todo mis pacientes y sus dueños.

—Está bien.

Keir ya había bajado del vehículo y se acercó hasta ella para abrirle la puerta y agarrarla por la cintura para ayudarla a bajar.

—Bienvenida, Catherine —dijo con voz muy grave. Ella sintió sus manos cálidas y levantó la cabeza, y entonces, cuando se quedaron mirándose a los ojos, el tiempo se detuvo. Catherine sintió cómo le golpeaba con fuerza el corazón al ver que inclinaba la cabeza, pero no para atrapar sus labios, como había temido… ¿temido? No, el breve roce de sus labios sobre su frente fue la clase de beso casto que se daba a las tías solteras o las adolescentes en ciernes, pensó Catherine con mordacidad mientras Keir la soltaba inmediatamente y se acercaba a una valla de madera de dos metros de altura que constituía el final de un jardín colgante.

—Es precioso —dijo respirando con suavidad, y sonrió alegremente al entrar en un jardín alargado rodeado de muros en el que había numerosos árboles frutales esparcidos sobre la gruesa hierba. Los muros altos de piedra estaban cubiertos de hiedra de un verde vibrante, y una estrecha senda serpenteaba hacia la casa, bordeando algún que otro arriate de flores de coloridos capullos—. Tan apacible.

—No en horas de consulta —dijo Keir con ironía tomándola del brazo para conducirla a la casa—. Últimamente no hacen más que llegar gatos y perros furiosos, sin duda por el calor, y a veces esto parece un circo.

Catherine asintió pero no dijo nada. No había duras palabras ni comentarios sarcásticos, ni pequeños dardos envenenados con los que herir. Podía soportar a los animales, era con las personas con las que tenía problemas.

Entraron en la casa por una pesada puerta de roble que daba a un largo y estrecho pasillo de suelo de piedra y paredes blancas.

—Entra y echa un vistazo —la invitó Keir—. Te presentaré a algunos de mis pacientes. Te gustan los animales, ¿verdad?

Estaba claro que no consideraba la posibilidad de que no le gustaran.

—Mucho —dijo enseguida—. Pero ¿qué habrías hecho si hubiese dicho que no? —preguntó con curiosidad.

—Hacerte cambiar de idea.

A Catherine le pareció que aquella arrogancia era típica de él y frunció el ceño.

—¿Y si no hubieras podido? —insistió, dispuesta a no renunciar.

—Siempre consigo lo que me propongo —dijo mirándola con expresión burlona—. Si deseo algo intensamente, no acepto un no por respuesta, por mucho tiempo que tarde.

La réplica cáustica que asomó a sus labios no tuvo oportunidad de materializarse, porque abrió una puerta y le hizo pasar delante de él.

—Ésta es la sala de rehabilitación, llena de residentes —dijo señalando las jaulas forradas de mantas que ocupaban dos de las paredes, algunas con pacientes somnolientos que los miraban medio dormidos.

—¿Hay alguno que esté muy enfermo? —dijo Catherine señalando un cachorro que tenía una pata escayolada—. ¿Aquél, por ejemplo?

—No, se pondrá bien —contestó Keir, y la condujo fuera de la habitación de vuelta al pasillo—. Esta es la sala de operaciones —dijo abriendo otra puerta un poco más allá, y Catherine vio una estancia de paredes blanqueadas, limpia y con todo el equipo y parafernalia propios de una sala de operaciones de un hospital—. La cocina de la consulta —prosiguió abriendo otra puerta. Aquella habitación estaba inmaculada y olía un poco a antiséptico y ácido fénico—. La utilizamos sobre todo para preparar las comidas de los animales. Algunos siguen unas dietas muy especiales, así que a veces lleva su tiempo preparárselas.

Aquello era algo más que una profesión prometedora para él. Catherine contempló el rostro duro y moreno mientras la conducía al final del pasillo. La nota de fervor en su voz, el orgullo por su pequeño imperio… era toda su vida. Realmente se preocupaba por los animales, pensó Catherine con asombro, y con una fuerza emotiva de la que no lo hubiese creído capaz.

El pasillo daba a un vestíbulo amplio de forma cuadrada con baldosas blancas y negras, y a la puerta principal en la pared opuesta. Keir le indicó una habitación a la derecha.

—La sala de espera principal y la recepción. Hay tres habitaciones de consulta más allá —dijo brevemente—, y también el almacén. Como podrás imaginar, tenemos desde grandes animales de granja hasta hamsters, así que cubrimos una amplia gama de vida animal.

—Me lo imagino —corroboró Catherine dócilmente.

—Y… —se detuvo bruscamente, volviéndose para mirarla con recelo desde su considerable altura—. ¿Te estás riendo de mí? ¿Te parezco gracioso?

—No.

Y no lo hacía, la verdad. De hecho, su entusiasmo le inspiraba cualquier cosa menos burla, más bien cierta ternura ante su vulnerabilidad que no necesitaba precisamente en aquellos momentos.

—Bien —le dijo. Los ojos grises se mantuvieron fijos en los suyos

por un momento más antes de girar a la izquierda, y su mano se posó sobre el pomo de una puerta a través de la cual se oían unos gemidos crecientes—. Y ahora, será mejor que conozcas a Muffin y al resto de la panda… agárrate —la advirtió justo un segundo antes de abrir la puerta y de que una manada de perros invadiera el pasillo dando ladridos agudos y alegres, o graves y guturales.

—¿Son todos tuyos? —preguntó Catherine, que se había puesto en cuclillas para saludarlos. Había desde un pastor alemán enorme y fuerte de pelo largo hasta un diminuto yorkshire que no hacía más que dar brincos en el aire como si tuviera muelles invisibles—. ¿Cuántos son?

—Sí, son todos míos, y son seis —dijo Keir. Dio una voz de mando y todo el grupo formó un círculo a sus pies moviendo las colas frenéticamente—. Éste es Muffin, el jefe indiscutible —dijo en voz baja, dando palmaditas a un cocker spaniel de ojos expresivos—. Era el perro de mi madre, pero decidió que no era capaz de separarlo de los otros cuando se fue a Cornwall. Esta es Sally, su mejor amiga y aliada —dijo señalando al Yorkshire—, y James y Josh. Son los mestizos que mi padre encontró abandonados en una caravana hace algunos años. Megan es una lebrel que utilizaron como máquina de procrear hasta que nos hicimos cargo de ella y el pastor alemán es el más joven de todos. Fue un capricho, porque ya teníamos cinco perros, pero siempre había querido tener un pastor alemán de pelo largo.

—Es magnífico —dijo Catherine, contemplando el musculoso perro con cautela.

—Es el más blando de todos —dijo Keir con pesar—. Todos le dan órdenes, sobre todo la pequeña yorkshire.

Tanto amor. Catherine se quedó mirándolo por un momento mientras su corazón se encogía tanto que le causaba dolor, y fue su agitación interior lo que hizo que su voz pareciera áspera cuando dijo:

—Siempre había creído que los veterinarios tenían como norma no tomar cariño a sus pacientes, y mucho menos recoger animales extraviados.

—¿De verdad? —repuso Keir con voz serena, casi inexpresiva—. Entonces tal vez has tratado con malos veterinarios.

—No he tratado con ninguno —replicó con indignación—. Lo he leído en libros, artículos, en sitios así —reconoció como débil defensa a su crítica.

—Entiendo —dijo Keir, y su semblante moreno expresaba con más elocuencia que sus palabras lo que pensaba de sus lecturas—. Siempre prefiero formar mis opiniones de primera mano. Así sólo puedo culparme a mí mismo cuando meto la pata.

Catherine sintió el fuego en las mejillas al oír aquella regañina no

demasiado sutil y el mecanismo de defensa que había empleado durante años contra las burlas de su familia se puso en marcha de repente.

—Estoy segura de que nunca metes la pata —dijo con una dulzura melosa envuelta con cinismo—. Sabes tanto de todo, eres tan sensato.

—Gracias —repuso Keir haciendo una leve inclinación, y sus ojos la miraron con expresión irritantemente divertida—. Es el mejor cumplido que he recibido.

—No me lo creo —dijo Catherine, sin poder controlarse—. Tus novias, por ejemplo… Estoy segura de que te habrán hecho cumplidos alguna que otra vez —continuó sonriendo alegremente—. Suponiendo que hayas tenido novias, claro —añadió con dulzura inclinándose para acariciar uno de los perros mientras hablaba.

—Últimamente no —repuso Keir, y si Catherine lo hubiese estado mirando habría notado el cambio de expresión en su rostro.

—Pero…

Keir impidió que siguiera metiendo la pata tocándole el brazo y mirándola con rostro hermético e inexpresivo para decirle:

—Mi esposa murió hace dieciocho meses. No he salido con nadie desde entonces.

—Vaya —dijo Catherine, y se puso de pie lentamente con los ojos muy abiertos por el horror—. No lo sabía, lo siento. Lo siento mucho… No… no sé qué decir.

¿Había estado casado? Pues, claro, debía haber sabido que un hombre como Keir Durrell no habría permanecido soltero durante tanto tiempo. Y su esposa había muerto…

—No tenías por qué saberlo —dijo con voz serena, remota, y mientras metía otra vez a los perros en la habitación, Catherine permaneció muy quieta. Por supuesto que no tenía por qué saberlo. Sólo iba a pasar allí dos o tres semanas y únicamente porque Keir la consideraba extraviada como a algunos de los animales a los que había dado cobijo.

Le había tendido una mano piadosa, se había mostrado caritativo con ella y había sido muy amable. Catherine se dio cuenta de que estaba retorciendo las manos y las separó bruscamente. Muy amable…

Capítulo 3

—Te presentaré a Sandra, mi recepcionista, y luego subiremos al piso de arriba, al apartamento, y te enseñaré tu habitación.

Catherine levantó la cabeza bruscamente cuando Keir cerró la puerta del cuarto de los perros y se volvió. Al ver la mirada en su rostro se quedó quieto y la miró con sus ojos grises.

—Lo siento, Keir —dijo Catherine. Debía disculparse como era debido antes de que perdiera el valor de hacerlo—. Siento lo que dije… lo de tu esposa…

—Catherine…

—No, escúchame, por favor —dijo inspirando profundamente, volviendo a juntar las manos sin darse cuenta, aunque el hombre alto y moreno que la miraba era consciente de todos sus movimientos—. Has sido muy amable al ayudarme y luego ofrecerme un lugar donde quedarme, no es más que… —¿cómo explicar lo inexplicable?—. No estoy acostumbrada a que la gente sea amable conmigo —murmuró con desesperación—. Sé que a veces soy un cardo…

—Los erizos tienen una cara muy dulce —dijo Keir con voz gruesa y sedosa—. ¿No te habías dado cuenta?

—¿Los erizos?

Por un momento no comprendió la metáfora y luego se ruborizó intensamente.

—Y no pasa nada, de verdad. Olvídalo.

—¿Que lo olvide? —repitió Catherine. Aquello fue como una bofetada. ¿Realmente pensaba que era tan superficial que podía pasar por alto la pena y el dolor que debían de haber acompañado su afirmación de «Mi esposa murió hace dieciocho meses»? —. No puedo, y te agradezco que…

—No quiero que me agradezcas nada —la interrumpió Keir. La seda se había rasgado y, por un momento, apareció el acero—. No es necesario, Catherine. Disfruta de tus vacaciones, ¿de acuerdo?

—Keir…

Había abierto la boca para decir algo más, para contarle que no estaba de vacaciones, que tenía la misión de encontrar a alguien que la había traicionado y despreciado, pero en aquel momento se abrió la puerta de recepción y perdió la oportunidad.

—Me pareció oír voces —dijo una joven. Era bonita, muy bonita, de rostro redondo y ojos grandes y verdes, y tenía una exuberante melena de color rubio ceniza que debía su esplendor a un bote, pero que no dejaba de ser llamativa—. Sólo estaba comprobando que todo estuviera en regla.

—Gracias, Sandra —dijo Keir con voz fluida e incluso afectuosa, y Catherine supo por qué. Sandra tenía el atractivo y la figura de una

modelo—. Venía a presentarte a Catherine. ¿Recuerdas que te dije que iba a quedarse en el apartamento durante un tiempo?

—Sí, lo recuerdo —repuso Sandra. Los ojos verdes eran claros y fríos como el cristal cuando miraron a Catherine, aunque sus primorosos labios sonreían con delicadeza—. ¿Cómo estás, Catherine? ¿Ya estás recuperada de tu pequeño accidente?

Hizo que pareciera una niña que se había caído y se había hecho un corte en la rodilla, pensó Catherine con incomodidad mientras sonreía y aceptaba su mano.

—Sí, gracias, ya estoy bien. Siento haber causado tanto alboroto.

—Sí… —repuso Sandra, y luego su rostro se suavizó al dirigirse a Keir —. Keir, me temo que hay una lista de llamadas para esta tarde, incluida una de la granja de Beck. Esa vaca sigue sin dar leche a su ternero, y ya han pasado varias horas.

Keir asintió lentamente.

—Ya hemos tenido problemas con ella, pero una inyección la pondrá en marcha y será una buena madre —Keir posó la mirada en Catherine—. Revisaré mi maletín y luego te llevaré arriba y podrás descansar un rato —añadió distraídamente, porque era evidente que sus pensamientos ya estaban puestos en la vaca de la granja de Beck y en su ternero.

—Pasa —dijo Sandra, despegando los ojos de la espalda de Keir con evidente esfuerzo, y entró en la recepción sin esperar a ver si Catherine la seguía—. Entonces… ¿cuánto tiempo piensas quedarte en Towerby?

—No estoy segura —contestó en voz baja—. No quiero abusar de la hospitalidad de Keir y Janice. Han sido muy buenos.

—Keir es el mejor dando cobijo a extraviados —rió Sandra alegremente, aunque su risa no era agradable—. Me refiero a los animales, por supuesto —añadió en tono de burla, y el rostro de Catherine se puso rígido. Había vivido con el rechazo lo suficiente como para reconocerlo enseguida—. Su trabajo es toda su vida, claro está —prosiguió Sandra, mirándola con ojos entornados—. Sobre todo, después de la tragedia con Marion.

—Su esposa, sí, ya me lo ha dicho.

«Gracias, gracias, por no tener que preguntar a qué se refería», rezó Catherine en silencio. A Sandra le habría encantado.

—Yo era buena amiga de Marion, en parte por eso acepté el trabajo cuando cayó enferma. Ella también era la recepcionista de Keir, sabes. ¿Trabajas? —le dijo bruscamente.

La manera de interrogarla, más que la pregunta en sí, era claramente impertinente, pero Catherine se esforzó por no replicar ante el antagonismo de la joven. A fin de cuentas, era la recepcionista de Keir y él podía llegar a darse cuenta de la enemistad que había ente

ellas. Además, no quería hacerse una enemiga a los pocos minutos de estar en su casa.

—Ahora mismo no —dijo con cautela—. Y como tenía algo de dinero ahorrado, me pareció que era el momento de tomarme unas vacaciones y descansar antes de buscar otra cosa.

—¿Y por qué Yorkshire? —preguntó Sandra, sugiriendo que cualquier otro lugar habría sido una idea mejor.

—¿Por qué no? —replicó Catherine alegremente.

—Bueno, no hay vida nocturna, para empezar —respondió Sandra con voz tensa—. Y viniendo de Londres, estoy segura de que sabes lo que es la diversión —añadió con mordacidad.

¿Qué había dicho o hecho para despertar aquel enojo? Catherine hizo una pausa antes de contestar.

—Me gusta divertirme, y eso es exactamente lo que pienso hacer aquí: largos paseos al aire libre, paz y tranquilidad, y tiempo para hacer lo que me plazca.

—Vaya.

La definición de lo que para ella era divertirse no encajaba con la idea de Sandra. Pero antes de que pudiera decir nada más, Keir reapareció con expresión preocupada y su recepcionista se volvió para sonreírle con una dulzura empalagosa que Keir no pareció percibir.

—¿Lista? —le preguntó a Catherine antes de mirar a Sandra y tenderle un montón de papeles—. Pásalos a máquina al registro de la consulta, ¿quieres? Volveré sobre las cuatro. Tienes la lista de las visitas en caso de que haga falta localizarme antes, ¿verdad?

No esperó la respuesta sino que tomó a Catherine del brazo y la condujo con firmeza al pasillo y luego por las escaleras que estaban a un lado de la puerta principal. Se detuvo en un descansillo amplio y señaló con la cabeza los escalones que seguían hacia arriba.

—Sólo hay arañas y desvanes ahí arriba —dijo brevemente—, además de la chatarra que han dejado varios veterinarios a lo largo de los años —abrió la pesada puerta de roble que había delante de ellos con una llave que luego entregó a Catherine—. Es tuya, por cierto. Si la pierdes hay otra más para las emergencias y está colgada junto a la ventana, en el dispensario. Entra y sal cuando quieras.

—Está bien —dijo Catherine. La velocidad con la que la estaba despachando la mantenía con la boca cerrada.

—Tu habitación es la que está al final del pasillo, pero date una vuelta por donde quieras —dijo haciéndole pasar al apartamento—. Debo irme, pero sírvete tú misma café, comida, lo que quieras.

—Sí, gracias —repuso Catherine con voz cautelosa.

Keir se percató de su actitud defensiva cuando se volvía para irse y se detuvo, girando otra vez para escrutarla con ojos entornados e indescifrables.

—No tengas miedo —dijo con suavidad—. Tal vez te hayas metido en la boca del lobo, pero puede ser bastante civilizado cuando se lo propone.

—¿Cómo?

—¿No pensarías que iba a saltar sobre ti a la primera oportunidad? —inquirió con ironía.

—No, claro que no.

—¿No? —repuso Keir, dejando claro que no la creía, y su rubor se intensificó hasta cubrirle el rostro y el cuello de color púrpura—. Entonces, ¿por qué estás tan nerviosa conmigo, tan a la defensiva?

—No lo estoy —replicó Catherine. Aquello era horrible, realmente horrible.

—Creo que sí —dijo Keir con voz suave, incluso cortés, que la envolvía como el acero—. ¿Te ha hecho daño algún hombre, Catherine? ¿Han abusado de ti, tal vez?

—¡No! —exclamó en tono demasiado agudo, y trató de moderarlo acto seguido—. No, de verdad.

—Está bien, está bien —repuso Keir. El alivio que lo invadió hizo que le temblaran las rodillas por su intensidad. Pero había algo, lo sabía, algo que reconcomía a aquella joven por dentro. Si no era un hombre, ¿qué demonios podía ser?

—Has… has dicho que tenías que irte —dijo Catherine con voz trémula.

—Ya me voy.

Catherine no se dio cuenta de que el dolor había hecho que sus ojos de color añil pareciesen casi negros, sólo sabía que aquella conversación tenía que acabar. Keir estaba siendo amable y ella no era más que otra de sus ovejas descarriadas. Como Sandra había dejado bien claro, sentía lástima por ella.

—Espero… que la vaca esté bien.

Catherine vio cómo Keir se mordía el labio inesperadamente. Emitió un sonido ronco y ahogado y pasó un momento antes de que dijera con una falta total de expresividad:

—No voy a tomar el té con ella, Catherine.

¡Se estaba riendo de ella! Se puso rígida, y la indignación se hizo evidente en todas las líneas de su cuerpo, pero Keir se inclinó hacia delante para tocarle la mejilla suavemente con la palma de la mano con ánimo de tranquilizarla, aunque sólo consiguió turbarla más. Sobre todo porque su proximidad hacía que percibiese el leve olor masculino que emanaba, la amplitud de su pecho, la forma en que el vello negro y sedoso de su cuerpo se asomaba por el cuello de su camisa.

—Relájate —dijo Keir al notar su retirada física en la forma en que cerraba los labios y entornaba los ojos—. Como ya te he dicho, puedo

ser bastante civilizado cuando me lo propongo.

Catherine no lo dudaba, pero lo que él no comprendía era que no estaba preocupada por su falta de control. Por alguna razón, sus hormonas parecían decididas a volverse locas cuando estaba cerca de Keir Durrell. Se sobresaltaba de forma absurda y eso tenía que parar. Inspiró profundamente, levantó la barbilla y forzó una sonrisa.

—¿Y si te acompaño al Land Rover y traigo mi maleta? —preguntó animadamente—. Así podrás salir volando…

—Ya está en tu habitación, la subí mientras charlabas con Sandra —dijo Keir saliendo del apartamento mientras hablaba, aunque hizo una pausa en el descansillo iluminado por el sol—. Janice está durmiendo todavía, pero se levantará dentro de poco. Querrá darse una ducha y comer algo antes de ir al hospital. Su habitación es la contigua a la tuya, por cierto.

—Bien.

Catherine se sintió profundamente agradecida de que hubiese algo más que una delgada pared separándolos. Por algún motivo, la idea de ser capaz de oír cómo se preparaba para acostarse o se metía en la cama era estremecedora, por humillante que le resultase reconocerlo. Tampoco era de ayuda admitir que se estaba comportando como la colegiala atolondrada por la que la había tomado. Vaya, ¿por qué habría aceptado alojarse en su apartamento? No era lo que quería.

Todavía estaba dándole vueltas al asunto cuando se dio cuenta de que Keir ya estaba a mitad de la escalera y que ella no le había devuelto la despedida.

El apartamento era sorprendentemente grande y luminoso, con una vista magnífica al pueblo desde la ventana del salón. La pequeña cocina era compacta y estaba resplandeciente, y se quedó embelesada al encontrar una bañera de hierro forjado con patas en el cuarto de baño. Pero fue al abrir la puerta de la que iba a ser su habitación, cuando realmente se enamoró del lugar.

No era una estancia especialmente grande, al menos comparada con la ratonera que había sido su habitación durante veintiún años, pero era la enorme ventana que ocupaba casi toda la pared del fondo y la vista que ofrecía era lo que le confería todo el encanto.

Avanzó por el soleado cuarto de moqueta y paredes de color limón pálido y muebles y cortinas de color marfil que reflejaban hasta el último destello de luz, y se asomó por la ventana pensando que parecía como si la mitad del condado de Yorkshire estuviese ante sus ojos.

—Hermoso… —dijo inhalando el aire húmedo y dulce durante unos momentos embriagadores—. Sencillamente hermoso.

Desde su nido, oteó los prados verdes en los que los terneros corrían hacia sus madres, y miró aún más allá hasta una ladera que

ascendía cubierta de árboles hacia el cielo azul infinito. Y pensar que había personas viviendo y trabajando en aquellos parajes todos los días. Personas como Keir…

Aquel nombre interrumpió su tranquilidad y se dio la vuelta bruscamente para mirar la maleta que había dejado sobre la cama.

¿Qué diría si averiguara que había ido a aquel rincón del mundo a enfrentarse a una mujer que nunca había visto, a una mujer que decididamente no quería verla, que había ignorado su existencia durante veintiún años? Aunque no tenía razones para pensar que su madre siguiera viviendo en aquellos lugares. Y sin embargo, en lo más profundo de su ser, tenía la convicción de que su madre estaba allí. No podía decir por qué lo sabía, pero estaba segura… ¿o tal vez sólo fueran vanas ilusiones?

—¡Basta! —exclamó con furia y aspereza. Tenía que poner fin a aquel perpetuo interrogatorio, se estaba volviendo loca.

Desharía la maleta y luego se echaría en la cama durante unos minutos hasta que oyera que Janice se levantaba. Era increíble lo cansada que se sentía, teniendo en cuenta que había estado en cama durante dos días…

Se despertó cuando las sombras suaves del atardecer invadían la habitación, y el calor del sol había dejado una tibieza que era como un bálsamo sobre su piel. Permaneció tendida sintiéndose más relajada de cuerpo y alma que en muchos años, y pensó que podría ser feliz allí. La idea surgió antes de que pudiera sofocarla e hizo que se levantara bruscamente de la cama. Al mismo tiempo, oyó la voz grave de Keir diciendo algo en algún lugar de la casa y los tonos más suaves de Janice más en la distancia. Se le aceleró el corazón y emitió un sonido de disgusto por su propia debilidad.

Keir no estaba en lo más mínimo interesado por ella, y eso era bueno, muy bueno. Iba a tener que concentrar todo su tiempo y energía en llevar acabo una investigación muy sutil sobre una mujer que se había trasladado a aquella región hacía veintiún años y tenía todas las probabilidades de fracasar. Las complicaciones sentimentales no le convenían. Si sus pesquisas daban fruto, tendría que irse de Yorkshire inmediatamente después de ver a su madre, de lo contrario la situación sería muy difícil y embarazosa para todos. Si no la encontraba, tendría que irse de todas formas para continuar la búsqueda. En cualquier caso, Yorkshire le estaba vedado.

Ignoró la pequeña sacudida que dio su corazón y cruzó la habitación hasta el pequeño tocador, se sentó y se cepilló el pelo hasta que sus ondas sedosas y plateadas le cayeron libremente por los hombros. Luego se quitó hasta la última gota de maquillaje y se miró

el rostro brillante y recién lavado en el espejo por un momento. Sí, parecía que tuviese dieciséis años, reflexionó, pero eso jugaba a su favor teniendo en cuenta cuál era su misión.

«¿Y Keir?», le preguntó tímidamente una vocecita en su cabeza. «¿Y si él piensa que pareces una niña desmañada y tosca?».

Un suave golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos y le hizo volver la cabeza para decir:

—Adelante.

—Hola —la saludó Janice, que entró en la habitación vestida de uniforme y con una taza de té en las manos—. Has dormido toda la tarde, y eso es exactamente lo que yo habría prescrito —sonrió alegremente—. Keir está preparando la cena, pero yo que tú lo vigilaría si no quieres que te envenene.

—¿Tú no vas a cenar? —preguntó Catherine ansiosamente mientras aceptaba el té con una sonrisa de agradecimiento, y su corazón volvió a desbocarse ante la idea de una cena íntima con Keir.

—No, ya he tomado un sándwich, y eso es todo lo que puedo comer cuando trabajo de noche —dijo Janice arrugando la nariz—. Este turno causa estragos en mi sistema digestivo. Tengo que salir volando, Michael también tiene turno de noche así que pasará a recogerme en un par de minutos.

—¿Trabaja en el hospital? —preguntó Catherine con interés.

—Es médico —respondió Janice con expresión radiante—. Pero no fue allí donde nos conocimos, si es eso lo que estás pensando. Lo conozco de hace años… de toda la vida, en realidad —se oyó una bocina y Janice puso fin a la conversación dándose la vuelta rápidamente—. Ahí está, tengo que irme.

Y salió de la habitación con el atropello característico de la hermana de Keir. Tal vez se parecieran físicamente, pero eso era todo. Janice carecía de la serena autoridad de su hermano y de su control casi frío y formidable.

—¿Te sientes mejor? Antes parecías estar agotada.

Oyó la voz suave que salía de la cocina cuando salió al pasillo después de tomarse el té y cambiarse los pantalones y blusa arrugados por unos vaqueros viejos y cómodos y una camiseta larga y holgada. Su anterior resolución de parecer mayor y sofisticada se había esfumado gracias a una buena dosis de sentido común que le decía que no iba a lograrlo. Era como era.

—Sí, gracias —contestó deteniéndose en el umbral. Keir estaba de pie delante de la pequeña y estrecha barra cortando champiñones. Llevaba un paño colgado de la cintura de sus vaqueros negros y se había remangado la camisa para dejar ver brazos magros y musculosos cubiertos generosamente de vello negro. El contraste de familiaridad hogareña y *sex appeal* era embriagador.

—Bien —dijo levantando la vista de la tarea que tenía entre manos para mirarla de arriba abajo con sus devastadores ojos grises—. Espero que te guste el pollo frito con verduras. Mi destreza culinaria es un poco limitada.

—Sí, pero tendría que ser yo la que lo estuviese haciendo…

—¿No me digas que eres una de esas pocas mujeres que creen que su lugar está en la cocina? —inquirió en tono de burla—. Sería demasiado bonito para ser verdad.

—No —le espetó Catherine, llevada por la agitación y los nervios que sentía junto a aquel hombre—. Lo que quiero decir es que en vista de lo ocurrido, lo menos que puedo hacer es preparar la cena.

—¿Qué ha ocurrido? —repuso Keir encogiéndose de hombros—. Teníamos una habitación libre y tú necesitabas un sitio donde quedarte, así de sencillo. Toma, sirve una copa de vino para cada uno si insistes en ayudar. La botella está abierta.

Con las prisas por obedecer, derramó un poco de vino tinto, pero Keir pareció no darse cuenta y aceptó la copa que le tendió dándole las gracias mientras removía la deliciosa mezcla en la sartén.

Una vez dentro de la cocina parecía de mala educación salir, y Catherine se encaramó a una de las banquetas de la barra, perfectamente consciente de que en aquel reducido espacio los movimientos de Keir resultaban excesivamente próximos.

—Háblame un poco de ti —dijo Keir con naturalidad, pero era lo que Catherine había estado temiendo y por un momento no fue capaz de pensar.

—No hay mucho que contar —le dijo, y tomó un sorbo del vino, suave y aromático, antes de continuar—. Nací y me crié en Londres, tengo veintiún años —Keir levantó las cejas con ironía al oír aquello, indicándole que no había olvidado su anterior conversación—, y estoy aquí de vacaciones, eso es todo.

—¿Eso es todo? —inquirió torciendo los labios con incredulidad—. ¿Y tu familia, los amigos, el trabajo? —preguntó volviéndose para mirarla con ojos penetrantes.

—Mi familia son mis padres, un hermano y una hermana —dijo llanamente—, y…

—Oye, espera un momento —la interrumpió Keir tocándole el brazo, y Catherine sintió el roce en todos los nervios de su cuerpo—. ¿Los ves a menudo? ¿Tus hermanos son mayores que tú…?

—Son más pequeños, bastante más pequeños, pero entre ellos sólo se llevan un año, así que siempre están como el perro y el gato. Mis padres… —inspiró profundamente y rezó para mantener el control—, no son como yo… —«gracias a Dios», pensó— y nunca nos hemos llevado bien.

—Entiendo.

No lo entendía, pero Catherine no le dio oportunidad de seguir preguntando.

—Los amigos, tengo muchos, el trabajo, soy secretaria, y creo que el pollo se está quemando —concluyó en el mismo tono práctico.

Keir tardó un momento en comprender lo que decía y luego se abalanzó hacia la sartén, rescatando la comida antes de que se hubiese producido ningún daño mientras Catherine daba gracias por que su ángel de la guardia hubiese estado al quite.

Poco después cenaron juntos en la vieja mesa de madera en un rincón del salón, con las amplias ventanas abiertas al aire perfumado de la noche mientras las luces del pueblo empezaban a encenderse. Keir charló cómodamente mientras comían, entreteniéndola con historias divertidas sobre su trabajo.

—¿Tarta de manzana con nata? —preguntó poniéndose en pie para llevarse su plato vacío, y el movimiento hizo que Catherine percibiera el olor leve pero penetrante de su aftershave durante un fugaz segundo.

—¿Te importa si sólo tomo café? —le dijo en voz baja.

—Sí —contestó. Catherine lo miró a la cara y vio cómo hacía una mueca al ver su expresión de sorpresa—. Estás demasiado delgada, necesitas alimentarte —declaró con firmeza—. Si no te gusta la tarta de manzana, hay helado de chocolate o pastel de fruta.

—No quiero nada —replicó Catherine, poniéndose rígida ante la crítica—. Gracias —añadió entre dientes segundos más tarde.

—No quiero decir que no estés bien como estás —prosiguió Keir como si no hubiese hablado, paseando la mirada por su cuerpo y hablando en tono pensativo, casi analítico—. Pero está claro que te hacen falta algunos kilos más.

—Escucha…

—Así que, ¿qué te apetece?

—Keir…

—¿Dos tartas de manzana? —continuó en voz baja, pero con una firmeza tal que Catherine no tuvo fuerzas para retarlo.

—Está bien —murmuró de mala manera—. Si insistes.

—Insisto —dijo con voz sombría y suave—. Ya te he dicho que no acepto un no por respuesta cuando quiero algo. Y… —hizo una pausa para que lo mirara—, mi profesión me ayuda a reconocer si una persona ha estado enferma, y tú lo has estado.

Era una afirmación, no una pregunta, pero Catherine asintió de todas formas.

—Tampoco es que pesara antes dos toneladas —dijo con mordacidad, todavía mortificada por su crítica—. No todas las chicas tienen grandes… —se interrumpió bruscamente al ver que había levantado las cejas—. Tienen muchas curvas.

—¿Quién ha hablado de curvas? —repuso Keir. Catherine tenía la clase de belleza que cualquier hombre con sangre en las venas se pararía a contemplar, y sin embargo su complejo de inferioridad era grande como una casa. ¿Quién habría dañado tanto aquel ego delicado para que estuviese irascible como una gata la mayor parte del tiempo? Sintió que se le encogía el estómago al pensar fugazmente en las peores explicaciones, pero las apartó a un lado.

No, había visto demasiadas jóvenes de la otra clase como para dudar de aquel estado de alerta ingenua que resultaba involuntariamente seductor. Pero su situación no le encajaba. Las chicas como ella no se iban solas de vacaciones, y si lo hacían, no a un pequeño pueblo de Yorkshire.

Catherine estaba de pie mirando por la ventana cuando regresó con dos platos de tarta humeante, pero se volvió enseguida, casi con sentimiento de culpabilidad, al oírlo entrar.

Keir sacó la silla para ella, y la empujó hacia la mesa mientras Catherine se sentaba.

«Bonito trasero», pensó con apreciación. «Pequeño y redondo, con el volumen justo para agarrarlo».

—¿Tu esposa era de por aquí? —inquirió Catherine, en parte para protegerse de la intimidad de aquella cena para dos, pero se horrorizó ante su falta de tacto—. Lo siento, no tenía que habértelo preguntado, no quise…

—¿Por qué no? —la interrumpió con voz serena e inexpresiva—. Marion no era de aquí. En realidad se crió en Londres, como tú. Nos conocimos en la facultad.

Catherine lo observó mientras se sentaba y vio cómo tomaba un bocado de tarta antes de volver a hablar.

—¿Y tú? ¿Has dejado algún corazón roto suspirando por tu ausencia?

—¿Yo? —repuso Catherine. Para su pesar, enrojeció vivamente ante aquella pregunta perfectamente aceptable—. No, ninguno.

—Ya.

La inflexión de su voz le hizo querer escrutar aquel rostro moreno, pero las facciones duras y masculinas aparecían remotas, implacables, cuando la miraron.

No debía haber aceptado quedarse allí. Una vez más, la idea surgió en su cabeza, pero en aquella ocasión, con tanta fiereza y urgencia que Catherine se estremeció.

Capítulo 4

Catherine durmió profundamente aquella noche, y sólo se despertó durante unos minutos al oír el timbre del teléfono en alguna parte, seguido minutos más tarde por el crujido de una puerta, unos pasos y el ruido de la puerta de la entrada al cerrarse. Echó un vistazo con ojos somnolientos a su diminuto despertador, que había dejado sobre la mesilla. Eran las dos de la madrugada. Sería una llamada urgente para Keir, pensó momentos antes de volver a acurrucarse bajo las sábanas y quedarse inmediatamente dormida.

Cuando volvió a abrir los ojos, la luz temprana del día invadía la habitación y, aunque sólo eran las seis de la mañana, a Catherine le resultó imposible volver a dormirse. Se sentía descansada y alerta y con ganas de levantarse.

Se colocó un grueso albornoz sobre el camisón y se dirigió al cuarto de baño. Las puertas abiertas de Keir y Janice hacían evidente el hecho de que estaba sola en el apartamento. No podía ser muy divertido tener que salir en mitad de la noche, reflexionó Catherine. Keir trabajaba demasiado, lo había visto en las arrugas de cansancio que surcaban su rostro la noche anterior…

Interrumpió sus pensamientos bruscamente. No era asunto suyo si Keir trabajaba mucho o poco, se dijo con ánimo lúgubre. Le había ofrecido una habitación porque la tenía libre en aquellos momentos y a ella le hacía falta. Tenía su propia vida y Catherine no sería más que una sombra fugaz en su vida.

Se aventuró a la cocina, se preparó un café instantáneo y se fue con la taza al salón, donde se acurrucó en una silla grande y cómoda próxima a la ventana. Observó el pueblo, que aún dormía, mientras sorbía el líquido caliente y aromático.

Su madre podía estar en alguna parte allí abajo, respirando, hablando, riendo, viviendo, sin saber que alguien de su propia sangre estaba cerca. ¿Cómo reaccionaría cuando la hija de la que había querido librarse se enfrentara a ella? ¿Se pondría furiosa porque la hubiese encontrado? ¿Se avergonzaría? Catherine sintió un dolor parecido al de un cuchillo retorciéndose en su corazón y cerró los ojos con fuerza por un momento como si pudiera vaciar su mente.

No iba a llorar otra vez, se dijo con fiereza. Ya había pasado por eso. Y sin embargo, siempre había sentido como si alguien la estuviera cuidando, dándole fuerzas para seguir adelante con sus deseos y convicciones, y esa certeza había sido más fuerte que nunca en las últimas semanas. Había llegado el momento de hacer lo que tenía que hacer.

El sonido de una llave girando en la cerradura la devolvió a la realidad y se puso rápidamente en pie, justo cuando Keir entraba

lentamente en el salón con el rostro duro levemente tiznado por el agotamiento y una expresión lúgubre en los labios.

—Buenos días —dijo Catherine sin aliento, y se escuchó con exasperación—. ¿Ha sido una noche dura?

—Más angustiosa que agotadora —dijo Keir llanamente—. Un caso condenado al fracaso —añadió frotándose la nariz para ocultar su emoción, y el gesto curiosamente infantil de aquel hombre corpulento la conmovió de una manera que no le agradó—. Sé que no puedo ganar siempre —continuó pasando delante de ella para quedarse de pie mirando por la ventana pero eso no ayuda mucho.

—No, supongo que no —corroboró Catherine con cautela—. ¿Te… te apetece un café?

—¿Café? —dijo volviéndose hacia ella, y en sus ropas se veía que había estado en una de las granjas.

—¿Y algo de comer? —añadió sin pretenderlo, ya que la noche anterior había decidido que cuanto menos contacto tuviera con Keir Durrell, mejor—. Mientras te das una ducha —concluyó con una sonrisa burlona. Había un claro olor a pastos que empezaba a impregnar el ambiente.

—Me encantaría —repuso Keir tratando de ocultar su sorpresa, aunque sin conseguirlo del todo—. Pero sólo si desayunas conmigo —dijo en voz baja e inexpresiva.

Catherine se alejó sin responderle con el rostro en llamas y una vez en la pequeña cocina, se apoyó sobre los fríos azulejos de color azul celeste antes de abrir la nevera. ¿Qué la había impulsado a ofrecerse para prepararle el desayuno?, se preguntó mientras sacaba beicon y champiñones y echaba mano de la cesta de huevos, que estaba sobre la barra. Y cuando ella le había sonreído, ¿habría pensado que era de manera seductora o sólo amistosa? Catherine gimió al considerar la primera posibilidad y se dejó caer sobre la pared, pero se incorporó bruscamente al oír la voz de Keir a sus espaldas.

—No has hecho nada malo, lo sabes.

—¿Qué? —dijo dándose la vuelta, y se volvió a ruborizar sólo de pensar que le había leído el pensamiento. Prefería morir antes que de que adivinara que se sentía atraída por él. ¿Atraída por él?

—Al sentirte lo bastante relajada como considerar este lugar como tu hogar por unos momentos y ofrecer sustento a un hombre muerto de hambre —dijo en voz baja—. Tanto Janice como yo queremos que te sientas como en tu casa, ya te lo he dicho. No hace falta andarse con ceremonias. Y me daré una ducha, supongo que no huelo muy bien.

Se había dado la vuelta mientras hablaba y, un segundo después, Catherine se apoyó en la cocina dando un pequeño resoplido de alivio. Keir había creído que se avergonzaba por haber dado la impresión de

querer hacerse cargo de la casa, eso era todo.

De acuerdo, se sentía atraída por él, reconoció. ¿Y qué? La mayoría de las mujeres lo estaría. Tenía magnetismo sexual a raudales, y si estaba reaccionando a él era por mera sugestión de los sentidos, y por lo tanto, podía controlarlo. Así de sencillo.

Los huevos con beicon y champiñones ya estaban listos para servir, el café se estaba haciendo y el zumo de naranja y las tostadas ya estaban en la mesa minutos más tarde cuando volvió a oír la voz de Keir en el umbral.

—Huele de maravilla.

Catherine se volvió con una sonrisa educada en el rostro y luego, inspiró profundamente al ver aquel cuerpo moldeado enfundado en unos vaqueros negros y una camisa de color azul pálido. Tenía el pelo todavía húmedo de la ducha y la barba incipiente indicaba que no se había tomado el tiempo de afeitarse. Todavía parecía cansado, pero aquello sólo le añadía atractivo más que mermarlo.

—¿Puedo ayudarte…?

—¡No! —exclamó Catherine de forma casi ofensiva, y se apresuró a justificar su vehemencia—. Aquí ya no cabe ni un alfiler, ve a sentarte que yo iré en un minuto.

Keir no hizo ademán de obedecerla, sino que se quedó mirándola con ojos entornados durante unos momentos antes de decir:

—Te pongo nerviosa, ¿verdad? ¿Soy yo sólo o es con todos los hombres? ¿Qué te ha pasado para que ser tan desconfiada?

—No soy desconfiada —dijo Catherine, poniéndose rígida al ver que se acercaba hacia ella, pero fue sólo para quitarle la cuchara de madera de las manos y colocarla con suavidad sobre la encimera.

—Eres como un pequeño cervatillo asustado, dispuesto a dar un brinco al primer indicio de peligro —dijo con suavidad, y tan cerca de ella que a Catherine se le erizó el vello al sentir su calor masculino—. Todavía me resulta difícil creer que hayas vivido en este horrible mundo durante veintiún años.

No fue tanto lo que dijo sino cómo lo dijo lo que le hizo sonrojarse en señal de protesta, enderezar la espalda y sacar la barbilla antes de mirar su rostro moreno. De modo que pensaba que era una patética mujer indefensa, ¿verdad?

—Pues lo he hecho —dijo en tono rebelde, abrasivo—. Y las apariencias engañan. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Lo llevo haciendo durante casi toda mi vida.

—¿Entonces eres una mujer de los noventa, con experiencia de la vida?

Se estaba riendo de ella y aquello le hizo encabritarse e impulsarla a hablar antes de poder controlarse.

—Exactamente —dijo mirándolo con enojo—. Sé tanto de la vida

como tú… seguramente, más —le espetó. «El haberme criado en el tierno seno de mi familia se ha encargado de ello», añadió en silencio.

—Entiendo —repuso Keir, que ya no se burlaba de ella. Sus ojos grises estaban clavados en su rostro ruborizado con una determinación que resultaba perturbadora—. ¿Y eso duele?

—¿Que si duele? —repitió Catherine, dándose cuenta demasiado tarde que aquellos ojos grises habían visto más de lo que hubiese deseado—. No sé a qué te refieres —mintió con vacilación.

—¿No? Yo creo que sí, Catherine. Hace un momento había una grieta en tu coraza, ¿no es así?

—Keir, por favor. No sé en qué estás pensando pero te aseguro que…

Catherine perdió la voz cuando vio la cabeza de Keir inclinándose sobre ella. El beso no fue un saludo casto a una vieja soltera, como antes, sino una fusión ardiente y dulce de sus labios que la tomó por sorpresa, y fue consciente de su olor, sabor y del cuerpo de Keir, de la amplitud de su tórax al cernirse sobre ella y del dominio y poder con los que imponía su masculinidad sobre su suave femineidad. Pero luego, Catherine se echó hacia atrás bruscamente, golpeándose la cadera contra la barra sin ni siquiera darse cuenta.

—No —le dijo, sin poder creer las sensaciones que habían estallado en todo su cuerpo con aquel breve abrazo—. No quiero.

—Catherine, no voy a hacerte daño…

—Lo digo en serio —lo interrumpió. No podía soportar el lado tierno que aquel individuo corpulento y seguro de sí mismo estaba desplegando. Era peligroso, mucho más peligroso que un ataque frontal a sus defensas, y sospechaba que él lo sabía—. No me gusta que me manoseen —le espetó. Era una réplica deliberada e imperdonable.

—¿Que te manoseen? —repitió Keir. En cualquier otra circunstancia, la indignación que se reflejaba en aquel rostro moreno y atractivo habría despertado una sonrisa, pero al enfrentarse a su furia no era divertido—. Mano… Te he besado, mujer. ¿Qué problema hay?

—Yo no te pedí que…

—¿Lo sueles pedir?

Dicho de aquella forma parecía ridículo, pero Catherine sabía que Keir sabía lo que quería decir.

—Keir, esto no va a funcionar. Creo que lo mejor será que busque otro lugar en el que quedarme y me vaya hoy mismo.

—¿Por que te he besado? —inquirió con incredulidad.

—Porque… por muchas razones —dijo penosamente—. No he venido a iniciar una relación, a… Sólo quería unas vacaciones tranquilas antes de irme, eso es todo.

—¿No será antes de volver? —preguntó Keir enseguida,

aprovechando su desliz con una agudeza devastadora.

—Quiero decir que… Oye, no tengo que explicarte ni a ti ni a nadie lo que quiero decir.

Catherine recogió los pedazos de su dignidad con una determinación formidable al sentirse acorralada.

—Cierto —dijo Keir. Había cruzado los brazos sobre el sólido muro de su pecho y estaba de pie mirándola con los pies ligeramente separados. La furia se había disipado, y también la indignación inicial por su acusación, pero la fachada serena e inexpresiva que desplegaba era más perturbadora que su cólera—. No tienes por qué. Llevaré los platos a la mesa, ¿te parece?

Era una afirmación, no una pregunta, y Catherine sintió que la cabeza le daba vueltas mientras dejaba en agua la sartén y lo seguía hasta el salón. ¿Había aceptado que se iba a ir? Ella lo había dicho bien claro, ¿no?

Estaba sentado a la mesa esperándola con la espalda a la ventana y su pelo negro azulado en contraste con la luz brillante del sol. Catherine se dirigió a su asiento sintiéndose ridícula con su albornoz y los pies desnudos, pero cuando abrió la boca para hablar, Keir se adelantó con voz grave y sospechosamente humilde.

—Siento haberte asustado, Catherine…

—No me…

—Ha sido un gesto de consuelo, nada más —continuó Keir como si no hubiese hablado, y su dominio hizo que Catherine cerrara la boca —. Janice se llevaría un disgusto si te fueras. Y puede ser un tanto difícil de explicar tu marcha a Sandra y a otras personas que saben que vas a quedarte aquí —dijo en un tono tan razonable que Catherine se sorprendió asintiendo sin pensar—. Es un desayuno excelente. Normalmente me conformo con café y tostadas.

—Yo…

La estaba cautivando, llevando dulcemente a donde quería, pensó Catherine con desesperación. Pero tal vez era cierto que sólo había querido consolarla, aunque la idea le encendió las mejillas. Y quizás el problema era la atracción que sentía por él, que le hacía pensar que había algo más aparte de su amistad. En cualquier caso, había hecho el ridículo acusándolo prácticamente de intento de violación. Debía de pensar que estaba loca.

—¿Qué planes tienes hoy?

Catherine estuvo a punto de decir «¿Planes?», pero se recompuso y contestó con bastante coherencia.

—Iba a dar una vuelta por ahí. Tal vez me lleve el almuerzo y explore la zona —dijo con vacilación manteniendo los ojos fijos en el zumo de naranja que le acababa de servir—. Pero en cuanto a lo que dije antes…

—Llévate a un par de perros contigo si vas a caminar por las colinas.

—¿Qué? —replicó Catherine con perplejidad.

—Este condado es más seguro que una gran ciudad, lo sé, pero un par de perros es la mejor protección que conozco. A menudo escoltan a Janice y ya saben lo que tienen que hacer. No dejarían que nadie te pusiera la mano encima.

—Keir —dijo Catherine enseguida, antes de que la volviera a interrumpir—. Digas lo que digas, creo que es una molestia para vosotros que tengáis a alguien en vuestra casa.

—¿De verdad? —su mirada se paseó lentamente sobre su rostro sonrojado, los ojos sedosos de color añil, la mata de pelo rubio platino y la figura delgada pero perfecta escondida bajo el grueso albornoz—. Tiene gracia pero yo no lo veo así, Catherine —dijo con una voz grave y ronca que hizo que se le acelerara el pulso—. Si no hubieras estado aquí, habría tomado a solas unas tostadas con café. Así que ya has hecho tu buena acción del día, ¿de acuerdo? Ahora puedes relajarte y disfrutar con tu excursión, y ya pensaré en alguna otra buena acción para satisfacer mañana tu complejo de mártir.

—No tengo… —Catherine se detuvo bruscamente al ver la burla en sus ojos. ¿Por qué dejaba que la irritara de aquella manera? No era de extrañar que la hubiese comparado con un erizo—. Está bien, gracias.

Al final admitió la derrota airosamente. No tenía tanta fuerza de voluntad como Keir, y carecía de la experiencia suficiente para enfrentarse a él.

Keir comió el desayuno con deleite, pero Catherine tuvo que hacer un esfuerzo por acabar su plato, ya que su presencia le quitaba el apetito. ¿Por qué su cuerpo parecía actuar por su cuenta cuando estaba junto a aquel hombre? ¿Y por qué la había encontrado él? ¿Por qué no podría haber sido un viejecito con una esposa rechoncha y multitud de nietos?

Se sintió inmediatamente culpable por su ingratitud y se puso en pie para cumplir la penitencia.

—Traeré el café —dijo en voz baja, tomando su plato vacío—. Y fregaré los platos mientras te echas un par de horas.

—Imposible —repuso Keir poniéndose también de pie, pero Catherine supo que de ninguna manera iba a entrar en la estrecha cocina con él.

—Bueno, al menos puedes descansar un rato —dijo con una sonrisa nerviosa.

Una vez más, Keir sintió una curiosidad imperiosa por saber más, pero aquél no era el momento. Había tratado con bastantes pacientes asustadizos como para saber cuándo podía forzar las cosas y cuándo no.

—Si eso es lo que quieres…

Al verlo hundirse de nuevo en su asiento, Catherine sintió un alivio que estaba fuera de toda proporción, y se limitó a asentir rápidamente antes de salir de la habitación y dirigirse al refugio de la cocina. Colocó los platos en la barra y luego sirvió dos tazas de café fuerte con manos temblorosas.

Desde aquel momento se cercioraría de no quedarse a solas nunca con él, se dijo con firmeza mientras inhalaba el fragante aroma para tranquilizarse. Así no se colocaría en una posición en la que pudiera avergonzarse a sí misma o a él otra vez.

No parecía especialmente avergonzado cuando regresó al salón, sino bastante contento consigo mismo cuando tomó la taza de café de sus manos con un gesto de agradecimiento, y le dijo con voz lánguida:

—Toma lo que quieras de la nevera para el almuerzo y cenaremos hacia las siete, ¿de acuerdo?

—No, no os preocupéis por mí. Janice y tú podéis cenar cuando queráis y yo ya me las arreglaré cuando vuelva —dijo Catherine enseguida.

—Como quieras —dijo Keir mirándola con cierta tristeza y reflejando cierta decepción—. Aunque esperaba que estuvieras por aquí para ayudarme con la cena. Me espera un día de mucho trabajo y tener que levantarme a las dos no ha sido un buen comienzo. Pero si estás ocupada… —Catherine se sintió horriblemente egoísta—. Claro que comprendo que estás de vacaciones…

Interrumpió la voz comprensiva con incomodidad un poco intranquila por su expresión amable pero diciéndose que era su imaginación. No la estaba manipulando, ¿cómo podía pensar algo así?

—Me encantará preparar la cena, no me había dado cuenta…

—Estupendo —la interrumpió. La encantadora fachada de niño desconsolado desapareció al instante y el aire de satisfacción que le siguió fue intenso—. Entonces, a las siete, si te viene bien. Hay un par de filetes en la nevera, y Janice traerá algo de verduras de camino a casa, así que habrá ensalada de sobra. Por cierto, ella se preparará algo, no le gusta comer mucho antes de empezar a trabajar.

—Está bien.

—¿Qué prefieres, vino blanco o tinto? —preguntó en tono práctico, y Catherine contestó sin pensar.

—Tinto, pero…

—Bien. Será mejor que vaya a ver cómo están los animales antes de la consulta de la mañana. Me afeitaré primero para no asustar a los pacientes.

Se acarició la barba incipiente de su barbilla, y el movimiento atrajo la atención de Catherine, que se sintió débil ante su flagrante virilidad.

—Sí, claro, adelante. Es tu cuarto de baño.

Estaba hablando atropelladamente, pensó con desesperación, y ella nunca hacía eso.

En cuanto Keir bajó a la consulta, Catherine se preparó a toda mecha, aseándose y vistiéndose a velocidad récord antes de echar un par de manzanas y una empanadilla de carne en una vieja bolsa de tela, junto con una novela romántica que había tomado de la estantería y que tenía el nombre de Janice escrito en la guarda.

Se deslizó al piso de abajo silenciosamente, con el corazón desbocado aunque no tenía motivos para sentirse así, y no se atrevió a respirar profundamente hasta que no salió por la puerta de atrás y corrió por el jardín hacia la pequeña puerta de la valla.

La mañana era cálida y soleada y los aromas embriagadores del verano impregnaban el ambiente mientras atravesaba el pueblo de Towerby en dirección a las colinas. Siguió el cauce ondulado del río durante un tiempo y permaneció de pie en un tranquilo cenador que había en una orilla observando cómo los peces surcaban el agua a toda velocidad, sintiendo que Londres estaba a millones de kilómetros de distancia.

Aquello era otro mundo, pensó contemplando las colinas que la llamaban desde lejos. Y tenía todo el día, y muchos días más, para explorarlo. Por primera vez en muchos meses, la felicidad se abrió paso entre su ánimo confuso y lúgubre, e inspiró con fuerza el aire perfumado mientras permanecía de pie con los ojos puestos en la lejanía y los hombros ligeramente echados hacia atrás. Estaba viva, era joven, y por el momento eso bastaba.

Comió su magro almuerzo en un pequeño barranco en el que una cascada oculta caía sobre rocas ancianas y pulidas. Bebió de aquel agua gélida y cristalina con las manos, el rostro vuelto al sol, antes de seguir colina arriba.

En aquella región vivía y trabajaba Keir, pensó con anhelo, en aquel entorno de sobrecogedora belleza. El alma podía respirar allí, encontrarse a sí misma, pertenecer. La palabra se rió de ella en cuanto la pensó. ¿Pertenecer? Sacudió la cabeza contemplando el cielo azul. Ella no pertenecía a aquel lugar ni a ningún otro. Si ni siquiera su propia madre había querido tenerla, ¿quién lo haría?

Sintió que la oscuridad volvía a descender sobre ella y la apartó con enojo. No quería pensar, no quería que los demonios del pasado echaran a perder aquel día. Ya pensaría después. Durante unas horas, sólo deseaba ser ella misma.

Atardecía ya cuando caminaba de regreso a Towerby. El aire era suave y los cálidos muros de piedra y la calzada, vieja e irregular, se

iban desprendiendo lentamente de su calor. A la entrada del pueblo permaneció un momento en la penumbra contemplando la casa de Keir, que formaba parte de una hilera de viejas construcciones que estaban por encima de la parte más antigua.

—Me iré de aquí —dijo en voz alta como si negase una afirmación anterior—. Esto es sólo temporal, nada más.

Se volvió y contempló el camino que había recorrido y las colinas que estaban sumidas en el azul neblinoso del atardecer.

—Y me valdré por mí misma —dijo en tono desafiante—. No necesito a nadie.

Al día siguiente, o tal vez al otro, empezaría a investigar discretamente la llegada de una joven a aquel lugar hacía veintiún años. Anna Mitchell. ¿O tal vez su madre habría utilizado un nombre falso? No importaba, si estaba allí la encontraría, ¿y después? Los secretos de la familia saldrían a la luz, pensó dolorosamente mientras reanudaba la marcha, y su madre dejaría de tener una vida cómoda y tranquila en aquella parte de Inglaterra. Al menos, se aseguraría de ello.

Aunque Catherine fue consciente de que aquella idea no la satisfacía en absoluto.

Capítulo 5

Los ladridos orquestados de varios perros interrumpieron la ensoñación de Catherine y, cuando levantó la cabeza, vio a Keir a la entrada de la vía que conducía a la hilera de casas, con los perros dando brincos a su alrededor.

Vaciló y luego lo saludó con la mano, pero la figura corpulenta y morena tardó un momento en contestar, y lo hizo con una rápida inclinación de cabeza mientras esperaba a que se acercase.

—Hola —dijo Catherine con voz suave y sin aliento—. No llegaré tarde, ¿verdad? —inquirió de repente cuando la idea se le pasó por la cabeza. Con las prisas por salir de la casa sin ver a Keir aquella mañana, se había dejado su pequeño reloj de muñeca en el tocador de su habitación.

—Sí, llegas tarde, Catherine —le dijo. Estaba enfadado. Aunque la voz era serena y controlada, sabía que estaba enfadado—. Con una hora y media de retraso.

—Lo siento, ¿has cenado? ¿Quieres que…? —Catherine se dio cuenta de que estaba hablando atropelladamente otra vez. De acuerdo, llegaba tarde, pero no era el fin del mundo. A fin de cuentas, Keir era capaz de prepararse la cena, ¿no? —. ¿Has cenado? —dijo lentamente.

—No.

—Me ocuparé de la cena en cuanto me haya cambiado de ropa.

—Al diablo con la cena.

Sí, estaba decididamente enfadado, pese a su tono normal de conversación.

—Oye, me ha sido imposible…

—¿Por qué no te llevaste al menos uno de los perros? ¿Querías retarme o lo has hecho por estupidez?

—¿Cómo?

Fue entonces cuando Catherine recordó lo que le había dicho, y Keir lo leyó en sus ojos.

—Lo olvidaste, ¿verdad? Te alejas sin decir a nadie a dónde vas, porque nadie te ha visto en todo el día, y luego llegas casi dos horas tarde. Podrías haberte caído, roto la cabeza, podrían haberte asaltado, cualquier cosa, y nadie habría sabido qué hacer —Keir estaba levantando la voz y sus mejillas se ensombrecían mientras luchaba por no perder el control—. ¿Es que no lees los periódicos? ¿O es que gozas de una mediación divina que los demás desconocemos?

—No hace falta que te pongas sarcástico —replicó Catherine, sintiendo un profundo dolor que le encogía el estómago. Keir había estado preocupado por ella, había preguntado si la habían visto. Era demasiado, y su angustia hizo que hablase con aspereza—. No tengo que darte explicaciones ni a ti ni a nadie.

—Ya lo dijiste antes y no me lo trago por segunda vez —prosiguió con voz de acero—. No eres tonta, Catherine, así que no te comportes como si lo fueras.

—¿Perdón?

—Y tampoco me trago la pose de indignación. No cuando los dos sabemos que tengo razón. Si quieres huir e irte por ahí de excursión estás en tu derecho, por mí puedes andar hasta que te mueras, pero llévate a los perros contigo, ¿está claro?

—No, no está claro —replicó Catherine. No sabía por qué lo estaba desafiando de aquella manera, pero podía parar—. No está nada claro.

—Mala suerte.

—Ahora escúchame…

—Catherine —la interrumpió Keir. Sólo dijo su nombre, pero fue como un latigazo que la silenció. No es que gritara, no le hacía falta—. Vale ya. Tal vez tú no te preocupes por tu seguridad, pero otros lo hacen. Déjalo.

Fue entonces cuando hizo lo inimaginable. Un momento antes lo miraba con enojo y expresión rebelde y al momento siguiente rompió en sollozos. Y no con lágrimas suaves y femeninas, sino con berridos angustiosos que silenciaron a los perros como por arte de magia e hicieron que Keir se quedara inmóvil por un momento antes de estrecharla contra el recio muro de su pecho y murmurar palabras de consuelo junto a la suave seda de sus cabellos.

Catherine no podía oír lo que decía porque sus gemidos y balbuceos le habían taponado la nariz, los oídos y la boca, pero era consciente del murmullo sordo y del cálido confort de su cuerpo mientras la abrazaba.

Demasiado consciente. A medida que los sollozos se sofocaron y sus sentidos despertaron, además de saber que había hecho un ridículo horrible, sentía unas punzadas placenteras en lo más hondo de su ser que no tenían nada que ver con su angustia y sí con Keir.

—Lo siento —le dijo mirándolo a la cara, pero al echarse hacia atrás y tratar de salir de su abrazo, Keir la agarró con más fuerza.

—¿Por qué? ¿Por que te olvidaste lo bastante de ti misma como para mostrar debilidad, para mostrar a la verdadera Catherine? —preguntó con suavidad—. ¿Es eso tan terrible?

Sí, era terrible. Sobre todo cuando se desataba la clase de reacción en cadena que estaba sufriendo su cuerpo en aquellos momentos. Nunca, nunca en la vida había comprendido por qué las mujeres podían dejarse llevar por la fuerza de sus emociones cuando hacían el amor. Pero empezaba a hacerlo, y ni siquiera la había besado. ¿Qué era? ¿Alguna clase de ninfómana reprimida?

—Sí —contestó finalmente agitándose un poco—. Al menos llorarte encima sin ningún motivo.

—Supongo que ésa es una manera educada de decirme que no tienes intención de contarme qué te pasa —dijo Keir con ironía.

—No me pasa nada.

—Catherine, Catherine… —dijo su nombre como una cálida caricia y se estremeció sin poder evitarlo—. No deberías tratar de mentir, ¿sabes? No con una cara como la tuya.

—¿Qué tiene de malo mi cara? —repuso Catherine tratando de hablar con fría dignidad, pero le resultaba difícil al estar rodeada por sus musculosos brazos.

—Veamos —Keir sabía que estaba prolongando aquella conversación por su propio beneficio. Había imaginado lo bien que se sentiría estrechándola contra su pecho, disfrutando de las curvas de aquel cuerpo menudo pero de hermosas proporciones, de sus senos suaves y redondos, de la aromática dulzura de su piel, pero no había imaginado hasta qué punto, reconoció con ironía sintiendo que sus ingles se estremecían—. ¿Quieres una lista detallada o sólo unos pocos comentarios improvisados?

—Ni una cosa ni la otra —le dijo Catherine. Los perros estaban en torno a ellos moviendo la cola frenéticamente e inspeccionando sus rostros con ojos castaños mientras daban saltos de uno en uno para asegurarse de que todo estaba bien—. Mira, a los perros no les gusta esto —dijo nerviosamente—. Están preocupados.

—Qué tontos —repuso Keir, pero la soltó y la tomó del brazo para llevarla hacia la casa—. Vamos a cenar. Debes de estar muerta de hambre.

«Calma, Keir, calma», se regañó mientras subían la pendiente sintiendo el dolor de su erección, dura y ardiente. No se había equivocado cuando la había comparado con un cervatillo nervioso, y no debería costarle mostrar la misma paciencia que empleaba cuando trataba con un animal tenso y asustado. No debería… pero le costaba. Lo que quería hacer… Apartó a un lado lo que quería hacer.

—Ve a darte un baño mientras termino de preparar la comida —dijo Keir con voz enérgica e impersonal—. Llévate una copa de vino contigo, si quieres.

—Debería ayudarte —replicó Catherine siguiéndolo nerviosamente a la puerta de la cocina, y vio con culpabilidad que había preparado un bol de encalada y que los dos filetes estaban en el grill, aunque todavía sin hacer. Keir sirvió dos copas altas con el vino de la botella que estaba en la barra y le tendió una antes de disponerse a cortar champiñones sobre una tabla de cortar.

—No hace falta. Todo está bajo control.

«¿Que todo está bajo control?», pensó Catherine con pesar. «Ojalá».

Una vez en su habitación, observó su rostro surcado por las lágrimas y el pelo manchado de barro con desesperación. ¡Qué

desastre! Cerró los ojos por unos momentos, pero el reflejo no había mejorado cuando los volvió a abrir. Y era su primer día en aquella casa. Keir debía de preguntarse a qué clase de jovencita había dado cobijo, reflexionó Catherine avergonzada. Luego tomó varios sorbos del vino tinto afrutado para suavizar el dolor que sentía en la garganta.

Bueno, en adelante sería un modelo de decoro. Ya no se volvería a mostrar nerviosa, agitada ni a llorar, por muy mal que se sintiese por dentro. Tenía años de práctica en ocultar sus sentimientos, en realidad veintiuno, y normalmente lo hacía a la perfección.

Entonces, se preguntó mientras se despojaba de sus ropas pegajosas y se ponía el albornoz, ¿por qué no podía mantener aquel escudo protector con Keir Durrell?

Abrió la puerta y fue a refugiarse rápidamente al cuarto de baño, sintiéndose terriblemente expuesta al saber que no llevaba nada debajo del albornoz. Pero una vez inmersa en el agua cálida y perfumada, se empezó a relajar, y las suaves burbujas se llevaron el polvo de todo un día en el campo.

Después de un baño de cinco minutos, se lavó el pelo bajo la ducha y corrió de nuevo a su habitación. Una vez allí, se puso rápidamente unas mallas blancas y una camiseta larga de color verde, antes de secarse el pelo casi del todo con la toalla. Unos cuantos mechones plateados le caían en rizos por el rostro, como siempre que tenía los cabellos húmedos, pero se lo dejó suelto y se limitó a aplicarse un poco de sombra de ojos verde antes de salir en dirección a la cocina.

—Dime, ¿qué te ha parecido Towerby ahora que has tenido la oportunidad de echarle un vistazo? —preguntó Keir en tono afable volviéndose hacia ella.

—Es muy bonito. No he visto a mucha gente, pero los que me crucé parecían amistosos.

Keir estaba en mejor situación que la mayoría para saber quién era quién en la zona, pensó Catherine con repentina emoción, pero era demasiado astuto. Tendría que andar con pies de plomo si quería sacarle información.

—Es una comunidad de trabajadores —dijo volviéndose un momento mientras hablaba—. ¿Te importa pasarme esos platos?

Catherine se los pasó y observó cómo servía con destreza los dos filetes y los cubría con champiñones y cebolla frita antes de señalar en dirección al salón con la cabeza.

—¿Vamos?

Casi habían terminado la deliciosa tarta de queso con salsa de moras que Keir había llevado de postre, cuando Catherine fue capaz de volver a sacar el tema de los habitantes de Towerby a colación. Keir estaba contando una de sus divertidas historias sobre un viejo

granjero un tanto excéntrico que había visitado aquel día y concluyó:

—No ha salido de Yorkshire en su vida. Así que tal vez su desconfianza por los nuevos artilugios sea comprensible.

Catherine asintió antes de decir con cautela:

—Supongo que la mayoría de la gente de aquí ha nacido y se ha criado en Yorkshire.

El corazón empezó a palpitar dolorosamente. Parecía casi que le estuviera traicionando al preguntarle por los amigos y conocidos de toda la vida, pero tenía que hacerlo. Era la razón que la había llevado allí.

—En líneas generales. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió en tono inexpresivo.

—Por nada —repuso Catherine, y se manchó las mallas blancas con un poco de salsa de mora. Mentir no había sido nunca uno de sus puntos fuertes, incluso la mentirijilla más inofensiva le hacía enrojecer y balbucear—. Es sólo que… debéis de tener veraneantes como yo, y gente que compra casas de vacaciones, cosas así.

—Sí, así es.

No se lo estaba poniendo fácil, pensó con irritación.

—Y estoy segura de que algunos de ellos se enamoran del lugar, como yo —dijo con una luminosa sonrisa.

—¿Te has enamorado, Catherine? —replicó Keir afablemente—. ¿De Towerby?

—Sí, claro que sí.

Aquello no iba a funcionar. Tal vez obtuviese más información de los habitantes del pueblo, los tenderos personas así.

—Eso está bien. ¿Café?

Bien por sus dotes de detective, se dijo Catherine.

—Gracias.

Casi era de noche y las ventanas iluminadas del pueblo conferían una sensación confortable a la noche. Catherine estaba de pie contemplando las casas dormidas, examinando cada ventana y tratando de llegar a las personas que habitaban en el interior, cuando Keir regresó con la bandeja del café. Su madre estaba allí, Catherine lo sabía.

—Ven a sentarte en el sillón —dijo Keir, ignorando su apresurado regreso a la mesa y dirigiéndose al otro extremo de la habitación donde estaba el confortable tresillo. Dejó la bandeja sobre la mesa auxiliar—. Esas sillas de comedor se te clavan pasado cierto tiempo.

—Están bien —replicó Catherine, que evitó sentarse junto a él en el sofá y se sentó sobre la alfombra, detrás de la mesa auxiliar, con el pretexto de servir el café—. Ya has hecho más que suficiente —dijo en tono demasiado alegre—. Yo sirvo. ¿Solo o con leche?

—Solo —murmuró.

Catherine le pasó el café cuidando de que sus manos no se tocaran, pero nada podía amortiguar la atracción magnética de su rostro sereno y hermético y su moldeado cuerpo. Era la clase de hombre por el que las mujeres harían cabriolas con tal de ganar su atención, pensó dolorosamente. ¿Cómo había sido su esposa?

Como en respuesta a su pregunta, sus ojos se posaron sobre un grueso álbum de fotos de tapas de cuero que estaba junto al reproductor de discos compactos.

—Un álbum de fotos. ¿Te importa si le echo un vistazo? —preguntó rápidamente antes de perder el valor.

—¿Cómo? —dijo Keir. Era evidente que no se había fijado en él, y aún más evidente que no le agradaba verlo a juzgar por el ceño fugaz que oscureció su mirada—. En absoluto —la educación ganó la batalla—. Janice debe de haberlo sacado, seguramente para enseñarle a Michael las fotos de bebé reglamentarias.

Keir había sido un bebé y un niño serio. Catherine pasó las fundas de plástico cuidadosamente llenas de fotos mientras su corazón le daba sacudidas. Y ya entonces tenía un pícaro atractivo. Janice estaba igual que de mayor y sus padres parecían una pareja alegre y sonriente que a menudo salían riendo delante de la cámara con Janice, mientras que Keir miraba el objetivo con expresión reflexiva.

Y luego pasó la página y allí estaba ella, como Catherine había imaginado que sería: la esposa de Keir, Marion, en el día de su boda. No iba vestida de blanco, sino con un elegante traje de color rosa pálido y un pequeño sombrero con velo colocado en lo alto de su pelo negro brillante. Tenía un rostro encantador, ojos grandes, y un cuerpo esbelto de modelo cuya delgadez se acentuaba con su considerable estatura, ya que Keir sólo le sacaba unos cinco centímetros.

Así que a Keir le gustaban las mujeres altas y morenas, ¿no?, pensó Catherine con angustia. La antítesis de lo que ella era, en realidad.

—¿Ésta es tu mujer?

Tenía que decir algo. Era plenamente consciente de que la miraba mientras hojeaba las fotografías y el ambiente se había cargado de tensión en un momento. Debía de dolerle recordar todo lo que había perdido. No tenía que haber incitado aquella situación, pero ya era demasiado tarde.

—Sí, ésa es Marion —dijo en voz baja, y bajó del sillón para sentarse al lado de Catherine sobre la alfombra y mirar por encima de su hombro el álbum que había colocado sobre la mesita.

No fue un movimiento que Catherine habría sugerido. Allí estaban los dos, contemplando las fotografías de su difunta esposa en lo que debía de haber sido el día más feliz de sus vidas, un día que hablaba de un largo futuro juntos que la cruel mano del destino les había arrebatado. Y, a pesar de toda aquella tragedia, en lo único en que

podía pensar era en lo bien que olía, en lo cerca que estaba…

—Esa foto es del día de nuestra boda, por supuesto —dijo con suavidad inclinándose hacia delante para pasar la página. Catherine sintió su cálido aliento en la nuca, el roce de su torso contra el suyo, y se le hizo un nudo en el estómago—. Éstos son Janice y Michael. Él fue mi padrino. Todavía no lo conoces, ¿verdad?

—No —contestó Catherine. Estaba teniendo dificultades para ver, ya que todos sus sentidos estaban pendientes del cálido y recio cuerpo masculino que tenía detrás y todo lo demás parecía irreal. Se esforzó por concentrarse en la fotografía de Keir y su esposa con Janice y Michael a cada lado de la feliz pareja—. Parece muy agradable —consiguió decir con naturalidad cuando sus ojos enfocaron al hombre rechoncho y un tanto bajito que sonreía a la cámara.

—Lo es. Pero lo mejor es que comprende a Janice de pies a cabeza, y logra controlar su exceso de entusiasmo cuando es necesario —dijo con satisfacción de hermano—. Su corazón gobierna su cabeza la mayor parte del tiempo.

—¿Ah, sí? —Catherine no podía apartar sus ojos de la elegante figura vestida de rosa pálido.

—Pero fue un gran apoyo para Marion —continuó con suavidad, casi como si pudiera ver hacia dónde estaba dirigida su mirada.

—Entonces, sólo estuviste casado durante poco tiempo.

—Doce meses. Pero ya nos conocíamos de antes. Marion… Marion decidió dejar la escuela de veterinaria y casarse conmigo en vez de licenciarse. Creía que ser mi recepcionista era casi tan bueno como ser veterinaria.

Catherine no pudo identificar el tono de su voz, pero hubiese dado cualquier cosa por poder ver su rostro.

—Debe de haberte querido mucho —dijo Catherine consiguiendo vaciar su voz de toda expresividad con un esfuerzo sobrehumano.

—Sí, así es.

Keir extendió el brazo y cerró el álbum bruscamente, y por un momento se hizo un silencio absoluto en la estancia. Catherine no se atrevía a moverse. Sintió como si algo importante estuviese a punto de ocurrir, por ridículo que pareciera. Pero un segundo después, el teléfono sonó con estridencia en un rincón del salón y la decepción fue estremecedora.

—Perdona un momento.

La llamada era una emergencia en una de las granjas y Keir se fue en pocos minutos después de disculparse por no poder fregar los platos.

—No pasa nada —le dijo Catherine, sonriendo.

En cuanto se quedó sola limpió la mesa del comedor, fregó los platos y limpió y ordenó la cocina. Luego se sirvió otra taza de café y

volvió a atravesar el salón.

El álbum de fotos parecía haber cobrado vida propia, y palpitaba suavemente en un rincón de la estancia atrayendo la mirada de Catherine.

No era buena idea volverlo a abrir, se dijo con firmeza. No quería volver a ver a su esposa, contemplar aquel rostro encantador y pensar en cómo sería aquella mujer que había cautivado a Keir lo bastante como para pedirle que pasara el resto de su vida con él.

Abrió el álbum.

Pasó casi una hora antes de que lo volviera a cerrar y se dirigiese a su habitación con el corazón tan pesado como el plomo y el rostro sombrío. «Ojalá no hubiese venido aquí», se dijo con fiereza. No había nada para ella, nada, y tampoco quería que lo hubiese.

* * *

Habían pasado dos semanas y Catherine seguía en Yorkshire. Se levantaba temprano cada mañana y sólo salía de su habitación cuando oía a Keir bajar a la consulta. Después de un rápido desayuno, se preparaba el almuerzo y lo metía en la bolsa de tela junto con una botella grande de agua, juntaba a los perros y se dirigía a las colinas.

Y poco a poco, de forma imperceptible, a medida que su piel tomaba el tono acaramelado propio de pasar largas horas al sol, empezó a relajarse en cuerpo y alma hasta poder dormir profundamente de noche y despertarse descansada cada mañana.

Después del segundo día, Janice terminó el turno de noche y cenaban los tres, algo de lo que Catherine se sentía profundamente agradecida. Por lo general, huía a su habitación rápidamente después de la cena alegando, con bastante sinceridad, que estaba agotada.

Aunque tampoco es que Keir pareciese darse cuenta de si estaba allí o no. Al principio le había dolido el trato distante y frío que le había brindado desde la noche en que habían mirado juntos el álbum de fotos, pero Catherine había acabado aceptándolo. Eso era lo que había querido desde el principio, ¿no? Que se mantuviera al margen.

No, no podía quejarse, pero lo gracioso era que Keir estaba constantemente en sus pensamientos, surgía en un momento inesperado y se quedaba obstinadamente pese todos sus esfuerzos por dejar de pensar en él. Aquello la perturbaba y la distraía y, por esa razón, no había hecho ninguna pesquisa en lo referente a su madre.

Sin embargo, sabía que el éxito de su empresa radicaba en su determinación y, por eso, una mañana, cuando llevaba en Towerby quince días, se sorprendió abriendo la puerta de una tienda del pueblo con dedos vacilantes.

—Hola, jovencita. Otro día maravilloso, ¿verdad? —le sonrió alegremente una señora mayor menuda y regordeta—. Eres la joven que está alojándose en casa del veterinario, ¿no? —añadió agitando la

cabeza y alisándose el delantal.

—Sí, con Keir y Janice. He venido a pasar una o dos semanas de vacaciones.

—Eso está bien, jovencita. Disfruta de tu estancia. No hay nada como el aire de Yorkshire para poner color a tus mejillas.

La obsequió con otra sonrisa radiante antes de seguir cortando lonchas de un jamón curado de forma artesanal. La bolsa de comestibles medio llena que tenía a su lado indicaba que estaba completando un pedido para alguien.

Catherine vagó por la parte de atrás de la tienda paseando la mirada distraídamente por las estanterías bien abastecidas. Era como volver al pasado, pensó Catherine al fijarse en la decoración antigua del local y en el amplio mostrador de madera sobre el que descansaba una vieja caja registradora.

Tomó una chocolatina y volvió al mostrador después de decidir que llenaría el frigorífico del apartamento con algunas provisiones de queso, jamón y verduras. Keir no le iba a permitir que pagase nada por su alojamiento, aunque ya había pensado en dejar una buena suma en señal de agradecimiento cuando se fuera. Cuando se fuera. Echó a un lado la repentina sensación de mareo y le pidió a la tendera lo que quería.

—Es un lugar precioso, ¿verdad? —le dijo preguntándose cómo podría llevar la conversación a donde quería—. El paisaje es magnífico.

—Sí, así es, jovencita, aunque es la vieja historia de siempre —repuso la pequeña mujer alegremente—. Los que han nacido y se han criado aquí ven el otro lado de las cosas. Los inviernos son duros y quedamos incomunicados por la nieve durante semanas.

—¿En serio? —le dijo Catherine, que vio la oportunidad y la aprovechó—. Pero todavía hay gente que viene a vivir aquí, así que imagino que no a todo el mundo le asusta. Recuerdo que mis padres dijeron que conocían a alguien que se había mudado a este pueblo hace algunos años.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo fue eso?

La tendera puso el medio kilo de jamón que había cortado en una bolsa y tomó el queso cremoso que Catherine había escogido para cortar y pesar una porción generosa en la vieja balanza resplandeciente.

—Hace unos… —se humedeció inesperadamente los labios y trató de parecer indiferente —unos veinte o veintiún años, creo. Se llamaba Anna.

—¿Anna? —replicó la tendera sacudiendo la cabeza.

—Bueno, he vivido aquí durante toda mi vida y no recuerdo a ninguna Anna.

—Creo que era Anna, Anna Mitchell —dijo Catherine con cautela.

—Podría ser, jovencita, algunos vienen y van y yo no me acuerdo de ellos muy bien. Tal vez no se quedara mucho tiempo. No todos lo hacen.

—No, supongo que no —repuso Catherine.

Una vez en la calle, con dos bolsas llenas de paquetes, se quedó parada un momento perdida en sus pensamientos y luego se dio un susto de muerte cuando una voz grave dijo a sus espaldas:

—Pareces exhausta, Catherine, ¿puedo ayudarte?

—¡Keir! —exclamó, y su corazón seguía palpitando dolorosamente segundos más tarde—. Deberías estar en casa del comandante Gregson.

—Allí estaba —dijo con una mueca de pesar—. Y un paciente poco agradecido me dio una buena coz entre los omóplatos. Ese semental del comandante tiene muy mal genio y por alguna razón no le agradó que le estuviera dando unos puntos en una herida que tenía en uno de sus cuartos traseros. Me mandó al otro extremo del establo.

—¿El caballo te dio una coz? —inquirió Catherine horrorizada—. ¡Debe de haberte dolido mucho!

—Un poco —murmuró con ironía—. Pero lo peor fue que no pude desahogarme verbalmente porque el mozo de cuadras era una chica. De todas formas, pensé que lo mejor era echar mano de mi mejor recurso para estas ocasiones —Keir le indicó el paquete de la farmacia que llevaba en la mano —antes de continuar con las visitas. Sé por experiencia que no se puede aplicar inmediatamente.

—¿Qué es?

—Un ungüento que parece la pócima de un hechicero, pero que hace milagros —le dijo, y luego le quitó las bolsas de las manos—. ¿Vas a casa con todo esto?

—Voy al apartamento.

Si Keir se dio cuenta de la deliberada aclaración, no hizo ningún comentario, sino que se limitó a conducirla hasta el Land Rover que estaba aparcado a un lado de la calle y a abrirle la puerta delantera sin hacer caso a su protesta de que podía ir andando.

—Tú vas a casa y yo también —dijo con fluidez una vez que se metió dentro del vehículo—. ¿Vale?

No, no valía. Keir era demasiado fuerte, estaba demasiado cerca y demasiado…

—Está bien —repuso Catherine, y recorrieron los pocos cientos de metros que los separaban de la consulta sin más comentarios.

Entraron a la casa por el jardín de atrás, como siempre, pero, cuando llegaron al vestíbulo, Sandra apareció como por arte de magia y contempló con sus grandes ojos verdes las bolsas que Keir llevaba en la mano y el rostro sonrojado de Catherine. Lo recibió como una

madre ansiosa a su hijo extraviado, pensó Catherine con humor sombrío, aunque no había nada de maternal en los sentimientos de Sandra por su atractivo jefe.

—Qué pronto has vuelto. ¿Ha pasado algo?

—No —dijo Keir sin detenerse ni soltar el brazo de Catherine, y empezó a subir por las escaleras—. He estado en casa de Gregson, por cierto, pero las demás visitas tendrán que esperar un rato. Volveré a salir en media hora. Si llama alguien mientras tanto, toma el mensaje y ponlo en la lista de visitas si es que no pueden venir a la consulta. La revisaré contigo antes de irme.

—Está bien.

Era evidente que Sandra hubiese querido decir algo más, pero Keir no le dio oportunidad porque abrió la puerta del apartamento mientras terminaba de hablar e hizo pasar a Catherine al interior antes de cerrar la puerta firmemente detrás de él.

Vio que hacía una mueca de dolor al levantar las bolsas para dejarlas sobre la barra de la cocina y la idea que la había estado atormentando desde su encuentro, cómo iba a poder ponerse la pomada en la espalda sin ayuda, se intensificó. Si hubiese sido otra persona, se habría ofrecido ella misma, pero Keir…

¡Por el amor de Dios! Catherine se sintió fatal consigo misma. Estaba segura de que aquel pequeño gesto de ayuda no era superior a ella, sobre todo en vista de lo mucho que Keir había hecho por ella. De todas formas, seguramente no aceptaría su ofrecimiento.

Pero lo hizo, y con tal prontitud que Catherine no tuvo ocasión de cambiar de idea.

—No huele demasiado mal —dijo dirigiéndose al salón, y Catherine fue tras él. Colocó la botella en la mesa y empezó a soltarse los botones de la camisa.

«¡Socorro! Se estaba quitando la ropa», gritó Catherine en silencio. «La ropa no», replicó una vocecita en su cabeza tratando de tranquilizarla. «Sólo la camisa».

Pero cuando se la quitó y vio sus hombros anchos y viriles, los músculos de su cuello y brazos y su pecho salpicado de vello, supo que sólo la camisa era más que suficiente.

—Muy bien —dijo con voz estridente, y forcejeó con el tapón de la botella durante unos segundos antes de que Keir se la quitara de sus débiles manos.

—Permíteme —dijo con un velado tono de burla en su voz grave que hizo que lo mirara directamente a la cara, pero le devolvió la botella abierta con expresión inocente.

—Gracias —dijo tratando de mantener la dignidad, y se negó a sonrojarse—. Y ahora, dime exactamente dónde…

—Aquí.

Se volvió, y el movimiento hizo que los músculos se desplazaran por su espalda lisa y bronceada. Pero en aquella ocasión no fue su cuerpo lo que hizo que Catherine se quedara sin aliento, sino la magulladura de color azul intenso que estaba entre sus omóplatos.

—¡Keir! —exclamó con voz débil, pero tan conmocionada que Keir se volvió hacia ella y su sonrisa irónica se esfumó al ver el horror en sus ojos.

—Oye, no es tan terrible como parece… si parece tan terrible como creo ver en tus ojos.

—Podría haberte matado… si te hubiese dado una coz en la cabeza…

—No lo hizo —dijo con voz muy suave.

—Tienes que ir al médico.

—De ninguna manera —dijo con vehemencia.

Catherine no supo en qué momento estalló la bomba en su interior, pero de repente comprendió con claridad que la razón por la que había estado evitando a Keir desde el principio era que había presentido que podía enamorarse de él. Y ya lo estaba…

—¿Catherine? —dijo Keir extendiendo una mano para tocarla, pero ella se apartó tan bruscamente que él apretó los labios y dejó caer el brazo—. Janice puede ponerme el ungüento más tarde si lo prefieres —dijo en voz baja—. Es enfermera y está acostumbrada a cosas peores.

—No, no, estoy bien —replicó Catherine luchando por recobrar el control—. Es que no esperaba que fuese una herida tan fea…

—Tiene un cuerpo musculoso —dijo Keir, volviéndose otra vez.

No era el único. A Catherine se le encogió el estómago, pero vertió una pequeña cantidad del líquido verde cremoso en la mano e inspiró hondo. Era imponente, pensó mientras extendía suavemente la pomada sobre los contornos recios de su espalda, poniéndose de puntillas para poder hacerlo. Tenía la piel suave, cálida y bronceada y despedía un aroma fresco que quedó rápidamente oscurecido por el leve olor medicinal de la pomada.

Catherine no estaba preparada para la oleada de sensaciones que se despertaron en su interior y se sintió profundamente agradecida de que no pudiera ver su rostro. Quería preguntarle si le estaba haciendo daño, pero no se fiaba de su voz. Ni en sus sueños más salvajes había imaginado que el roce de la piel de un hombre pudiese ser tan erótico, y estaba corriendo verdadero peligro de perder el control.

—¿Vale ya? —dijo forzando las palabras, pero incluso ella misma se oyó la voz débil.

—¿Te importaría darme un poco más en la zona de la columna?

Su voz sonó extraña, ronca, pensó Catherine, pero se encontraba en una posición incómoda, inclinado hacia delante con las manos

apoyadas en el borde de la mesa y la cabeza gacha, así que vertió un poco más de crema en su mano. Y la espalda le debía de doler un horror.

A Keir le dolía algo, pero no era la espalda. Las caricias tímidas y torturadoras de Catherine estaban despertando en él una oleada de pasión que era como fuego en las venas. Su erección era dura y ardiente, y la respiración entrecortada. ¿Qué demonios le pasaba?, se preguntó. No era un masoquista, entonces, ¿por qué estaba prolongando aquella dulce tortura?

—¿Te… te suele pasar a menudo? —dijo Catherine para cortar con sus pensamientos lascivos.

—¿Cómo? —repuso Keir con sorpresa, y luego Catherine le oyó respirar profundamente—. Ah, ¿lo del caballo? No, no muy a menudo.

—Creo que deberías ir al médico.

—No quiero ir al médico, Catherine —dijo en voz baja mientras ella daba un paso atrás y cerraba la botella. Flexionó los hombros mientras hablaba y se volvió para mirarla con ojos entornados—. Gracias, ha sido una gran ayuda.

—Me alegro.

Catherine prefería morir a que adivinase lo que sentía. Pero desgraciadamente no tuvo fuerzas para mover las piernas y sus ojos se habían quedado clavados en el vello de su pecho desnudo. No pretendía comportarse como la colegiala inocente que Keir había dicho que era, pero no pudo evitarlo.

Supo que iba a besarla un momento antes de que inclinara la cabeza… Bueno, casi le había suplicado que lo hiciera, se mortificó Catherine. Pero aunque lo sensato habría sido apartarse, volver la cabeza, cualquier cosa con tal de preservar lo que le quedaba de dignidad, su boca lo estaba esperando y ya había empezado a cerrar los ojos cuando sus labios se posaron sobre los suyos.

El beso fue duro y dulce, hambriento y, cuando la estrechó con fuerza contra él, pudo notar cómo su corazón latía con fuerza contra el muro sólido de su pecho. Keir acopló su suave femineidad contra el ímpetu primitivo de su cuerpo y la apretó entre sus brazos como si pudiera envolverla, devorarla. Y junto con el pánico de sentir la hasta entonces desconocida fuerza de su evidente erección, Catherine tuvo la exultante revelación de que la deseaba… y mucho.

—Catherine, Catherine…

Cubrió su rostro con pequeños besos ardientes, cada uno de ellos como miel dulce y caliente, antes de tomar sus labios de nuevo y darle un beso largo y profundo que hizo que Catherine quisiera más. Se sorprendió ciñéndose contra él, agarrándose a sus hombros desnudos y con los pies casi en el aire en aquel abrazo.

Y entonces los dos lo oyeron… el ruido frenético del timbre de la

puerta seguido de grandes voces y los gemidos desconsolados de un niño, y luego los pies de Sandra subiendo a toda velocidad las escaleras que llevaban al apartamento.

Catherine se había soltado al primer timbrazo después de que el estridente sonido irrumpiera en sus emociones tumultuosas, y Keir ya estaba en la puerta con la camisa puesta pero desabrochada cuando Sandra llamó.

—Ha habido un accidente —le dijo cuando Keir abrió la puerta, y Sandra parpadeó pero continuó hablando con una compostura que Catherine envidió—. Un coche se subió a la acera delante de Sarah Matthews y el pequeño Toby. Toby está bien, iba en el carrito, pero el coche hizo que Sarah soltara la correa y atropello a *Bingo*…

Catherine no oyó nada más. La puerta se cerró de golpe y los dos bajaron atropelladamente a la consulta, donde, en cuestión de minutos, los gemidos se extinguieron y se hizo un silencio mortal.

Capítulo 6

Pasó media hora antes de que Catherine pudiese reunir el valor de aventurarse al piso de abajo. Encontró la puerta de la entrada cerrada con llave y supuso que Sandra estaba ayudando a Keir en la sala de operaciones. No había rastro de Sarah Matthews ni del pequeño Toby, así que imaginó que Keir los habría mandado a casa para que esperaran allí las noticias sobre su perro.

No habría podido describirle a nadie cómo se sentía. En parte estaba destrozada por haberse dado cuenta de que se había enamorado de alguien que estaba completamente fuera de su alcance. Keir era la clase de hombre que sólo se encontraba una vez en la vida, y si ella reconocía aquel hecho, era seguro que el resto de la población femenina también lo hacía. Las mujeres como Sandra: hermosas, seguras de sí mismas, sin un pasado que ocultar ni complejos que mellaran una relación.

A eso se añadía el hecho de que Keir había estado casado y había enviudado hace poco, un golpe terrible para cualquier hombre, y que lo último que estaña buscando sería una relación seria después de aquellos momentos trágicos y dolorosos.

Tenía un trabajo que era mucho más que eso para él: una forma de vida, unos cimientos que ni siquiera se habían estremecido con la muerte de su esposa, algo que le compensaba. Entonces… ¿por qué un hombre así se había fijado en ella? Sólo había una respuesta: Catherine estaba disponible, y se había arrojado a sus brazos.

Permaneció de pie en el pasillo con los ojos fuertemente cerrados para contener la oleada de vergüenza que le hizo sonrojarse de arriba abajo. Necesitaba salir de allí y pensar.

Sacó a los perros, que ya conocían la rutina para entonces y se quedaban esperando obedientemente que les pusiera los collares y las correas, y se marchó a toda prisa, sin ni siquiera prepararse un almuerzo. Compraría algo de chocolate, se dijo mientras cruzaba al jardín y salía a la calle con su ansiosa cohorte, y un paquete de galletas para los perros. De todas formas, no tenía ganas de comer, le dolía profundamente el corazón.

Sin embargo, un día pasado en contacto con la naturaleza y la apacible soledad del paisaje ondulado le hizo recobrar el sentido de la ecuanimidad y fue capaz de reconocer que había exagerado el incidente con Keir cuando regresaba al apartamento al atardecer. No había pasado nada, y nada iba a pasar.

Aun así, cuando se adentró en la casa por la parte de atrás, su corazón empezó a palpitarle con fuerza y sintió una mezcla de aprehensión, emoción y pánico que la dejó débil.

—Catherine… —Keir estaba saliendo de la sala de rehabilitación

cuando ella entró en el pasillo y se sintió turbada, casi mareada, al verlo—. ¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

—Sí —contestó Catherine con una sonrisa alegre pero forzada—. ¿Cómo está *Bingo*?

—*¿Bingo?* —Keir se quedó mirándola con la mente en blanco por unos instantes—. Ah, *Bingo*, saldrá adelante. Afortunadamente las ruedas del coche no le aplastaron el cuerpo, sólo una de sus patas traseras, pero la fractura no es muy grave y es un perro joven. El problema al principio fue la pérdida de sangre, pero ya está todo bajo control. Catherine… —hizo una pausa e inspiró profundamente—. En cuanto a lo de antes…

—Preferiría olvidarlo.

Era la táctica que había optado por utilizar, ya que la única manera de salir con la cabeza un poco alta era estar serena y fría. Se había arrojado a sus brazos y Keir había reaccionado momentáneamente como lo haría cualquier hombre que tuviese sangre en las venas, sobre todo uno que había tenido una vida sexual activa que se había visto interrumpida bruscamente hacía dieciocho meses. No podía echarle la culpa, pero no podía permitir que siguiera pensando que lo que ella quería era una aventura.

—¿Que lo olvide? —replicó entornando los ojos, y sus labios se pusieron rígidos—. ¿Qué significa eso exactamente?

—Lo que he dicho —contestó con una sonrisa tan radiante que pensó que se le iba a desencajar el rostro, pero el tono frívolo que empleó podía haber sido digno de la mejor actriz—. No ha sido nada, los dos lo sabemos. Y no quisiera por nada del mundo echar a perder la amistad que tengo contigo y Janice. Estoy tan agradecida porque me ofrecieras tu casa cuando necesitaba ayuda…

—¿Agradecida? —repitió Keir. Había empalidecido y sus labios habían quedado reducidos a una sombría línea en su rostro rígido—. ¿Estabas siendo agradecida? —preguntó con incredulidad—. ¿Pensabas que te estaba pidiendo algún tipo de pago esta mañana?

Catherine abrió la boca para negar aquella absurda conclusión, pero Keir no le dio oportunidad de hablar, porque giró sobre sus talones y recorrió el pasillo hasta el vestíbulos con los perros dando saltos a su alrededor.

—Keir, por favor, escúchame…

—Creo que los dos hemos dicho bastante esta noche —dijo con voz gélida, y su sentimiento de desesperación se incrementó cuando Sandra salió de recepción como un hermoso genio de una botella.

—Me pareció oír a alguien —anunció. Aquél parecía su recurso más manido, pensó Catherine con angustia—. La señora Matthews está al teléfono, Keir. ¿Podrías hablar con ella? —preguntó la joven con dulzura.

—Claro —dijo Keir. Luego miró a Catherine con ojos fríos y pétreos—. Da de comer a los perros, ¿quieres? Tal vez así aplaques un poco tus sentimientos de gratitud.

—Por supuesto —contestó, sin dejar traslucir en su voz ni en su rostro lo mucho que le había herido su sarcasmo—. Los llevaré…

—Ya he preparado su comida —dijo Sandra con una sonrisa cuando interrumpió a Catherine—. Estaba esperando a que Catherine los trajera de vuelta, pero todo está listo.

—Buena chica.

Keir no volvió a mirar a Catherine, sino que salió por la puerta de recepción y la cerró de golpe.

—Yo me ocupo de dar de comer a los animales, ¿entendido?

Catherine todavía estaba mirando la puerta cerrada, conmocionada, y por un momento no se dio cuenta del contenido de sus palabras.

—¿Qué…?

—Los perros —dijo Sandra sin preocuparse por ocultar la hostilidad de su voz ni su mirada letal—. Yo me ocupo de esa parte del trabajo. Keir está demasiado ocupado y no necesita que alguien llegue y le altere su rutina.

—Sandra, fue él quien me pidió que les diera de comer, no yo —dijo Catherine con perplejidad, sorprendida por aquel repentino ataque—. Y te aseguro que lo último que desearía es alterar vuestra rutina. Imagino que Keir estaba tratando de quitarte trabajo. Siempre estás de un lado para otro haciendo cosas.

—No me importa —dijo Sandra, y los ojos verdes no se suavizaron lo más mínimo—. Es mi trabajo, *mi* trabajo —añadió Sandra con agresividad.

—Lo sé —replicó Catherine, levantando un poco la barbilla para mirarla directamente a la cara.

Sandra siguió con los ojos clavados en los suyos durante más de treinta segundos sin decir palabra. Luego se dio la vuelta y llamó a los perros con voz áspera para llevarlos a la cocina. Cuando el último de ellos desapareció por la puerta, la cerró con tanta violencia que el cuadro que había en la pared del pasillo vibró.

Era lo último que necesitaba. Catherine subió las escaleras del apartamento con el estómago revuelto por aquel enfrentamiento inesperado. De no saber cuál era su relación con Keir, habría creído que Sandra tenía cierto derecho sobre él por la manera en que se comportaba. Había visto algo en el rostro de la joven que iba más allá de lo que decían las palabras. ¿Pero acaso sabía cómo era su relación con Keir? La idea fue como un puñetazo entre los ojos, y le costó meter la llave en la cerradura.

—Hola —la saludó Janice, que justo estaba entrando en la cocina

cuando Catherine se adentró en el vestíbulo, y al verla con el uniforme supo que hacía poco que había regresado—. Iba a tomar un café, ¿te apetece uno?

—Gracias —contestó Catherine. Si realmente necesitaba algo en aquellos momentos, era una buena dosis de cafeína.

La siguió a la cocina y Janice se volvió con una sonrisa radiante.

—¿Te ha dicho Keir la buena noticia?

—¿La buena noticia?

Catherine habló con cautela, pero Janice no pareció darse cuenta, y sirvió dos tazas de café para luego darle una a Catherine.

—¿Recuerdas que estaba buscando un ayudante?

Catherine asintió. Keir había comentado que necesitaba a otra persona para descargar en ella parte del trabajo—. Pues empieza mañana, antes de lo que esperaba. Se llama Martin. Es de aquí, de Towerby, así que conoce a todo el mundo. Y como acaba de licenciarse, estará ansioso por trabajar —le dijo con una sonrisa—. Te gustará, siempre ha sido un poco cómico, y no creo que haya cambiado mucho, a peor en todo caso. Sandra le tuvo echado el ojo durante un tiempo, pero luego… —la hermana de Keir se calló de repente y se ruborizó un poco.

—¿Pero luego? —inquirió Catherine en voz baja, tratando de contener una curiosidad imperiosa.

—Bueno, no debería decirlo, la verdad, parece muy rastrero, pero… —Janice hizo una incómoda pausa y siguió hablando atropelladamente—. Bueno, no quiero ser hipócrita, y es lo que pienso. Sandra estaba encima de Martin hasta que Marion murió, y luego lo dejó plantado en cuanto pensó que Keir volvía a estar libre. Siempre le ha gustado y nunca lo ha ocultado. Estoy segura de que es por eso por lo que hizo lo posible por ser su recepcionista. Tenía un trabajo excelente en Compton, y Keir no puede pagarle ni la mitad de lo que ganaba allí. En cualquier caso, eso es lo que pienso —repitió Janice, claramente agitada—. Pero podría estar equivocada, claro.

No, no estaba equivocada. Catherine se quedó con aire pensativo mientras preparaba la cena después de animar a Janice a que se diera una ducha y se cambiara de ropa. ¿Y qué sentía Keir por la hermosa rubia?, se preguntó con el corazón en un puño. Le había dado el trabajo. Seguro que aquel hecho hablaba por sí mismo.

La cena fue una situación dolorosa a pesar de la alegre presencia de Janice. Keir se comportaba con gélida cortesía, una actitud que no había visto antes, pero que resultaba enormemente intimidante. Al final, el rostro sombrío de Keir subyugó incluso a Janice y, aunque Catherine se daba perfecta cuenta de que escrutaba sus rostros con

perplejidad, era demasiado educada como para indagar.

Catherine deseaba con todas sus fuerzas arrojarse a los brazos fuertes y recios de Keir para explicarle la verdad: que había malinterpretado sus palabras y que lo que sentía por él impedía que tuvieran una mera aventura. Pero tal vez fuese mejor de aquella forma, con un muro entre los dos. Eso la protegía de sí misma, de lo que realmente quería hacer.

Primero su madre, luego Keir. ¿Por qué? No era justo… Las lágrimas ardían en sus ojos pero no se atrevió a derramarlas y, mientras tomaba el último bocado, la desesperación oprimía su pecho como un guante de hierro. Estaba completamente sola, y tal vez su búsqueda fuese autodestructiva, pero pese a todo, sentía una urgencia irrefrenable de encontrar sus raíces.

Catherine sacudió inconscientemente la cabeza, pero un par de ojos grises y penetrantes la observaba desde el otro lado de la mesa. No podía culpar a Keir, ni a nadie más, por preferir a bellezas sin complicaciones como Sandra que eran todo dulzura y alegría por el hombre al que adoraban. Y Keir ya había pasado por un trauma lo bastante fuerte como para querer alejarse de cualquier compromiso…

—¿Te importaría…?

Catherine emergió de sus pensamientos compungidos al percatarse de que Keir le había dicho algo y no había oído ni media palabra.

—¿Perdón? —dijo mirándolo con mejillas sonrojadas.

—Te he preguntado si te importaría ayudarme con uno de mis pacientes —dijo Keir con voz serena y rostro inexpresivo—. Janice ha estado trabajando todo el día y está agotada. Pero si tienes otra cosa que hacer podría…

—No, no. Claro que puedo ayudarte —lo interrumpió. Estaba sorprendida por que se lo hubiese pedido teniendo en cuenta lo silencioso que había estado durante la cena, y en el rostro de Janice se leía que la consideración de su hermano hacia ella también la había sorprendido—. Ya te he dicho que haría lo que fuese por ayudar. Me encantará poder… —se calló. Estaba hablando atropelladamente otra vez.

—¿Expresar tu gratitud…? Claro.

Catherine lo miró a los ojos, pero no pudo leer nada en aquella mirada hermética oculta por su suave amabilidad.

—¿Se trata de *Bingo*?

Keir abrió la puerta de la entrada del apartamento y la dejó pasar mientras Catherine era plenamente consciente de la figura corpulenta que bajaba tras ella por las escaleras. Al llegar al vestíbulo se volvió hacia él.

—No, no es *Bingo* —dijo Keir con voz grave y un poco ronca, y Catherine se estremeció levemente—. Es una perra que operé esta

tarde. Un caso urgente de infección de la matriz. Ya es mayor y su corazón no está tan fuerte como debería. Además, tuvo una mala experiencia como cachorro con sus primeros dueños y no le gustan los hombres. Normalmente no tengo problemas con ella, pero todavía no está del todo recuperada y la ansiedad o la angustia podrían afectarla al corazón. Sólo necesito que le hables y la tranquilices mientra yo la examino, ¿de acuerdo?

—Está bien.

La perrita estaba medio dormida pero claramente nerviosa, y sus ojos castaños miraron a Keir con cautela, pero en cuanto Catherine empezó a susurrarle palabras tranquilizadoras y a acariciarle la cabeza mientras Keir la miraba, pareció relajarse.

—Bien, va mejor de lo que esperaba —dijo Keir después de volverla a meter en la jaula—. Si podemos reducir al mínimo el *shock* postoperatorio, creo que sobrevivirá.

—Me alegro —repuso Catherine. Pero ¿por qué su cuerpo seguía recordando lo que había sentido en los brazos de aquel hombre flagrantemente viril?, se preguntó con desesperación, temblando como una hoja por dentro—. ¿Te puedo ayudar en algo más?

—¿Lo dices en serio?

No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo lo que le hizo sonrojarse y ponerse nerviosa. Y aquel embriagador afrodisíaco de fuerza combinada con suavidad estaba minando sus defensas.

—Claro, ya te he dicho que estoy… —a punto estuvo de decir «agradecida», pero se contuvo justo a tiempo —encantada de poder ayudar.

Keir la miró con expresión seria y ojos entornados, con los brazos cruzados y las piernas ligeramente separadas. Tampoco aquella pose la ayudaba a controlar su pulso acelerado.

—¿Y no crees que tratar con los animales pueda angustiarte? —preguntó con suavidad—. Desgraciadamente, no siempre se alegran de recibir mis atenciones.

—No me gusta pensar en el dolor ni en la confusión que sienten, pero sé que lo mejor para ellos es estar aquí. Tú no pretendes hacerles daño.

—Pero a veces es necesario hacerles daño por su bien —dijo llanamente, y por alguna razón Catherine supo que no se estaba refiriendo a los animales—. Hay que llegar al fondo del problema, por doloroso que sea. Lo demás acaba siendo debilidad.

—¿Y tú nunca eres débil? —preguntó febrilmente, mirándolo con ojos muy abiertos mientras se acercaba a ella, y Catherine no se dio cuenta de que había retrocedido hasta la pared hasta que sintió su dureza en la espalda.

—Ahora no, no con lo que importa. He aprendido… —se calló de

repente al ver que Catherine iba a irse y apoyó las manos en la pared para atraparla sin necesidad de tocarla—. He aprendido que no compensa ser débil —continuó con voz suave—. Marion supo que le pasaba algo grave meses antes de ir al médico, pero no quería enfrentarse a ello. Creía que si lo hacía, sus temores se harían realidad. Se puede obrar así en cualquier faceta de la vida en la que tengamos problemas: en el trabajo, la salud, las emociones. Eso es huir, Catherine, así de sencillo.

—Pero no todo es o blanco o negro —protestó con voz trémula, perfectamente consciente del calor que irradiaba, de su cuerpo fuerte y musculoso y de aquellas manos grandes que podían trabajar con tanta destreza cuando era necesario y que en aquellos momentos la estaban rodeando como un lazo a un conejo. Catherine se removió nerviosamente, pero Keir se inclinó hacia delante y su cuerpo estaba tan cerca del suyo que pudo ver los diminutos pelos negros de su barba incipiente.

—No, no todo —corroboró con voz suave—. ¿Fue sólo gratitud lo que sentiste cuando te besé, Catherine? ¿O fue algo más? ¿Algo placentero, gratificante…?

—No…

—¿Por qué no? ¿Por qué no voy a besarte si los dos lo deseamos profundamente? Es lo más natural del mundo dar y recibir placer. Los animales lo saben sin que nadie se lo haya dicho.

El deseo empañó su voz y desencadenó estremecimientos de excitación por la espalda de Catherine.

—Keir…

—Me gusta cómo dices mi nombre —la interrumpió. Catherine sentía su aliento cálido y dulce sobre el rostro y estuvo a punto de desmayarse al ver la necesidad reflejada en sus ojos. Aquel Keir era tan diferente del hombre sereno y controlado de horas de trabajo. Aquel era el hombre que Marion debía de haber conocido noche tras noche mientras la transportaba a la gloria…—. Y no hace falta que te asustes de mí. No quiero hacerte daño —murmuró con persuasión—. Relájate, Catherine.

—No puedo —repuso con voz ronca y temblorosa bastante falta de convicción.

—Sí puedes.

Al principio se limitó a acariciarle los labios mientras seguía con los brazos apoyados en la pared. Su boca era cálida y experta, y Catherine se estremeció cuando profundizó el beso, consciente de que la estaba estrechando contra su recio cuerpo mientras exploraba a placer las profundidades ocultas de su boca, y su reacción se intensificó hasta que acabó temblando en sus brazos.

Keir deslizó los labios a sus párpados, a sus mejillas, a su cuello.

Con una mano en la base de la espalda la mantenía apretada contra él y con la otra, le acarició la piel sedosa del brazo, luego la espalda, y sus roces sensuales hacían que Catherine se inflamara y contrajese en un mar de sensaciones.

—¿Lo ves? —dijo con voz grave y gutural—. ¿Ves cómo podría ser?

Sí, lo veía perfectamente, pensó mientras luchaba por combatir el deseo que había hecho que se deshiciese en sus brazos.

Tal vez si hubiese tenido un pasado feliz y estuviera de vacaciones como Keir pensaba, si no tuviera ningún secreto oscuro que pudiera caer como una bomba diminuta en aquella comunidad pequeña y tranquila, si no se hubiese enamorado de él —lo que haría imposible irse una vez que la diversión hubiese terminado—, quizás entonces se habría dejado llevar y se habría entregado a su destino sin importarle las consecuencias.

Pero había demasiados síes.

Se echó a un lado con un movimiento tan brusco y fiero que lo tomó por sorpresa, y se aprovechó de su desventaja momentánea para dar otro paso atrás, sintiéndose más segura una vez fuera de su alcance.

—Keir, por favor. Sólo vine a ayudarte.

Trató de hablar con serenidad, pero su cara pálida y sus ojos demasiado brillantes eran reveladores para el hombre que la estaba observando tan de cerca.

—Y lo has hecho —dijo en tono de burla, enmascarando con ella su ardiente frustración. ¿Qué veía en él que la atemorizaba tanto?, se preguntó Keir. ¿O eran todos los hombres? Se había entregado durante un minuto, lo había sentido, saboreado.

—Éste es *Bingo* —le dijo, y rompió la insoportable tensión volviéndose para señalar un perro mestizo de aspecto lastimero que tenía una pata escayolada—. Se irá a casa mañana…

Continuó hablando de todos los ocupantes de las jaulas en tono suave y alegre, y Catherine se sorprendió observando su perfil mientras la furia añadía más dolor al tumulto que arreciaba en su corazón. ¿Cómo se atrevía a estar tan indiferente y frío cuando ella se estaba desgarrando por dentro? Era evidente que su abrazo no había significado nada para él, sólo una concesión a la atracción física que podía encender y apagar como una lámpara.

—Janice me ha dicho que tu nuevo ayudante llega mañana —le dijo con voz serena. Aquél podía ser un juego para dos, pensó con angustia. Por nada del mundo iba a dejar entrever lo mal que se sentía —. Martin.

—Y no en un mal momento —repuso haciendo ademán de salir de la habitación—. Con suerte podré recuperar un poco de vida social.

No he tenido tiempo de respirar en las últimas semanas desde que se fue mi otro ayudante.

«Y apuesto a que sé quien estará en primera línea para ayudarte a descansar», pensó Catherine rígidamente mientras la imagen felina y atractiva de Sandra surgía en su cabeza.

—Siempre trabajando, ¿eh? —dijo con voz demasiado alegre. Si ella podía notarlo, él también.

—Exactamente —dijo Keir detrás de ella mientras subían las escaleras del apartamento—. ¿Tal vez quisieras venir conmigo a cenar alguna noche? —preguntó con naturalidad mientras llegaban al rellano y abrió la puerta—. Podríamos ir al cine primero, o dar un paseo en coche… para que conozcas los alrededores.

—Creo que no —dijo Catherine con una sonrisa forzada—. Normalmente acabo agotada después de un día entero de excursión. Lo único que me apetece cuando vuelvo es darme un baño caliente e irme a la cama.

—Como quieras —repuso Keir. El hombre de hielo reapareció inmediatamente, y la formalidad distante cayó como un velo sobre él dejando atrás al amante ardiente de hacía unos minutos—. Siento haberte hecho perder tiempo esta noche. No volverá a ocurrir.

—No quería decir…

Pero ya la había adelantado y entró en el salón sin molestarse en ver si lo seguía.

Capítulo 7

—Así que tú eres la misteriosa Catherine de la que tanto he oído hablar. Me alegro mucho de conocerte.

El saludo de Martin hizo que Catherine lo mirara intensamente queriendo encontrar algún significado velado en sus palabras, pero no había rastro de malicia en el rostro atractivo coronado de cabellos rubios que le sonreía.

—Muy poco misteriosa —dijo devolviéndole la sonrisa—. Estoy segura de que en el verano tenéis a cientos de turistas como yo.

—Tal vez, pero no todos son como tú —repuso Martin, y sus ojos de color azul claro la observaron con aprobación—. Has causado bastante revuelo entre los chicos del pueblo —continuó antes de que la voz serena de Keir lo interrumpiera con tono gélido.

—Si estás listo, Martin —le dijo indicando la puerta que conducía a la recepción y a las salas de consulta—. Me gustaría que repasáramos unos puntos antes de que lleguen los pacientes esta mañana.

—Está bien.

Martin pareció no molestarse por el tono despótico de su jefe, pero Catherine se puso rígida. Había estado esperando en su habitación después de una noche de sueños inquietos hasta que oyó a Keir salir del apartamento. Había creído que saldría de la casa sin ser vista, pero Keir y Martin emergieron de la sala de rehabilitación justo cuando ella llegaba al pie de las escaleras con vistas a sacar a los perros.

La primera impresión que había tenido de Martin la sorprendió: era atractivo, muy atractivo, tenía el pelo rubio y los ojos de un azul intenso, y, su figura corpulenta y modales afectuosos y tranquilos eran innegablemente cautivadores. Pero apenas había dicho dos palabras antes de que Keir interviniera, como si no mereciese la pena hablar con ella. Aquello no debía dolerle pero lo hacía y, justo cuando iba a decir algo más, se abrió la puerta de la entrada y Sandra apareció en el umbral con la mano y el brazo derechos profusamente vendados.

—¿Sandra? —dijo Keir, que se acercó a ella enseguida, aunque Catherine se dio cuenta de que Martin no se movió—. ¿Se puede saber…?

—Me caí por las escaleras de casa —dijo Sandra obsequiando a Keir con una sonrisa valiente y encantadora—. Ha sido una estupidez, ya lo sé, pero tropecé con un listón que estaba flojo. Me temo que me he roto algún ligamento, así que pasarán unos días antes de que pueda trabajar con normalidad…

—No debes trabajar —dijo Keir con firmeza—. No deberías haber venido. Vete a casa y descansa, nos las arreglaremos.

—No, no, de verdad. Preferiría quedarme aquí —dijo Sandra con

otra pequeña sonrisa valiente—. Pensé que tal vez, si a Catherine no le importa, podría trabajar conmigo durante un día o dos, escribiendo a máquina y haciendo las demás cosas que a mí me resulten complicadas. No será por mucho tiempo —dijo volviéndose a Catherine con un pequeño gesto de súplica como si Catherine ya se hubiese negado—, pero así las cosas podrían funcionar con normalidad, y Keir está ahora tan ocupado…

—Claro que ayudaré —dijo Catherine, tratando de ocultar su sorpresa ante la sugerencia de Sandra en vista de lo ocurrido el día anterior y dada la rivalidad que le había mostrado desde el primer día —. Me encantaría, la verdad.

Keir entornó los ojos y frunció el ceño.

—No hace falta. Puedo llamar a la señora Napier, siempre está disponible para sustituir a Sandra cuando es necesario…

—Se ha ido de vacaciones a casa de su hermana —dijo Sandra con voz casi satisfecha, y una vez más, Catherine estudió el rostro de la joven. Si no la conociera, habría creído que Sandra quería que ella estuviera en la consulta, pero era ridículo—. Y ahora mismo hay mucho trabajo, Keir.

Era evidente que Keir no quería que Catherine estuviera en la consulta, pensó sintiendo un dolor agudo en el corazón. Pero no tenía motivos para rechazar su ayuda aparte de ser directamente descortés.

—Vaya, dos nuevos empleados en un solo día —dijo Martin alegremente para suavizar una situación extraña—. Hola Sandra —dijo con un ademán de cabeza a la hermosa rubia—. ¿De modo que sigues trabajando aquí?

—Como puedes ver.

Sandra sonrió, pero sin afecto, y a Catherine se le pasó por la cabeza que el que tuviese que ayudar a Sandra no iba a ser la única situación difícil entre aquellas cuatro paredes. La joven había rechazado a Martin por Keir, pero ¿Martin lo sabía? Sintió pena por el ayudante de Keir y se preguntó si todavía se interesaba por la rubia que lo miraba con fría compostura. Esperaba que no. Parecía demasiado agradable para aquella joven tan superficial.

Los días siguientes fueron extraños, surrealistas, aunque Catherine no acertaba a saber qué era lo que la preocupaba tanto. Martin ya se había integrado en la consulta y estaba quitándole mucho trabajo a Keir. Era alegre, comprensivo con los pacientes y sus dueños, y tenía un sentido del humor travieso que amenizaba el trabajo de Catherine más de una vez. Trataba a Sandra con una imparcialidad amistosa que no dejaba entrever ningún tipo de apego sentimental y que hacía que el trabajo resultase cómodo y agradable.

Por su parte, Sandra se deshacía con los dos hombres y, sorprendentemente, con Catherine. Aparentaba sentirse muy agradecida por su ayuda y, sin embargo, había algo raro. Catherine frunció el ceño mientras bajaba las escaleras en su cuarta mañana. No era el hecho de que Keir se había desentendido de ella por completo, por mucho que le doliera. No, era algo amenazador que tenía que ver con Sandra. Como una tragedia que estuviese a punto de ocurrir.

¿Y qué importaba?, pensó con irritación al llegar al vestíbulo. Todas sus pesquisas sobre el paradero de una mujer llamada Anna Mitchell habían resultado infructuosas. ¿Qué podía hacer Sandra para empeorar las cosas?

Pero lo averiguaría en cuestión de diez minutos.

—¿Es la hora de comer? Me muero de hambre —dijo Martin, haciendo su entrada en la cocina de la consulta y oliendo con aprobación los cinco boles de comida de olor acre que Catherine estaba preparando para los pacientes de la sala de rehabilitación—. ¿Tienes algo para mí?

—No seas asqueroso —rió Catherine, y lo apartó con la palma de la mano preguntándose por enésima vez por qué se sentía tan relajada con Martin cuando Keir producía en ella un dolor de tensa excitación que nunca disminuía. Si aquella agonía era amor, no quería volver a sentirla.

—¿Asqueroso? —repuso haciendo una mueca fingida de desaprobación—. ¿Cómo es posible que apreciar la buena comida pueda considerarse asqueroso, quisiera yo saber? Es fácil adivinar que no has tenido que apretarte el cinturón como estudiante de veterinaria.

—Tú tampoco.

Martin ya le había contado que sus padres le habían respaldado en sus estudios económicamente como hijo único que era.

—Cierto. Tal vez sea asqueroso, entonces —dijo entre risas—. ¿Por qué no sales conmigo una noche y lo averiguas? Apuesto…

Catherine nunca llegó a saber lo que habría apostado porque una voz fría y dura los interrumpió desde el umbral con toda la suavidad de una cuchilla de afeitar.

—Martin, Catherine, ¿podéis acompañarme a mi despacho, por favor? —preguntó Keir en tono lúgubre, y sus ojos se pasearon por el rostro sonrojado de Catherine antes de volverse y precederlos en su camino hasta la pequeña habitación en la que estaban la vieja caja de seguridad y el escritorio de Keir, y donde Sandra los esperaba con rostro inexpresivo pero con ojos verdes luminosos y penetrantes. Algo había pasado… algo horrible.

Keir se sentó en una esquina del escritorio antes de posar su mirada en cada uno de ellos.

—Sandra me ha dicho que falta una cantidad considerable de dinero en la caja —dijo lentamente—. ¿Alguno de vosotros ha tomado algo prestado y se ha olvidado de dejar un pagaré?

—¿Qué? —Martin se había quedado blanco de la sorpresa—. ¿Estás bromeando?

—Supongo que eso significa que no —dijo Keir con calma—. ¿Y tú, Catherine?

—Sí… No… quiero decir que… —Catherine inspiró profundamente y se esforzó por hablar con racionalidad—. No he pedido prestado nada de dinero —dijo con voz trémula—. No lo haría sin preguntar.

—No, eso pensaba.

Lo dijo en voz baja y Catherine sintió, más que vio que Sandra se ponía rígida a su lado.

—Keir…

—¿Y no tienes ni idea de dónde está el dinero? —dijo Keir interrumpiendo la voz indignada de Sandra mirándola directamente a la cara.

—Por supuesto que no, al menos… —hizo una pausa momentánea —. No hace falta ser Sherlock Holmes para adivinarlo, ¿verdad? —continuó Sandra con una mirada significativa hacia la cara pálida de Catherine.

—Ah, ¿no? Explícate —dijo Keir con calma mortal.

—Bueno, está claro, ¿no? —dijo Sandra con voz tensa, y sus ojos entornados le conferían el aspecto de una gata felina—. Martin ha trabajado para ti de vez en cuando durante las vacaciones mientras estaba haciendo la carrera, y yo llevo aquí dieciocho meses y no ha pasado nada igual antes. Así que… —se volvió y miró a Catherine con un brillo de malevolencia que veló enseguida.

—¿Y?

—Bueno, como tengo mal el brazo, Catherine ha estado usando la caja —dijo molesta por la falta de luces de su jefe—. Por lo que a mí respecta, sólo se puede llegar a una conclusión —dijo acaloradamente.

—Ah, entiendo.

Keir habló en voz baja, incluso suave, mientras mantenía los ojos fijos en el rostro ruborizado de Sandra, lo que aumentó la sensación de irrealidad que impregnaba la habitación. Catherine miró a Martin sin saber qué buscaba en él, pero tenía los ojos azules muy abiertos por la sorpresa y algo más, una cautela, una sospecha, cuando la miró. Creía a Sandra, pensó Catherine con horror. Pensaba que había robado el dinero.

—¿Cómo está tu brazo, Sandra?

Parecía ridículo que en aquellas circunstancias Keir le estuviera preguntando por su herida, pero pasó un momento o dos antes de que contestara.

—Está… mucho mejor, gracias.
—¿Te importaría enseñármelo?
—¿Qué?
—Quisiera que te quitaras el vendaje —dijo Keir en tono sombrío —. Supongo que no tendrás ninguna objeción.
—Eh… bueno, sí tengo, la verdad —Sandra se tocó la venda instintivamente con su otro bazo—. Todavía está muy magullado y me duele… —se interrumpió bruscamente y levantó la barbilla—. De todas formas, ¿qué tiene que ver mi brazo con todo esto? Queremos atrapar al ladrón, ¿no? Faltan más de doscientas libras y algunos cheques y sé quién los ha robado aunque tú no.
—Ah, pero yo…
—Keir, no he robado el dinero —dijo Catherine con desesperación —. No puedo probarlo, pero no lo he robado.
Aquello era una pesadilla, pensó frenéticamente mientras contemplaba aquel rostro frío y atractivo. ¿Qué podía decir?
—No he pensado ni por un momento que lo hicieras, Catherine.
Tardó algunos momentos en comprender lo que decía Keir, pero lo miró con atención, dejando a un lado el miedo que la nublaba, y vio que lo decía en serio.
—Entonces, ¿quién…? —tartamudeó.
—Llama a la policía, Martin —dijo Keir con voz que parecía hielo líquido—. Creo que Sandra será capaz de ayudarlos con su interrogatorio. Esto ha llegado demasiado lejos.
—¿Yo? —chilló Sandra con indignación, y en aquel momento pareció cualquier cosa menos bonita—. ¿Me acusas a mí cuando he estado trabajando para ti durante todos estos meses y ella acaba de llegar? ¿Ni siquiera vas a registrar sus cosas? Pues yo lo haré. No voy a permitir que me acuses…
—¡Sandra! —la voz de Keir fue como un pistoletazo y los tres se sobresaltaron—. No digas ni una palabra más a no ser que sea la verdad. Haz esa llamada, Martin. No hay nada más que hablar. Dos de los cheques que han desaparecido sólo los toqué yo, así que estoy seguro de que la policía será capaz de encontrar huellas dactilares que descubran al culpable… a no ser que el ladrón llevase guantes, claro.
—¿Guantes? —graznó Sandra, y su rostro había cobrado un matiz grisáceo—. Yo… No puedes… ¡No! —gritó cuando Keir le hizo una seña a Martin para que saliera del despacho, y Sandra lo agarró del brazo—. No, quédate aquí —le dijo con expresión salvaje.
—No te pusiste guantes, ¿verdad, Sandra? Fuiste descuidada, muy descuidada —repuso Keir con una suavidad gélida que hizo que Catherine se estremeciera.
—No… no tomé el dinero para quedarme con él —dijo Sandra, que todavía tenía a Martin agarrado del brazo.

—Sé que no fue así —dijo Keir—. Todo esto ha sido una estratagema tuya, ¿verdad? Estabas resentida porque Catherine estuviera aquí, pensabas que tu trabajo corría peligro y decidiste librarte de ella.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —le espetó. Toda su vulnerabilidad se disipó al volverse para mirar a Catherine con ojos llameantes—. Llevo trabajando aquí dieciocho meses y todo iba bien hasta que tú llegaste con tu Keir esto y Keir lo otro, ¡me pones enferma! Tal vez engañes a todos, pero a mí no. Sé que estás esperando tu oportunidad para…

—Ya basta —la interrumpió Keir—. Entonces, ¿reconoces haber robado el dinero?

—No lo robé, mi idea era que lo encontraran —masculló Sandra—. Está en la habitación de Catherine, debajo del colchón.

—¿Cómo…?

Catherine se calló bruscamente al ver que Sandra se volvía hacia ella y le decía en tono despreciativo:

—Con la llave de repuesto, claro. No fue muy difícil.

—No, no creo que lo fuese —dijo Keir con suavidad—. No cuando tenías la confianza de todos. Martin, haz esa llamada, por favor.

—No puedes hacer eso —dijo Sandra, y por primera vez algo parecido al miedo se reflejó en su rostro—. Ya te he dicho que no quería quedarme con el dinero…

—Has hecho algo mucho peor —la interrumpió Keir sin piedad—. Te propusiste destruir la reputación de una persona sin tener en cuenta las consecuencias, y eso es un acto delictivo.

—No puedo creerlo —dijo Martin de repente sentándose en una caja de latas de comida de perro que estaba junto a la puerta, y se pasó una mano temblorosa por el rostro haciendo ver su perplejidad —. ¿Pero cómo has sabido que era Sandra?

—Porque no podía ser Catherine —dijo Keir llanamente—. No es capaz de hacer una cosa así.

«Keir, no hagas que te ame más aún…», pensó Catherine. Nadie había creído en ella antes y no se atrevía a pensar que aquello era real. Podía significar que lo que sentía Keir por ella era más que una ilusión momentánea, y eso la horrorizaba. Implicaría tener que abrirse, volverse vulnerable, confiar en alguien, y no podía. De eso precisamente había estado huyendo desde que lo había conocido, y no de Keir mismo.

—Keir, no llames a la policía —dijo Sandra en voz baja—. Por favor, haré cualquier cosa…

—No quiero mezclar en esto a la policía —dijo rápidamente Catherine antes de que Keir pudiera contestar—. No hace falta. Sabemos dónde está el dinero y Sandra ha reconocido que ha sido ella

la que lo ha robado. ¿Por qué no lo olvidamos?

—¿Te das cuenta de las consecuencias si no hubiésemos descubierto la verdad? —le dijo Keir mirándola con ojos como pozos profundos, y Catherine se estremeció al sentir el poder que ejercía sobre ella.

—Sí. Pero la hemos descubierto y fue un acto de malicia más que un robo. No creo que sea asunto de la policía.

—No estoy de acuerdo, pero como tú eras la víctima, acepto que tomes la decisión —repuso Keir con voz sedosa, pero su tono se alteró de forma dramática al volverse a la joven resentida—. Quiero verte fuera de aquí en menos de cinco minutos, ¿entendido? Y te sugiero que busques otro trabajo en Compton, o todavía más lejos, si no quieres que se dé a conocer lo ocurrido aquí. Si te veo a un kilómetro a la redonda de Catherine, por la razón que sea, iré directamente a las autoridades. Y lo digo en serio, Sandra. No hago amenazas en balde.

—Me iré, no te preocupes —dijo Sandra, que había recuperado todo el veneno en la voz al saber que no iban a llamar a la policía—. Pero ya verás cómo es en realidad. Tal vez te engañe con esos ojos llorosos y su aspecto de niña perdida, pero verás que sorpresa te espera, Keir Durrell.

Y dicho eso, dio media vuelta, abrió de golpe la puerta utilizando el brazo vendado y salió con la cabeza bien alta y los ojos llameantes.

—¿Es verdad lo que ha pasado? No lo he imaginado, ¿no? —declaró Martin con una expresión que en otras circunstancias habría resultado cómica.

—Desgraciadamente, no —dijo Keir en tono lúgubre—. ¿Estás bien, Catherine?

—Creo… creo que sí.

No debía llorar, no debía traicionarse a sí misma, pensó tratando de ordenar el tumulto de pensamientos que había en su cabeza. Sandra tenía razón, no era como parecía. En realidad, no sabía quién o qué era. Había sido el odio lo que la había conducido a aquel pequeño pueblo y el deseo de enfrentarse a la mujer que la había dado a luz sin preocuparse por el trastorno que eso podía ocasionar en su vida, y de repente sintió que no le gustaba esa faceta suya.

—Catherine, mírame, por favor —dijo Keir. Martin había salido del despacho momentos antes y la voz grave de Keir, ligeramente ronca, le hizo temblar cuando levantó la vista hacia él—. Todo este episodio ha sido un *shock* para ti. No hay nada malo en expresar lo que uno siente.

Pero era peligroso, muy peligroso, pensó Catherine. De hecho, sí que había algo malo en todo lo que rodeaba su estancia en Yorkshire: la situación que había surgido con Sandra y el dinero, su búsqueda secreta y resentida de su madre, y sobre todo, sus sentimientos por

aquel hombre. Todo se había complicado sin ella quererlo y para colmo, había hecho que Keir perdiera a su recepcionista en los momentos de más trabajo del año. Aquel pensamiento le hizo despegar los labios.

—¿Qué vas a hacer ahora que Sandra se ha ido? —preguntó con voz trémula—. ¿Cómo te las vas a apañar para…?

—¡Al diablo con Sandra! —explotó Keir con fiereza—. Y al diablo con la consulta. Estoy tratando de averiguar cómo te sientes, ¿qué tiene de malo?

—Nada…

—Entonces, háblame, Catherine. Grita, chilla, llora si prefieres, pero sal de esa torre de marfil en la que habitas —dijo con furia—. Quiero que…

Al dar un paso hacia ella, Catherine retrocedió instintivamente por miedo de que pudiese descubrir sus sentimientos si la tocaba, y Keir se quedó inmóvil inmediatamente, luchando por mantener el control.

—¿Qué tengo que me rechazas? —preguntó con amargura—. Me gustaría saberlo. Al principio pensé que te pasaba con todos los hombres, pero te he visto con Martin, te he visto reír, bromear con él, y hasta coquetear un poco…

—Nunca he coqueteado con Martin —protestó con vehemencia.

—¿No? ¿Entonces qué era esa pequeña escena que interrumpí antes? —dijo con voz tensa. Era evidente que estaba furioso, aunque Catherine no imaginaba por qué—. ¿Pretendes decirme que no estabas quedando con él?

—No fue así. Martin estaba haciendo el tonto, eso es todo.

—¿En serio? —repuso Keir—. ¿Y te gustan los hombres vestidos de payaso, es eso? —preguntó con sombrío sarcasmo.

—Keir…

—No, ya basta.

Un momento después la estrechó entre sus brazos y sus labios descendieron sobre los de Catherine con una violencia que dejaba traslucir una intensa frustración. Pero inmediatamente, el asalto se suavizó y sus labios se tornaron cálidos y persuasivos y su lengua exploró la dulzura interna de su boca. Keir la ceñía contra su cuerpo de tal forma que la suavidad de Catherine parecía fundirse con su masculinidad y ella pudo sentir cómo el corazón le palpitaba con fuerza detrás del sólido muro de su pecho.

Catherine se llenó con el olor y el sabor y el roce de su piel, mientras su propio cuerpo se deshacía y se volvía húmedo a medida que las sensaciones despertaban oleadas de placer y Keir derribaba una a una todas sus defensas. Si hubiese sido capaz de pensar racionalmente, habría hecho un esfuerzo por apagar el fuego que estaba ardiendo con tanta fuerza en su interior, pero le había rodeado

el cuello con las manos y se apretaba contra Keir mientras él deslizaba las manos febrilmente por su frágil figura.

Aquella locura tenía que acabar; era primera hora de la mañana de un día de mucho trabajo, pero cuando oyeron a Martin llamándolos desde lejos Keir pareció no querer soltarla, y la abrazó aún con más fuerza por un momento antes de levantar la cabeza y escrutar sus ojos llenos de sentimiento.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo podría ser? —dijo en tono triunfante—. Ahora dime que no me deseas como yo a ti.

Pero desear no era suficiente. Incluso si todo lo demás estuviese bien, y no lo estaba, la necesidad física no era suficiente. Al margen de lo que Keir dijese, no había sustituto para el amor.

—Keir, por favor —dijo separándose de él, pero Keir no la dejó irse del todo y la mantuvo en el círculo de sus brazos—. No puedo…

—No, no digas nada, no si no es lo que quiero oír —la interrumpió cubriéndole los labios con un dedo—. Hoy me acompañarás en mis visitas. Te enseñaré un poco más del verdadero Yorkshire.

—No puedo —le dijo, y el dedo de Keir abandonó sus labios y se deslizó hacia abajo, acariciando su cuello y rozando su pecho y un pezón erecto, y Catherine se estremeció—. Sandra se ha ido…

—La señora Napier ha vuelto de sus vacaciones Está acostumbrada a reemplazarla cuando es necesario, le gusta el dinero extra. Y Martin está aquí para defender el fuerte. Necesitas pasar un día al aire libre después del trauma de esta mañana. Te sentará bien conocer a algunos de los granjeros y a sus esposas.

—No… No, no puedo —tartamudeó débilmente—. Debes comprender…

—Te prometo comportarme como es debido —dijo Keir mientras la soltaba, y Catherine se sintió por un momento privada de él—. Con la mano en el corazón, dijo con suavidad—. ¿Vale así?

Catherine estaba jugando con fuego, lo sabía, ¿entonces por qué accedía a su propuesta?, pensó mientras asentía.

—Bien; me pondré en contacto con la señora Napier, y en cuanto haya llegado, ve arriba y prepara el almuerzo, ¿de acuerdo? Saldremos después de la consulta de esta mañana. Y podrías recuperar el tesoro que hay escondido en tu habitación y devolverlo a la caja fuerte —añadió levantando una ceja con ironía—. A no ser que quieras que te ayude a buscarlo, claro.

—No creo que sea necesario —replicó Catherine de forma recatada saliendo del despacho.

—¿Estás bien? —dijo Martin, mirándola con preocupación momentos después al llegar a recepción—. Todavía no puedo creer que Sandra lo hiciera.

«Pero pensaste que yo lo había hecho», le dijo Catherine en

silencio, y por primera vez se le ocurrió pensar que si no hubiese sido por Keir, los acontecimientos de la mañana podrían haber tenido un final muy distinto. Pero no tenía tiempo de pensar en eso. La consulta iba empezar en diez minutos y hasta que llegara la señora Napier tenía que estar en la brecha.

Había pasado media hora cuando una mujer bajita y robusta de mediana edad se abrió paso en la sala de espera y se acercó al escritorio en el que Catherine estaba trabajando.

—Tú debes ser Catherine. Soy Mary Napier, ¿cómo estás?

—Hola, pase por favor. ¿Entonces, Keir la llamó?

Había esta muy ajetreada y no había tenido tiempo de preguntar a Keir qué le había contado a la pequeña mujer.

—Ya lo creo —dijo mirándola con luminosos ojos azules—. Menudo jaleo, ¿eh? Pero no te preocupes, Keir sabe que puedo mantener la boca cerrada. De todas formas, ya ha pasado todo, y no puedo decir que lo sienta. Nunca me ha gustado trabajar con Sandra, como Keir bien sabe, pero cuanto menos hable mejor. ¿Piensas quedarte mucho tiempo por aquí?

Hablar claro estaba a la orden del día y mientras Catherine explicaba balbuciendo que estaba allí de vacaciones, se dio cuenta de que aquellos ojos azules la escrutaban.

—Me recuerdas a alguien, jovencita, pero no puedo acordarme de quién. ¿Tienes algún familiar por aquí?

A Catherine se le paró el corazón y luego le empezó a latir aceleradamente.

—Creo que un miembro de la familia, una mujer, se mudó a Towerby hace unos veinte años. Se llamaba Mitchell, Anna Mitchell.

—¿Mitchell? —Mary sacudió la cabeza lentamente—. No, no me suena, pero ya me acordaré.

—Cuando lo haga, dígamelo —dijo Catherine luchando con todas sus fuerzas por resultar natural—. Si es ella, sería agradable conocerla antes de que me vaya.

—Entonces ¿estás pensando en marcharte? Keir me ha dicho que ibas a ir con él a las granjas esta tarde.

Lo dijo de forma que una idea se opusiese a la otra pero afortunadamente la conversación terminó con la llegada de nuevos pacientes que requirieron la atención de Mary.

Catherine se escapó al piso de arriba dando las gracias y preparó la cesta del almuerzo antes de dirigirse a su habitación. Podría soportar aquello por un día, ¿no? Observó su reflejo en el espejo mientras se cambiaba y se ponía unos vaqueros ajustados y un top sin mangas de color blanco. Luego se cepilló el pelo hasta que le cayó en ondas resplandecientes y se hizo una coleta dejando unos mechones sueltos para suavizar el peinado. Había dejado claro que no quería una

aventura de verano; si Keir quería que se despejara un poco después del trauma de aquella mañana, era muy amable de su parte.

Y ya tenía una pista sobre el paradero de Anna Mitchell, después de semanas sin conseguir nada. Y era una pista, estaba segura. Algo estaba pasando, todo se estaba arreglando, podía sentirlo en sus huesos…

—¿Catherine?

La voz de Keir irrumpió en sus pensamientos y se puso rígida sentada como estaba delante del tocador. Luego salió lentamente de la habitación en vez de correr a su lado como hubiese preferido.

La estaba esperando en el vestíbulo con la cesta del almuerzo en la mano, vestido con vaqueros de color azul marino y una camisa vaquera que le hacía parecer aún más corpulento en el entorno de colores claros de la estancia. Catherine se quedó sin aliento al sentir que la enormidad de su amor la embriagaba y que el pánico se apoderaba de ella.

Fuego. Estaba jugando con fuego, y si no tenía cuidado se iba a abrasar.

Capítulo 8

—Es un bálsamo para el alma, ¿verdad? —dijo Keir con voz suave y grave, pero no abrió los ojos mientras hablaba, tendido como estaba en la amplia manta de cuadros con las manos detrás de la cabeza, dejando ver un pecho ancho y musculoso que a Catherine le estaba resultando difícil ignorar.

Los perros habían devorado en cuestión de segundos los restos del almuerzo y estaban retozando en una hondonada del prado de lo alto de la colina, desde la que se podían ver antiguos muros de piedra y cascadas interrumpidas por un río centelleante.

Sí, era un bálsamo para el alma. Catherine contempló al hombre que estaba tendido a su lado y se preguntó por qué, en medio de tanta belleza y con Keir a su lado, tenía tantas ganas de llorar. Tal vez porque no podía soportar estar en el cielo y saber que no era para ella. Lo deseaba. Lo deseaba tanto que le dolía por dentro, pero era demasiado cobarde como para seguir a su corazón y dejar que las consecuencias se arreglaran solas. Si la rechazaba, pasada una semana, un mes o un año, no sería capaz de soportarlo. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Todas las demás personas de su vida lo habían hecho. ¿Por qué Keir iba a ser distinto?

Se acercó las rodillas aún más al pecho y volvió a posar la vista en los perros, pero supo enseguida que Keir había abierto los ojos y la estaba mirando.

—Eres tan hermosa. Lo sabes, ¿verdad? —preguntó con suavidad —. Con tus ojos azules como el zafiro y el pelo como oro hilado, no puedo pensar en nada más que en ti. Te introduces en mis pensamientos incluso cuando estoy haciendo las cosas más mundanas. Creo que me estoy concentrando y de repente, apareces delante de mí, con tu figura menuda y perfecta y tu tímida sonrisa. Hay veces que creo que me estoy volviendo loco.

—Keir, no…

—No puedo evitarlo. Ni siquiera estoy seguro de que te guste —le dijo. Se puso boca abajo y se apoyó en los codos para escrutar su rostro con sus devastadores ojos grises—. Sé que te atraigo, físicamente, me refiero, pero has luchado con todas tus fuerzas para evitarlo, ¿verdad? ¿Por qué? ¿De qué tienes tanto miedo? No soy un monstruo, Catherine.

—No tengo miedo —repuso Catherine. Era una mentira, y ni siquiera convincente—. Y no estoy luchando por evitarlo, Keir.

—Creo que sí —dijo Keir en voz baja y ronca—. ¿Es por que los dos sabemos que si empezara a hacerte el amor de verdad, te desharías en mis brazos y ya no podrías dar marcha atrás? Tú me deseas, Catherine, tu cuerpo me lo dice en cuanto te toco.

Lo deseaba en aquellos momentos, sus pechos estaban henchidos y la piel le ardía al oír el deseo desnudo que había en su voz. Fue su debilidad lo que le hizo decir con aspereza:

—¿Y crees que eso es suficiente? ¿La atracción física, la lujuria o como quieras llamarlo? Incluso ciertas escalas del reino animal van más allá.

—No, no creo que sea suficiente, pero estamos hablando de ti, no de mí —dijo con suave determinación.

Catherine se quedó mirándolo a los ojos tratando de no caer presa de su atractivo moreno y sensual. Había estado casado y, sin duda, había habido otras mujeres en su vida antes que su esposa. Ella no tenía habilidad ni sofisticación, no sabía nada de los pequeños trucos que las mujeres como Sandra usarían para mantener a un hombre interesado una vez que el ansia inicial se hubiese visto satisfecha. Todo lo que tenía era ella misma, y sabía que no sería suficiente para retenerlo. Le había dicho que la deseaba, que lo estaba volviendo loco, pero ni siquiera una vez había mencionado la palabra amor.

—Dijiste… dijiste que no…

—¿Te tocaría? —la interrumpió con aspereza—. Y no lo hago. Sólo estoy hablando contigo, eso es todo. Claro que si has cambiado de idea…

—No lo he hecho —dijo frunciendo el ceño y mirándolo con cautela.

—Qué pena —dijo con una sonrisa sarcástica que hizo que Catherine sintiera un hormigueo en sus labios, como si la hubiese besado—. Estoy aprendiendo que contigo es mejor actuar primero y hacer las preguntas después. Hace falta tomarte por sorpresa.

—No hace falta tomarme de ninguna manera —replicó Catherine.

Keir suspiró en silencio. Aquello no iba a ser fácil, pero tampoco había esperado que lo fuera.

—Hay un arroyo allí abajo, entre aquellos árboles. Vamos a llevar allí a los perros para que puedan beber.

Keir observó su perfil hermoso y puro con ojos entornados. Parecía muerta de miedo, maldita sea, y aquello le inspiraba una mezcla de emociones que tenía problemas para discernir, excepto la frustración continua de estar caminando con pies de plomo. Ya había tenido bastante.

No volvió a hablar hasta que llegaron al bosquecillo, y luego habló en un tono increíblemente práctico cuando dijo:

—No estaba enamorado de Marion cuando me casé con ella.

—¿Qué?

Catherine no podía creer que hubiese oído bien y se paró en seco para contemplar con ojos muy abiertos su rostro moreno e inexpresivo.

—No en el sentido romántico de la palabra, de hombre a mujer —continuó en tono sereno, como si Catherine no hubiese hablado, y la tomó del brazo para que caminase junto a él—. En el bachillerato teníamos un grupo, éramos unos cuantos chicos y chicas que nos llevábamos muy bien, éramos grandes compañeros pero no había intimidad física que entorpeciera nuestra amistad. Todos teníamos parejas de vez en cuando que estaban fuera del círculo, pero era un acuerdo tácito que nunca nos emparejáramos entre nosotros. Nunca hablábamos de ello, pero lo sabíamos.

—¿Y Marion era una de las chicas? —preguntó Catherine con voz débil. Era lo último que había esperado oírle decir, y la conmoción había paralizado su reacción. Keir asintió lentamente.

—De todos nosotros, sólo ella y yo entramos en la facultad de veterinaria, pero seguimos apoyándonos mutuamente, nada serio, o al menos eso pensé yo. Pero luego, Marion empezó a caer enferma todo el tiempo, resfriado tras resfriado, esa clase de males. Al mirar atrás… —se interrumpió bruscamente y sacudió la cabeza con expresión rígida—. Al mirar atrás pienso que debí haberla convencido para que fuera al médico, pero ella decía que estaba baja de ánimos, nada más, y que se tomaría una tónica o algo así. ¡Una tónica! —exclamó Keir con voz tensa y llena de crudo reproche hacia sí mismo, y aquello conmovió a Catherine.

—Keir, no fue culpa tuya, no lo sabías —le dijo enseguida, y por un momento se olvidó de su cautela llevada por su deseo de consolarlo, y lo agarró del brazo mientras hablaba—. ¿Cómo podías haberlo imaginado?

Keir se volvió para mirarla con ojos negros por una áspera condenación de sí mismo.

—Debí haberlo sabido, Catherine; era el único que la conocía bien. Sabía que le aterrorizaban los médicos, los hospitales, todo eso. Tenía una fobia que era el resultado de un accidente durante su niñez, y era como un muro de treinta metros de altura para ella: insalvable. Pero yo estaba trabajando horrores y ella lo ocultaba tan bien…

—No podías haberlo sabido —volvió a decir con voz suave y tierna —. No podías.

Lo estaba agarrando de los dos brazos, y las estribaciones de sus músculos estaban tensas bajo sus dedos mientras lo miraba.

Hubo un momento de largo silencio en el que se quedó con los ojos fijos en Catherine, el cuerpo inmóvil pero rígido, y luego inspiró profundamente tratando de controlarse.

—Lo supimos cuando se desmayó durante uno de los exámenes finales —dijo con voz ronca—, pero ya era tarde, demasiado tarde. Se sintió tan enferma que pensamos que iba a morir inmediatamente, así que me lo dijo… —sacudió la cabeza y habló con voz entrecortada—.

Me dijo que me amaba, que siempre me había amado, desde el primer día de bachillerato, años antes —Keir se apartó de Catherine con un movimiento brusco y se quedó de espaldas a ella—. Pero con los medicamentos que le daban empezó a mejorar. Claro que, sabíamos que era tiempo prestado. Hablaron de nueve meses, doce a lo sumo, y posiblemente una buena parte de ellos en el hospital, y de sólo pensarlo para Marion era como ir al infierno. ¿Sabes qué se siente al ver a alguien por el que te preocupas sufrir así?

—No.

Se había preocupado por Marion pero no la había amado. La idea se estaba grabando en su cabeza como un tatuaje.

—Ojalá no lo sepas nunca.

—Así que te casaste con ella —dijo en voz baja.

—Así que me casé con ella —dijo volviéndose para mirarla otra vez—. Y fue un matrimonio de verdad, en todos los sentidos de la palabra —dijo con voz serena—. Marion quería que fuese así.

Le costó recurrir a toda su fuerza de voluntad para asentir en silencio, ya que la angustia que le oprimía el alma la había dejado muda de conmoción. No porque le disgustara que Marion hubiese encontrado en sus brazos la paz y la fortaleza que había necesitado para afrontar lo inevitable, sino porque sabía que si se hubiese podido cambiar por la malograda morena y haber dado sólo un año de ser su mujer y de estar cerca de él durante el resto de su vida, lo habría hecho.

—Lo siento, Keir… por Marion, por ti…

—No te lo he dicho por eso.

La miró sin pestañear y se acercó para agarrarla de la misma manera que Catherine lo había hecho antes. Luego la estrechó más aún y su rostro moreno y atractivo escrutó sus ojos turbados.

—¿Tienes alguna idea de lo que siento por ti? —preguntó con voz opaca—. ¿La más mínima idea? No quiero asustarte. Me repito una y otra vez que tengo que andar con cuidado, pero al diablo con todo, Catherine, nunca me había sentido así antes y me está matando.

—Keir, no.

Aquella era la última ironía de su desastrosa vida, pensó con desesperación. Había sabido, incluso antes de la revelación sobre Marion, que lo que Keir sentía era algo más que atracción física. Y la había aterrorizado. Era lo que había estado tratando de combatir todos los días desde que vivía bajo su mismo techo, trabajaba con él, lo veía, lo amaba.

—Te amo, Catherine —el mundo se quedó muy quieto cuando lo dijo, y por un momento Catherine vio todo con doloroso detalle: su mirada, la inclinación de su cuerpo, los árboles a su espalda y el cielo azul—. Nunca se lo había dicho a ninguna mujer…

—¡No!

No la amaba, no iba a creerlo. Lo que sentía por ella podía ser algo más que una mera atracción física pero no era amor, no podía creerlo. Porque supo sin la menor duda que era demasiado cobarde para creerlo. No concebía que Keir siguiera sintiendo lo mismo durante semanas, meses, años. No confiaba en él, ni en sí misma.

El abuso mental que había padecido día sí, día no desde que era un bebé hasta que se había ido del único hogar que había conocido durante veintiún años había minado todos los sueños de adolescente de tener un hogar y una familia y de vivir con un hombre que la adorase y la amase.

Sabía que un día le diría que todo había terminado. No sabía cuándo, ni cómo se desarrollarían las circunstancias, pero llegaría el momento en que la pesarían de nuevo en la balanza y le encontrarían un defecto. Había sido así desde que había dado sus primeros pasos y aquel trato había devorado la percepción y confianza que tenía de sí misma como un gusano negro e insidioso.

—Dame un niño hasta que cumpla los siete y lo tendré durante toda la vida.

La vieja frase de los jesuítas cruzó por su cabeza. La mujer que había llamado madre había estado con ella durante muchos más años…

—¿Catherine? —inquirió Keir, y la sacudió levemente—. Esta vez no voy a permitir que te escapes y te cierres en banda, ¿me oyes? No me importa lo que haya ocurrido en tu vida, puedes haber sido la mujer más pecadora del mundo antes del día en que te conocí que eso no afectará lo que siento por ti. Tu vida empezó el día en que te recogí en aquel banco, eso es lo que es real.

—Para, Keir —Catherine quería gritar y gemir con disgusto por su propia cobardía, quería decirle que no la conocía, que no tenía ni idea de quién era en realidad, y que saldría corriendo si lo hiciera. Pero hacer eso sería abrir la caja de Pandora y no podía arriesgarse—. No quiero tener ningún tipo de relación contigo ni con ningún otro…

—Sí quieres.

Catherine había bajado la cabeza al hablar y Keir la había tomado entre sus manos para obligarla a mirarlo.

—No —dijo cerrando los ojos, pero aquella mirada penetrante se abría camino hasta su cerebro—. No funcionaría, ¿es que no lo ves? —dijo con desesperación—. Sólo nos conocemos desde hace unas pocas semanas…

—Entonces aprenderemos a conocernos mejor. Puedo ser paciente cuando es necesario —Catherine sintió que inspiraba profundamente—. Abre los ojos, Catherine. Mírame a la cara y dime que no sientes nada por mí —dijo con suavidad —y te prometo que no te volveré a

molestar.

Catherine sacudió la cabeza manteniendo los ojos cerrados con obstinación.

—¿Qué te asusta tanto? —le preguntó con voz ronca—. ¿Que haga esto?

La besó lentamente y el escalofrío de sensación que recorrió su figura menuda le hizo echarse hacia atrás, pero Keir la estrechó contra su férreo cuerpo con una pasión que dejaba ver que su control sólo estaba a flor de piel.

—Sólo tienes que decirme que no me deseas —la retó con suavidad —. Pero bien dicho, para que te crea.

Catherine abrió los ojos y el tumulto que sentía se reflejó en el azul doliente de sus ojos y, aunque abrió la boca para hablar, las palabras no salieron.

—Te amo, Catherine —repitió Keir—. Te amo de verdad. Quiero que vivas conmigo, trabajes conmigo, que compartamos los buenos y los malos momentos, quiero que seamos felices para siempre…

—Eso no existe —dijo débilmente.

—Sí, y te lo demostraré. Vas a saberlo ahora mismo…

Tomó sus labios con un beso hambriento y posesivo e increíblemente dulce, pero aunque Catherine podía sentir la tensión de su cuerpo, el control que estaba ejerciendo sobre su deseo, la estaba acariciando con suavidad y ternura, como si fuese algo muy valioso. Y aquello fue su perdición.

Le devolvió el beso ciñéndose a él al sentir que su amor eclipsaba el pánico, y Keir se quedó helado por una décima de segundo antes de estrecharla con tanta fuerza que Catherine pudo sentir los fuertes latidos de su corazón. ¿Cómo podría vivir en un mundo en el que Keir caminaba y hablaba y respiraba y estar lejos de él? La idea parecía imposible cuando los labios hambrientos de Keir acariciaron sus diminutas orejas, deslizándose por la suavidad sedosa de su cuello y despertando ríos de fuego en cada punto que tocaba.

Era vagamente consciente de los pequeños gemidos inarticulados que flotaban en el aire cálido, pero ignoraba el hecho de que provenían de sus propios labios, perdida como estaba en unas oleadas de sensación tan intensas que el resto del mundo había dejado de existir. El calor velloso de su piel, la fuerza musculosa de su cuerpo, la maravilla de lo que sus labios y sus manos le estaban haciendo… Keir y ella eran lo único real en aquel mundo de color y luz y caricias y sabor en el que se había sumergido.

Sólo se dio cuenta de que se habían dejado caer al suelo cuando el intenso olor a hierba y flores salvajes impregnó la dulzura. Pero entonces, cuando sintió su cuerpo contra el suyo, todo volvió a ser sensaciones y su corpulencia masculina contrarrestaba con su

temblorosa figura.

Keir besó sus párpados cerrados, saboreando su seda aterciopelada con la lengua, antes de trazar besos suaves y atormentadores hasta sus labios, que ya estaban abiertos, esperándolo. Le mordió con suavidad el labio inferior antes de explorar su boca y despertar una excitación tal que Catherine sintió que sus miembros se deshacían.

Se le daba muy bien, demasiado bien, pensó Catherine débilmente. Y aunque la idea debía haber sido una advertencia, no pudo reaccionar a ella. Tenía las manos entrelazadas por detrás de su cuello musculoso y pudo notar las cerdas sedosas de su severo peinado al deslizar los dedos por entre sus cabellos. Lo amaba, lo deseaba, no podía creer cuánto lo deseaba…

—Ahora vuelve a decir que no crees que podremos ser felices para siempre —susurró Keir con voz ronca mientras le mordisqueaba la oreja—. Dime que no crees que pueda hacerte feliz. Estás en mi vida, Catherine, como yo en la tuya. Ya no hay marcha atrás. Confía en mí, déjame entrar.

Era lo único de lo que era incapaz y Keir sintió que se ponía rígida bajo su cuerpo sin poder creer que estuviera haciéndolo otra vez: retirarse a aquella formidable torre de marfil en la que habitaba y cerrar la puerta de golpe.

Sintió la oleada de rabia y frustración que había sentido otras veces, pero en aquella ocasión no le dio el espacio que Catherine le exigía en silencio.

—Si quisiera, podría tomarte aquí y ahora, y lo sabes —dijo en tono sombrío—. Si dejara de hablar y desistiera de averiguar lo que pasa por tu cabeza…

—¿Y por qué no lo haces? —dijo Catherine tratando de separarse de él, pero el amplio tórax no se desplazó ni un centímetro—. Si crees que es así de sencillo, ¿por qué no lo haces?

—Porque no soy un animal, Catherine, y quiero más que tu cuerpo —Keir se apartó y se incorporó con un ágil movimiento y la observó con ojos insondables mientras ella se recolocaba la ropa—. Te tendré. Pero te tendré entera, y no será un apresurado acoplamiento en una pradera. Será lento y dulce, y estarás conmigo en cada momento, en mente, alma y cuerpo. No fue una casualidad que vinieras a Towerby. Tal vez no lo aceptes ahora mismo, pero es la verdad.

Keir nunca comprendería la ironía de aquellas palabras. Levantó la cabeza para mirarlo y la magia sensual que emanaba de aquel cuerpo corpulento era tan tangible que lo podía sentir en el aire.

Tenía que poner fin a todo aquello. No quería amarlo, ni a él ni a nadie, el amor significaba traición, dolor y desilusión, y ya había tenido su ración para toda la vida.

Nunca debió haber ido a Towerby. Había sido una misión de

venganza y ¿cómo algo tan bajo merecía salir bien? No era mejor que la mujer que la había criado llevada por el despecho. No quería herir a nadie… Las lágrimas le ardían en los ojos pero no se atrevió a derramarlas.

—No fue una casualidad que viniese a Towerby —corroboró—. Lo tenía planeado.

El súbito regocijo que sintió Keir al sentir que iba a abrirse a él fue reprimido por su mirada de profunda desolación.

—Catherine…

Al intentar volver a acercarse a ella, se echó atrás tan bruscamente que Keir se quedó inmóvil, y supo entonces que había llegado al límite de su dolor.

—Hace varios meses caí enferma con una gripe que se complicó y tuve neumonía…

Mientras hablaba, con voz inexpresiva y monótona, Keir la escuchó en silencio, aparentemente sereno aunque por dentro ardía de rabia contra las personas que habían lastimado tanto el espíritu de la mujer que estaba delante de él. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no estrecharla entre sus brazos, porque sabía que no era el momento. Primero tenía que soltarlo todo, abrir la herida y dejar que saliera el veneno.

—¿Y sigues sin saber quién es tu verdadera madre? —preguntó con suavidad cuando Catherine terminó de hablar y permaneció con los ojos cerrados y sensación de vacío—. ¿No tienes ninguna pista?

—No.

Catherine se estremeció al oír la ternura en su voz grave. Había esperado que se burlase de lo que ella consideraba su debilidad, que despreciara sus mentiras y, desde luego, que se enfadase con razón porque no había sido sincera con él durante todo el tiempo que había estado viviendo en su casa. Podía haber hecho frente a todo eso, no la asustaba. Había vivido con sus hermanos toda la vida. Pero la ternura, la consideración… eran peligrosas, como pequeños demonios dulces que minaban su determinación.

—Ven —dijo Keir con voz ronca, grave por la preocupación y el deseo, y Catherine abrió los ojos de golpe y se puso rígida. Sabía lo que tenía que hacer, debía haberlo hecho hacía semanas.

—No, Keir —le espetó. Era difícil mirar aquel rostro que tanto amaba y decir lo que tenía que decir, pero lo consiguió—. Te he hablado de mi madre y de mi pasado para que comprendas que mi marcha no tiene nada que ver contigo…

—¿Tu marcha? —repitió Keir. No levantó la voz, pero el tono en que habló hizo que a Catherine se le encogiera el estómago—. ¿Crees que iba a dejarte ir?

—No tienes elección —dijo con firmeza—, no te pertenezco.

—Sí que lo haces, aquí dentro —dijo tocándose el corazón con el puño, y la furia y la frustración que estaba tratando de ocultar le hizo entornar los ojos hasta que parecieron dos líneas delgadas. Nunca lo había visto tan atractivo o inalcanzable, pensó Catherine con tristeza, pero no podía echarse atrás. Merecía a alguien mejor que ella. Una joven esposa, fuerte de cuerpo y mente, que trabajara con él y le diera hijos y una vida en familia.

Si, por algún milagro, no la despachaba cuando llegase a conocerla de verdad, todavía sería como una piedra atada a su cuello. Nunca sería capaz de cumplir sus expectativas y un día… Un día aquellos devastadores ojos grises se helarían, su corazón se enfriaría y habría arruinado tanto la vida de Keir como la suya.

—Me marcho, Keir —dijo levantando la cabeza con orgullo—. Lo digo en serio.

—¿Y qué me dices de tu madre? —preguntó en voz baja.

—Eso ya no importa.

—¿Has venido hasta aquí después de dejar tu trabajo y a tus amigos y dices que no importa? —replicó con voz tensa—. Sólo han pasado unas semanas, ¿qué demonios te ha hecho cambiar de idea?

«Tú».

—Era una estupidez, una vana ilusión, pensar que podría encontrarla —dijo Catherine con aire cansino—. Y ahora me doy cuenta de que la única persona a la que haría daño sería a mí misma. Tal vez cause algún trastorno en su vida, la ponga furiosa o la avergüence, pero no podría soportar… no podría soportar ver su cara cuando me mirara.

—Tal vez se alegre de que la hayas encontrado —dijo Keir con suavidad, y el dolor que traspasaba su rostro le hizo suavizar la voz—. ¿No lo has pensado?

—Me dejó cuando sólo tenía unas semanas y no se ha puesto en contacto conmigo ni una sola vez. Sabía dónde estaba, podría haberlo hecho, pero no ha querido —dijo pasándose una mano trémula por el rostro.

—¿Y la odias por eso?

—Ya no sé lo que siento —dijo Catherine con voz ronca—. Sólo sé que está en alguna parte, cerca de aquí, lo siento en los huesos, y que no me conoce. Podría pasar a su lado por la calle y no sabría que es mi madre. Sigo mirando a todas las mujeres de su edad, observo su cara, y lo gracioso es que ni siquiera sé qué estoy buscando. No puedo seguir así —susurró dolorosamente—. No quiero.

—Si huyes ahora, estarás huyendo toda la vida, lo sabes, ¿verdad? —dijo en tono lúgubre—. Olvida lo nuestro por un momento. Dejando eso a un lado, sigo pensando que deberías quedarte. Conozco a la gente de aquí. Podría investigar con cautela y tu madre, si es que está

en esta región, nunca sabrá de ti a menos que tú quieras. Puedo ayudarte…

—No quiero tu ayuda —dijo Catherine endureciendo la voz y el corazón—. Tal vez creas que me amas, pero en realidad no es así. No me conoces. Lo que sientes…

—No me digas lo que siento, Catherine —la interrumpió Keir. Estaba enfadado y se notaba, y la agarró de la muñeca para evitar que se moviera hacia atrás—. Puedo aceptar que todavía tú no sientas lo mismo, pero conozco mi propio corazón. Tengo treinta años, maldita sea, no soy un adolescente inseguro. Sé lo que quiero.

—Y yo también —le dijo mirándolo con ojos muy abiertos, y mintió como nunca había mentido—. Y no es Towerby, ni la vida en un pueblo, ni…

—¿Ni yo?

—Ni tú —contestó. Tenía que hacer que la odiara o su tenacidad haría que le sonsacara la verdad—. Quiero trabajar en una gran ciudad. Los exámenes que estaba preparando antes de caer enferma eran para eso. Quiero tener mi propio apartamento, ropa bonita. No quiero tener que darle explicaciones a nadie —si alguna vez una imagen la había llenado de horror era la que estaba dibujando para sí misma—. Quiero vivir la vida, divertirme.

—No te creo —repuso Keir sacudiéndola suavemente, y la furia que estaba tratando de controlar hacía que sus ojos centellearan—. No creo que seas así.

—Ya te lo he dicho, no me conoces —dijo sacando una sonrisa conciliadora de alguna parte, y se esforzó por hablar en tono frívolo—. Claro que siempre te estaré agradecida por lo que has hecho por mí, y me halaga mucho que quieras que me quede…

—Al diablo con tu gratitud.

La miró durante un momento más y Catherine estuvo tentada, terriblemente tentada, a arrojarse a sus brazos y decirle que lo amaba, que lo adoraba, que haría cualquier cosa por él…

—Sube al Land Rover.

Había dominado la repentina explosión de rabia. Habló en tono inexpresivo y su rostro se volvió hermético, y en cuanto llamó a los perros con un silbido recogieron la manta y la cesta y subieron al vehículo puso en marcha el motor sin decir una palabra.

Se había terminado.

Capítulo 9

El resto de la tarde fue una prueba de resistencia. Catherine y Keir visitaron tres granjas grandes antes de dirigirse a lo alto del monte Peak Fell para asistir a una cerdo enfermo. Los Robinson tenían una pequeña casa y varias edificaciones exteriores que estaban situadas en una zona expuesta al viento del norte, que aplastaba continuamente la hierba y que hacía arquearse a los árboles altos y delgados.

Keir no había dicho una palabra que no fuese imprescindible hasta entonces y, cuando aparcó el Land Rover, miró a Catherine por un momento con ojos remotos.

—No tardaré.

Catherine se había quedado esperando en el vehículo en las otras visitas, pero su espíritu rebelde volvió a la vida ante aquella orden no expresa de quedarse donde estaba.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó con cautela—. Necesito estirar las piernas.

Se encogió de hombros despreocupadamente. Estaba claro que no le importaba si lo acompañaba o no, y Catherine no podía culparlo.

El paciente era una hembra enorme con pequeños ojos brillantes y feroces dientes amarillos, pero aunque levantó la cabeza al ver entrar a Keir no hizo ningún esfuerzo por incorporarse. Las manos grandes de Keir se movieron con suavidad y firmeza mientras examinaba al animal y tranquilizaba al pequeño propietario que mantenía un monólogo de palabras de consuelo para el animal mientras le acariciaba la cabeza grande y puntiaguda como lo haría con un gato o un perro.

—Se pondrá bien, Bob —sonrió Keir al hombre afligido mientras daba unas palmaditas al animal en las patas traseras—. Tiene un poco de erisipela. Le pondré una inyección de suero y ya verás como le baja enseguida la temperatura. Estará otra vez levantada en veinticuatro horas, y dispuesta a desafiar al mundo otra vez.

—A mí no me molesta su mal genio —dijo el pequeño hombre con ecuanimidad—. *Daisy* y yo nos entendemos, ¿verdad, amiga?

Ya eran más de las cinco cuando emprendieron el camino de regreso a casa, y la luz de últimas horas del día resaltaba los interminables muros de piedra que cruzaban los valles. ¿La habría creído cuando le había dicho cómo quería que fuera su futuro?, se preguntó Catherine con angustia mientras permanecía sentada sumida en el silencio junto a Keir. Esperaba haber mentido bien. Sería terrible dejarle adivinar que su corazón y su alma siempre estarían allí, que nunca dejaría de dolerle pensar lo que podría haber sido si todo hubiese sido diferente, si ella hubiese sido diferente.

El largo jardín estaba dormitando en el calor del atardecer cuando

Keir abrió la puerta de la valla y se hizo a un lado para dejarla pasar con rostro hermético y movimientos distantes. Keir entró directamente en la consulta después de dejar a los perros en el jardín con cuencos de agua fría y Catherine se dio cuenta mientras subía las escaleras del apartamento de que los acontecimientos traumáticos del día le habían levantado un terrible dolor de cabeza. Se daría un baño y se quedaría en su habitación aquella noche, pensó con cansancio mientras abría la puerta delantera del apartamento, y al día siguiente haría las maletas y se iría durante las horas de consulta matutinas. Keir tenía a Martin y a Mary Napier, incluso había dejado de ser útil.

—¡Gracias a Dios que habéis vuelto! —exclamó Janice saliendo de su habitación al oír que se abría la puerta—. No vas a creer lo que he hecho, ¿viene Keir contigo? —añadió con ansiedad, mirando a la puerta—. Tengo que hablaros a los dos.

—Está abajo —dijo Catherine, y trató de insuflar algo de entusiasmo en su voz—. ¿Qué ocurre?

—Había olvidado por completo que la madre de Michael nos había invitado a todos a cenar esta noche —dijo Janice con agitación pasándose la mano por sus cabellos negros—. Lo mencionó hace una semana y dije que os lo iba a decir, pero se me olvidó. Y cuando Michael me lo ha recordado hoy, no tuve el valor de confesar que no os lo había dicho, sobre todo cuando ya lo tiene todo preparado. Michael siempre se está quejando de que no soy lo bastante organizada, y ya tuvimos una discusión cuando concerté dos citas en el mismo día, ¿recuerdas?

Catherine lo recordaba. Janice y Michael habían salido a cenar con unos amigos recién casados cuando otra pareja llegó al apartamento para salir con ellos a tomar una copa. Como era la tercera vez en tres semanas que Janice había hecho algo parecido, a Michael no le había hecho gracia y el ambiente estuvo caldeado durante un tiempo hasta que Janice le prometió fielmente que escribiría todo en su diario en el futuro.

—No tienes nada que hacer, ¿verdad? —le preguntó Janice con ansiedad—. Por favor, dime que no.

¿Qué podía decir?, pensó Catherine mirando a Janice y comprendiendo por primera vez por qué la actitud descuidada de Janice hacia la vida enfurecía tanto a Michael y a Keir. ¿Cómo iba a soportar estar toda una noche en compañía de Keir después de todo lo que había pasado aquella tarde? Pero tendría que ir, de lo contrario colocaría a Janice en una situación muy desagradable con Michael.

—No, no tengo nada que hacer —dijo en voz baja y su dolor de cabeza se intensificó al pensar en la noche que le esperaba—. Pero no sé si Keir podrá dejarlo todo sin previo aviso. Hay un par de pacientes nuevos en la sala de rehabilitación que necesitan vigilancia intensiva.

Aunque me encantará ir contigo y Michael si Keir no puede.

—Tal vez Martin pueda sustituirlo —sugirió Janice en tono esperanzador—. Si no tendré que decir que ha habido una emergencia, pero apuesto a que Michael sabrá la verdad. Me conoce demasiado bien.

«Di que no puedes venir, Keir». Catherine siguió enviando señales silenciosas todo el tiempo que Janice estuvo con Keir, pero cuando la joven asomó la cabeza por la puerta de su habitación minutos más tarde, su cara sonriente hablaba por sí sola.

—No hay problema —dijo irradiando felicidad—. Me ha echado otro sermón, pero Keir pensó que no era justo para la madre de Michael que no fuéramos. Te encantará, Catherine, esa mujer es un cielo.

—¿De veras?

Catherine dejó de escucharla. Aquella iba a ser una velada memorable, tanto para Keir como para ella. Todavía no podía creer que le profesara su amor. ¿Cómo era posible que un hombre como Keir la amase? Pero aun así le había puesto en una situación embarazosa y había herido su ego masculino.

«Vaya», se dijo Catherine. Cuando volvió a la realidad se dio cuenta de que Janice ya había salido de la habitación. ¿Cómo iba a soportarlo? ¿Cómo iba a irse y no volverlo a ver? La idea le causó dolor físico, y respiró hondo durante varios minutos tratando de controlar las náuseas.

Y si se iba de aquel lugar, nunca vería a su madre. Lo sabía, al igual que sabía que estaba cerca de ella. Y quería verla…

Se acercó a la puerta y la cerró muy suavemente antes de caer sobre la cama y llorar como si se le fuera a romper el corazón. Al menos una vez, sólo una vez, quería mirar a la mujer que la había traído al mundo, ver cómo era alguien de su propia sangre. Y no porque la odiara o quisiera arruinar su vida. Tal vez sólo deseaba saber si era posible que su madre hubiese lamentado lo que había hecho, hubiese pensado a veces en ella, hubiese deseado poder verla…

—Dios mío, ayúdame —gimió Catherine con el alma angustiada—. Haz algo que yo vea, no puedo seguir adelante…

Continuó rezando durante algún tiempo mientras sus pensamientos daban vueltas y vueltas como una enorme montaña rusa hasta que poco a poco se quedó serena y una sensación de paz invadió sus agitados pensamientos.

Tal vez no estaba escrito que encontrase a su madre. Tal vez se había equivocado desde el principio.

Estaba lista cuando Janice llamó a las ocho a su puerta, después de

haber ocultado su agotamiento con una aplicación cuidadosa de cosméticos. Al reunirse con ellos en el vestíbulo sintió como si estuviera en un vacío suspendido en el tiempo, cómo en un sueño.

Pero aquella extraña serenidad se estremeció cuando miró a Keir. Parecía llenar el vestíbulo con los pantalones negros y camisa gris oscura que llevaba y que le hacían parecer más corpulento de lo normal.

Keir contempló con ojos grises inexpresivos y el rostro severo a la mujer menuda y esbelta que estaba delante de él, vestida con un sencillo vestido largo hasta los tobillos de algodón blanco, y un cinturón violeta que animaba el atuendo y hacía juego con el color violeta de sus ojos.

—Estás preciosa —le dijo, aunque Catherine no supo en qué tono lo decía, pero se dio cuenta de que Janice los miraba. Finalmente despegó los ojos de él dolorosamente.

—Gracias. Tú también… estás estupendo —añadió apresuradamente y las mejillas le empezaban a arder—. Y tú, Janice —dijo con una pequeña sonrisa hacia la hermana de Keir, que todavía no había dicho ni una palabra.

—Será mejor que dejemos a un lado las expresiones mutuas de admiración y nos pongamos en marcha, ¿no os parece? —dijo Keir con voz lenta—. No debemos permitir que los padres de Michael piensen que nos habíamos olvidado de la cena, ¿eh, Janice?

Era un directo al estómago, pero dadas las circunstancias, lo único que Janice pudo hacer fue sonreír dulcemente, aunque le resultara doloroso.

—Keir, no… no te chivarás…

—Mis labios están sellados —le dijo, y luego se dirigió a Catherine posando sus devastadores ojos grises en sus labios—. ¿Y los tuyos?

—Yo… Sí, no diré una palabra, Janice.

Lo estaba haciendo a propósito, pensó Catherine mientras salía del apartamento detrás de Janice pasando al lado de Keir con la cabeza alta, aunque el rubor de sus mejillas echó a perder el efecto. Estaba tratando de hacerle sentir incómoda, avergonzada, por lo que había sucedido aquella tarde.

Bueno, sobreviviría a aquella velada sin morder su anzuelo y, en cuanto volvieran a meterse en el coche de vuelta a casa, le diría que se iría a la mañana siguiente. Ignoró la súbita sacudida que le dio el corazón y se concentró en bajar las escaleras.

—Por aquí —dijo Keir cuando las dos mujeres se dispusieron a recorrer el pasillo que conducía a la parte de atrás, y Keir abrió la puerta delantera antes de asomarse a recepción.

—¿Martin? Ya nos vamos. Te veré luego, y gracias por defender el fuerte sin apenas previo aviso.

—Encantado —dijo Martin desde la otra habitación—. Que os divirtáis.

—¿Un taxi?

Janice se quedó parada en lo alto de los peldaños mirando el vehículo que estaba esperando en la calle.

—Premio.

—Pero no solemos ir en taxi —replicó Janice con aspereza, ya que no apreciaba el sarcasmo de su hermano.

—Tal vez esté intentando convencer a Catherine de que no somos los salvajes que parecemos ser, y que incluso en lo más recóndito del condado de Yorkshire disfrutamos de los refinamientos de la vida moderna —dijo Keir en tono agradable pero con una determinación letal—. Y además, el gusto de Ian por el vino no es desdeñable, y creo que necesito fortalecerme un poco esta noche.

—Vaya —dijo Janice, que se acababa de percatar de que las cosas no estaban del todo bien—. ¿Has tenido un mal día? —preguntó con cautela.

—Los he tenido mejores.

Los padres de Michael vivían en las afueras del pueblo más próximo, que estaba a apenas unos ocho kilómetros de distancia, pero sentada junto a Keir en el asiento de atrás del taxi, con su poderoso muslo presionado contra el de Catherine y el brazo extendido sobre el respaldo del asiento de un modo que parecía natural pero que iba destinado a mantenerla plenamente consciente de su presencia, parecieron ochenta.

La luz dorada del sol iluminaba el tejado de la hermosa casa de campo cuando el taxi se abrió paso por las verjas de hierro forjado y entró en un rectángulo empedrado rodeado por un exuberante jardín florido. La vista era sobrecogedora, y Catherine salió del coche y se quedó de pie por un momento ante el sol poniente inspirando el intenso aroma de los alhelíes y sintiendo que le invadía un sentimiento de paz.

—Así podrás ver cómo es la vida en un pueblo —dijo Keir con voz suave y grave a sus espaldas, y cuando la agarró del codo sintió el contacto hasta en las puntas de los pies—. Si además podemos hacer que te diviertas, habremos satisfecho en parte tu idea de lo que es una velada agradable —dijo en tono sarcástico haciéndole ver que no había olvidado sus palabras de aquella tarde, y Catherine se dio la vuelta para encararse a él con expresión tensa.

—Lo que dices está fuera de lugar… —empezó a decir con fiereza, pero Keir la silenció posando un dedo sobre sus labios cuando Janice se aproximaba.

—Oye, ¿os pasa algo? —dijo Janice, que se sentía perdida mirando el rostro irónico de Keir y la expresión furiosa de Catherine—. Siento

haberos forzado a venir esta noche…

—No pasa nada… Y allí está tu amado, justo a tiempo —dijo levantando la mano para saludar a Michael, que estaba de pie en el umbral delante de una pareja de mediana edad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Janice malhumorada mientras caminaban hacia ellos, pero no hubo tiempo para contestar, ya que Michael dio un paso adelante desplegando una sonrisa de bienvenida y se dio paso a las presentaciones.

—Catherine, te presento a mis padres —dijo haciéndose a un lado —. Mi madre, otra Catherine, así que espero que disculpes cualquier confusión que pueda haber esta noche, y mi padre, Ian.

—¿Cómo están? —dijo Catherine sonriendo cortésmente, pero fue todo un esfuerzo. Tanto si se debía al hecho de que Keir le había rodeado la cintura con el brazo para estrecharla a su lado o a que la madre de Michael no era exactamente lo que había esperado, no lo sabía. Era muy bajita, pues su marido le llevaba más de veinte centímetros, pero fue su rostro lo que la embelesó.

Sabía que Michael tenía la misma edad que Keir y había esperado que sus padres andarán por los cincuenta, posiblemente con el pelo gris, pero bronceados y robustos como la gente del lugar. Pero su madre era diminuta, etérea era la palabra, y aunque su rostro todavía dejaba entrever que debía de haber sido muy hermosa de joven, tenía el pelo completamente blanco.

¿Cuántos años tendría? Catherine se dio cuenta de que apenas era capaz de apartar los ojos del rostro de aquella mujer. Podría estar entre los cuarenta o los sesenta años y tenía la piel todavía fina y translúcida, pero la telaraña de arrugas que irradiaban de sus ojos y sus labios y la profunda tristeza que se veía en sus pupilas hacía pensar que una tragedia la había despojado de su belleza cruelmente.

—Catherine, pasa por favor —dijo la madre de Michael con un pequeño gesto que indicaba nerviosismo, y cuando Catherine sintió que el brazo de Keir se ponía tenso en torno a su cintura lo miró a la cara y vio que estaba mirando a la madre de Michael con conmoción.

—No es posible. Catherine, ¿dijiste que tu madre se llamaba Anna, Anna Mitchell? —preguntó con urgencia.

Catherine asintió, asustada por la expresión de su rostro.

—¿Entonces cómo…?

Keir se calló cuando de reunieron con los demás en el hermoso cenador Victoriano que estaba unido al comedor y en el que les esperaba un carrito con bebidas.

El ambiente era extraño mientras se sentaban en cómodas sillas de mimbre. Ian se mantuvo junto a su esposa y la miraba constantemente a la cara, que estaba blanca como la nieve, e incluso Michael parecía percibir que algo iba mal, porque miraba a sus padres con expresión

preocupada mientras preparaba las bebidas y ofrecía una pequeña bandeja con entrantes.

—Michael nos ha dicho que vives en Londres, Catherine —dijo la madre de Michael, y fue un alivio que entablara conversación, porque hasta las bromas entre Janice y su prometido parecían forzadas—. Tengo entendido que has venido de vacaciones para recuperarte de una enfermedad.

—Sí, en parte sí —repuso Catherine. Ya se la había dicho a Keir, así que no tenía sentido seguir adelante con la mentira—. En realidad, he dejado Londres definitivamente y me estoy tomando un respiro antes de ir a vivir y trabajar a Birmingham.

Una ciudad era tan buena como cualquier otra, y había decidido que iría Birmingham aquella tarde, mientras veía a Keir andar de un lado a otro por las granjas. Sintió que se ponía rígido a su lado, en el pequeño sofá de mimbre de dos plazas al que la había conducido hábilmente, pero no dijo nada, y Catherine no se atrevió a mirarlo a la cara.

—¿Tienes familia en Londres?

Era una pregunta perfectamente razonable, pero la expresión de la madre de Michael le estaba haciendo sentirse incómoda. ¿Cómo contestar? La conversación cortés previa a la cena no era precisamente el mejor momento para decir la verdad.

—Soy hija adoptiva —le dijo, y vio cómo sus palabras cayeron como una bomba en la mirada de la mujer—. Y no me llevo muy bien con mi familia adoptiva, así que en realidad no tengo ningún vínculo allí, si es a eso a lo que se refiere.

El corazón le empezó a latir con fuerza, y la sensación de que ya conocía a aquella mujer se acrecentaba.

—¿Cómo te apellidas?

Cuando Ian se acercó para pasar el brazo por los hombros de su esposa, Catherine se dio cuenta de que Keir estaba haciendo lo mismo con ella. Se quedó mirando a la mujer que tenía delante, incapaz de hablar, mientras percibía a Janice y a Michael a un lado de la habitación, perplejos por lo que estaba pasando, la puerta abierta del cenador que daba al jardín al otro lado, el cielo azul por la ventana, la sombra que caía sobre el rostro de su madre… El rostro de su madre.

—Prentice —susurró.

—Y tienes veintiún años y un pequeño lunar en forma de luna en el muslo… Catherine, Catherine…

—Eres mi madre.

—Y tú eres mi bebé, mi precioso bebé.

Catherine no supo cómo acabó en los brazos de su madre. Tenía los ojos cegados por las lágrimas, pero los brazos que la sostenían eran fuertes a pesar de su fragilidad, y el abrazo fue suave y cálido y

perfumado, e interminable.

Percibió un bullicio ahogado en torno a ella, pero fue incapaz de recobrar la compostura durante largos minutos, y cuando finalmente levantó la cabeza vio a su madre sentada junto a ella en el sofá, y comprendió que las habían dejado solas. El rostro de su madre, tan parecido al suyo, estaba inundado de lágrimas, pero iluminado por una luz interior que le decía todo lo que quería saber.

—¿No te importa que te haya encontrado? —susurró Catherine con voz entrecortada—. Pensé…

—¿Que si me importa? —su madre cerró los ojos durante un segundo—. He esperado este momento desde hace veintiún años, lo he soñado, lo he palpado. Si no hubiese creído que algún día volveríamos a juntarnos, no habría permanecido en mi sano juicio.

—¿Pero por qué…? —Catherine se calló bruscamente.

—¿Por qué renuncié a ti? —dijo su madre con suavidad—. ¿Me dejas que te lo explique desde el principio? No voy a darte excusas por lo que hice, no hay excusa posible, pero si puedes entender cómo fue…

Catherine asintió sin decir nada, su mente todavía conmocionada ante la enormidad de lo ocurrido, y su madre la abrazó durante un minuto más, como si no soportara dejarla ir, antes de apartarse y recuperar la compostura, ya que su rostro estaba nuevamente cubierto de lágrimas.

—Estaba muy confusa cuando conocí al joven que fue tu padre. Confundida, sola y afligida. Sólo tenía diecisiete años, mis padres habían muerto en un accidente horrible que yo había presenciado y aquello tuvo en mí un efecto traumático. Mi hermana, mi hermana adoptiva, ya estaba casada y tuve que ir a vivir con ella. No nos llevábamos bien, pero conocía a muchos hermanos a los que les pasaba lo mismo, y era la única familia que tenía. Pero me trató muy mal, y cuando conocí a Alan… —se quedó sin voz, e inspiró hondo antes de continuar—. Cuando conocí a Alan me enamoré de él ciegamente. Me… me dijo que me amaba, que cuidaría de mí, que nos casaríamos y que yo podría irme de casa de mi hermana, y luego… luego me quedé embarazada.

La madre de Catherine levantó la cabeza y la miró directamente a la cara.

—Se fue aquella misma semana —dijo con voz sombría—. Mis padres siempre habían sido muy protectores y yo era terriblemente ingenua para mi edad, aunque eso no es ninguna excusa. Me ofrecieron abortar pero no quise, así que seguí adelante con el embarazo aunque mi hermana hacía que cada día fuera un calvario. Pero cuando te vi, mereció la pena. Eras tan hermosa, tan perfecta. Te amé al instante. Te llamé Catherine Joy. Catherine porque ése es mi

segundo nombre y Joy, que significa dicha, por la dicha que sentí la primera vez que te vi y supe que eras mía.

—¿Y luego? —le dijo Catherine, y se dio cuenta de que había entrelazado sus manos con las de su madre—. ¿Qué pasó?

—Había sido un parto difícil y yo me puse enferma, física y mentalmente, después de que nacieras. Te llevé a casa y lo único que hacía mi hermana era darme la tabarra: que no era justa, que tú sufrirías mucho sin padre, que los demás niños te tratarían cruelmente, que te estaba privando de muchas cosas, etc., etc. Dijo que ella podía dártelo todo y yo nada, y al final me convenció. Me puse muy enferma mentalmente —dijo su madre, sacudiendo la cabeza—. La pérdida de mis padres, el abandono de Alan, el embarazo y el parto, y luego la presión de mi hermana… fue demasiado, imagino. Así que cedí. Ella no podía tener hijos y deseaba tenerte a ti. Yo sabía que con ellos podrías tener una vida familiar normal, que ellos podrían proporcionarte todo lo que yo no iba a ser capaz de darte.

Qué ironía. Catherine contempló el rostro maltratado por el dolor de su madre y supo que no podía decirle la verdad, ni entonces, ni tal vez nunca. Había algunas cosas implícitas en amar a una persona.

—Mi hermana se empeñó en que no podía volverte a ver, que tenía que ser una separación total o no sentiría que eras hija suya. Podía comprenderlo, de alguna manera, pero fue lo más difícil de todo. Si pudiera haber permanecido en el perímetro de tu vida o haberte visto de vez en cuando…

—Así que viniste a Yorkshire —dijo Catherine con suavidad, y la certeza de que su madre había sufrido incluso más que ella le oprimía el corazón de una forma que parecía imposible hacía días, horas incluso.

—Me convertí en ama de llaves de Ian después de contestar un anuncio del periódico —su madre se apartó un mechón de pelo blanco de la frente con mano temblorosa—. Le dije a mi hermana dónde estaba, que si en algún momento, en el futuro, me permitía ir a verte iría enseguida… Pero sabía que no me lo permitiría. Mi única esperanza en estos años ha sido que vinieras en mi busca una vez hubieses crecido lo bastante.

—¿Y te casaste con Ian? —preguntó Catherine en voz baja. «Y te convertiste en la madre de Michael». Dolía, pero no podía evitarlo.

—Cuando llegué aquí estaba al borde de una depresión nerviosa. Ian fue muy bueno, en vez de ser el ama de llaves de un niño de nueve años y su padre, cuidaron de mí durante meses hasta que empecé a recuperarme. Le conté a Ian todo, es un hombre muy bueno —su madre sacudió la cabeza lentamente—. Me pidió que me casara con él doce meses después, y comprendió que nunca le daría un hijo. Me

parecía que hacer eso sería traicionarte de alguna manera, y lo aceptó. Michael me quiere, como yo a él, pero tal vez a causa de mi enfermedad del principio, no he tenido con él la típica relación madre-hijo. Es muy protector, pero me ve más bien como su hermana mayor, creo. Y tú… tú eres mi única hija, Catherine, mi preciosa niña.

Extendió una mano para tocarle la cara.

—He mirado tu foto todos los días desde que nos separamos.

—¿Sabías que era yo cuando me invitaste a cenar esta noche? —preguntó Catherine en voz baja, y su corazón se estremeció al darse cuenta de por qué poco podía habérselo perdido.

—No estaba segura. Janice había hablado de ti, claro, y el nombre, la edad, el hecho de que eras de Londres concordaba. Pero dijo que estabas de vacaciones…

—No es cierto. Vine en tu busca —dijo Catherine enseguida—. Pero buscaba a Anna, Anna Mitchell.

—Cuando vine aquí, empleé mi segundo nombre, era el único vínculo que me quedaba contigo. Y luego, claro, me casé con Ian, así que mi apellido cambió… —se quedó en silencio mientras las dos se miraban por un largo instante reflejando su asombro y alegría en sus rostros—. Pensé que me odiarías por haber renunciado a ti —dijo suavemente su madre con la voz un poco entrecortada, y sus ojos expresaron mucho más que sus palabras.

—Te quiero —dijo Catherine con la misma suavidad—. Eres mi madre.

Capítulo 10

—¿No puedes dormir? —Keir habló en voz baja y grave, pero Catherine se sobresaltó al verlo aparecer detrás de ella en el salón en sombras. Después de una velada tan emotiva, habían regresado al apartamento a las dos de la mañana y Catherine había creído que se iba a quedar dormida nada más caer en la cama. Pero, cuando se quedó sola en su habitación, se encontró con que en su cabeza zumbaban miles de imágenes, miles de palabras, miles de escenas fragmentadas, y que, por mucho que lo intentara, no podía dejar de dar vueltas por el dormitorio. A las cuatro había renunciado a la idea de dormir y había abierto la puerta suavemente para salir al pasillo con el camisón y el albornoz y hacerse un café en la silenciosa cocina. Cuando se sentó en su silla favorita del salón en sombras, un asiento grande y cómodo desde el que veía todo el pueblo, se tapó los pies con el albornoz y con las manos en torno a la taza dejó que sus pensamientos vagaran a placer.

Había encontrado a su madre, y ni en sus sueños más increíbles había podido imaginar que la hubiese amado y necesitado tanto. Ian la había llevado a un lado durante la velada para decirle, en voz baja y con suavidad, que creía que el dolor mortificante que había sentido su esposa al dejar a su hija le había vuelto el pelo blanco a su llegada a Yorkshire.

—No ha habido un solo día en el que no haya pronunciado tu nombre —le había dicho pasándole el brazo por los hombros—. No puedo expresarte lo que significa para nosotros tenerte aquí, Catherine. Hemos rezado por este día durante veintiún años.

Sí, no había duda de que la querían y la necesitaban, que las puertas del corazón de su madre y de su casa estaban abiertas de par en par. Entonces, ¿por qué, cuando todo había salido bien de forma tan milagrosa, se sentía como si se hubiese perdido algo en el camino?

Se volvió en su silla para mirar a Keir, y el corazón le dio una sacudida gigantesca al verlo, alto y moreno, justo detrás de ella. Todavía llevaba la ropa que se había puesto para la cena, y Catherine dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—¿No te has acostado?

—No —dijo Keir, y pasó delante de ella para apoyar una pierna en el alféizar de la ventana y luego volverse para mirarla. La brillante luz de luna hacía que la estancia fuese un duro contraste de formas y sombras oscuras—. He estado en el jardín desde que volvimos… pensando.

—Ah —Catherine no se atrevió a respirar.

—¿Y sabes en qué? —le preguntó con suavidad, y la expresión de su rostro le aceleró el corazón y le dejó los labios secos. Tuvo que

humedecérselos antes de poder hablar, y los ojos entornados de Keir siguieron su movimiento turbándola con su brillo sensual.

—No.

—En ti. En ti, mi pequeña hada insensible.

—¡No soy insensible!

Su sincera indignación le hizo sonreír con ironía.

—¿No? —Keir deslizó la mirada por su rostro, sus ojos, sus labios, su cuello, y Catherine experimentó su efecto como si realmente la estuviese acariciando, ruborizándose y respirando con agitación—. No me hace falta tocarte, ¿verdad? Ni siquiera tengo que tocarte para que te deshagas por mí —dijo con voz gruesa—. Y hablas de irte de aquí.

—Eso es sólo sexo.

—Y un cuerno —dijo Keir mirándola con enojo antes de sacudir la cabeza y hablar con más suavidad—. Te amo, Catherine. Te amo más de lo que podría haber imaginado que se puede amar a una mujer, y no voy a permitir que salgas de mi vida.

—Keir…

—No, deja los «Keir» y los «No puedo» —gruñó—. No me vas a seguir manteniendo alejado con ellos. Te conozco, Catherine. Sé cómo eres aquí dentro —dijo golpeándose el pecho con enfado—. Sé qué clase de mujer eres y en ningún momento reaccionarías conmigo como lo haces si no sintieras algo por mí más allá del deseo de darte un revolcón. Y te lo diré con franqueza, si no hubiese necesitado de ti más que desfogarme, te habría llevado a la cama hace semanas. Porque te deseo, Catherine, físicamente te deseo muchísimo. Las cosas que imagino hacer contigo… Créeme, no te cabría ninguna duda de que te deseo.

Lo amaba, cómo lo amaba, pero no se atrevía a creer que sus sentimientos hacia ella llegasen a durar. Parte de lo que estaba pensando debió de reflejarse en su rostro, porque Keir se acercó a ella y la levantó para estrecharla entre sus brazos antes de que pudiera moverse.

—No voy a dejarte ir, Catherine, métete eso en la cabeza —dijo con una voz ronca que le hizo estremecerse—. Si te vas de aquí te buscaré y te haré volver, así de sencillo. Además, ahora tienes familia aquí, no puedes escaparte.

No quería hacerlo, era lo que menos deseaba hacer.

—No funcionaría —repuso Catherine tratando de apartarlo, pero pudo sentir los fuertes latidos de su corazón bajo la palma de la mano y supo que no estaba tan tranquilo como parecía.

—La única forma de convencerme de eso es que me digas que no sientes nada por mí —declaró con suavidad—. Dime, Catherine, dime que sólo te excito, que no hay nada más, y si te creo te dejaré. Te lo prometo.

—Keir, esto es ridículo…

—Dilo, dime que sólo quieres divertirte y no quieres ningún vínculo emocional, que te mueres de ganas por subir en la escala profesional por encima de cualquier relación personal. Yo no te impediría que estudiaras si eso es lo que quieres, Catherine —le dijo, y le tomó la cara entre sus manos para mirarla con ojos cálidos—. Claro que quiero una familia, hijos, algún día. Pero pueden pasar años hasta que eso ocurra, décadas, si es lo que quieres…

—No es mi profesión lo que me importa, ¿no lo entiendes? Soy yo —dijo Catherine, sintiendo como si le arrancaran aquellas palabras. El tumulto emocional que había vivido en las últimas horas había minado todas sus defensas. El miedo la envolvía como una densa niebla, la estrangulaba, y el pánico de sentirse inadecuada era tan real que podía sentirlo, amargo y ácido, en la lengua—. No puedo ser lo que tú quieres, Keir. Todo saldría mal y tú… acabarías decepcionado.

—¿De qué estás hablando? —repuso Keir mirándola con verdadera sorpresa—. ¿Es algo que ha ocurrido en tu pasado? ¿Es eso? No me importa, ya te lo he dicho.

—No, no es nada del pasado. Ya te lo conté todo ayer. Es que nunca… nunca he estado con ningún hombre, y tú podrías tener a cualquier mujer —murmuró con torpeza.

—Pero la mujer que quiero es una joven de pelo rubio platino con unos ojos en los que me podría ahogar —dijo con suavidad—. No quiero a ninguna otra, nunca lo haré.

—Eso lo dices ahora…

—Catherine, ¿qué quieres de mí? —dijo agarrándola de los hombros para sacudirla con suavidad—. Estoy haciendo lo imposible…

—De eso se trata, ¿no lo entiendes? —lo interrumpió Catherine con urgencia, separándose de él—. Necesitas a una persona menos complicada, con la que sea fácil convivir y que pueda hacerte feliz.

—¡Deja de hacerte la mártir!

Aquellas palabras, y el tono que usó, fueron como un cubo de agua helada y se quedó inmóvil mirándolo con ojos muy abiertos antes de dar un paso adelante y abofetearlo con fuerza.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a decirme eso? —le espetó con furia—. Te odio…

—No, no me odias, me amas —dijo Keir, y le sujetó las dos muñecas con una mano mientras que con la otra la estrechaba contra su cuerpo aunque ella se resistía—. Y yo te amo, y no voy a permitir que eches a perder la única oportunidad que tenemos los dos de ser felices por lo que ha ocurrido en tu vida. Podría matar a tu familia por lo que te han hecho, pero ellos son tu pasado y yo tu futuro, ¿me entiendes?

Catherine había dejado de forcejear y la apartó para asirla por los hombros.

—No voy a permitir que pase eso. Juntos vamos a superar lo ocurrido, no vas a dejar que esa maníaca que te crió eche también a perder tu vida. No puedo prometerte que vaya a ser el marido perfecto. Soy humano, cometo errores: me absorbo demasiado en mi trabajo y asumo demasiadas responsabilidades, soy desordenado y no cierro el tapón de la pasta de dientes. Pero una cosa sí te puedo prometer… Que siempre te amaré, siempre estaré a tu lado, siempre te necesitaré y te desearé, hasta la muerte e incluso después.

No se había dado cuenta de que estaba llorando en silencio hasta que se inclinó hacia delante y besó sus labios de sabor salado profundamente mientras sus manos acariciaban todo su cuerpo.

—Vamos a hacer nuestra vida, con nuestra propia familia, y aprenderás a creerlo. También te prometo eso —le dijo con voz trémula después de dulces minutos de caricias—. Verás a tus hijos jugar con su abuela y harás que su mente se sane, devolviéndole los años que le ha robado la tragedia. Todo eso pasará, Catherine, te lo prometo.

—Tantas promesas…

Catherine trató de sonreír, pero las lágrimas volvieron a aflorar.

—Pero primero tienes que decir que me amas, nunca lo has hecho, ¿sabes? —dijo con voz ronca, y por un momento Catherine vio un retazo de inseguridad, una necesidad desesperada de que lo tranquilizara, en el rostro de aquel hombre corpulento, controlado y autoritario que tanto amaba, y aquello venció el resto de su resistencia.

—Te amo, te amo tanto, pero no puedo evitar tener miedo.

—No importa —dijo Keir, y la estrechó con tanta fuerza que Catherine pensó que le iba a romper las costillas—. Tengo todo el tiempo del mundo, el resto de nuestras vidas, para convencerte de lo mucho que te quiero.

Lo dijo con tal arrogancia, la misma arrogancia que tanto la había irritado en su primer encuentro, que Catherine quiso sonreír, pero Keir ya había vuelto a apresar sus labios y la estaba llevando al cielo.

Epílogo

El único lugar en el que consideraron casarse fue la antigua parroquia del siglo trece del pueblo de Towerby, y a Catherine le pareció que todos sus habitantes se habían presentado a la boda al recorrer el largo y serpenteante sendero que conducía a la iglesia del brazo de Ian.

Keir había querido casarse en diciembre porque decía que el mejor regalo de Navidad del mundo sería despertarse a su lado el día de Navidad. Y la madre naturaleza había conspirado para añadir un toque de magia a la ocasión, envolviendo los árboles y los setos con un centelleante manto de escarcha bajo un cielo azul sin nubes para crear a su alrededor un paraíso tachonado de diamantes.

—¿Estás bien?

Cuando llegaron a lo alto del sendero, Catherine se volvió para sonreír a Janice, que iba detrás de ella y estaba resplandeciente con su atuendo de dama de honor de color malva y marfil, pero la voz suave de Ian hizo que lo mirara a los ojos.

—Creo que sí —dijo con voz trémula.

La joven que se miraba al espejo minutos antes de salir de casa de su madre no parecía familiar, ya que el vestido de color marfil de vaporoso satén y encaje, y la capa con capucha y rebordes de color malva le conferían una belleza etérea bastante sobrecogedora y digna de admiración. Su tez era de un color crema translúcido y el pelo parecía oro hilado.

—Creo que te está esperando —dijo Ian sonriéndole, y Catherine sintió una oleada de amor por aquel hombre tranquilo que había sido una fortaleza para su madre desde que se conocieron. Y la había aceptado en su familia como su propia hija sin pensarlo dos veces, convirtiéndose en el padre que nunca había tenido de forma tan natural como si fuese su hija de verdad.

Al oír los acordes de la marcha nupcial, Catherine sintió una ráfaga de pánico, y luego atravesó la pequeña puerta con arco junto a Ian y empezó a caminar hacia el altar. Todos los pilares, todos los antepechos de la hermosa iglesia estaban decorados con guirnaldas de flores, y sus fragancia impregnaba el ambiente. Pero sólo tenía ojos para el hombre alto y moreno que estaba de pie junto a Michael, delante del altar.

¿Lo haría feliz? ¿Podría olvidar el pasado y entregarse al futuro? Y Keir se volvió, mientras todavía estaba a unos metros de distancia, y le sonrió. Fue entonces cuando supo que no tenía nada que demostrarle. Keir la amaba, la amaba más de lo que había imaginado que podrían amarla.

Los padres de Keir le sonreían desde la derecha, y detrás, un grupo

de tíos y parientes resplandecían con aprobación. Luego vio a su madre al otro lado; sus ojos centelleaban con lágrimas de alegría y felicidad, y su rostro estaba iluminado de amor.

Estaba cubierta de amor, sumida en él, envuelta en su delicioso calor, y fue así como llegó junto a Keir. Ian les juntó las manos y Michael le sonrió desde donde estaba.

—Unos minutos más y eres realmente mía —le dijo Keir al oído, en voz baja y grave.

—Soy tuya —repuso Catherine con una sonrisa, y las lágrimas de felicidad brillaban como diamantes en el azul intenso de sus ojos—. Siempre lo he sido.

Ya había encontrado su hogar.

Fin